MVNDO HISPÁNICO

N.º 49 - ABRIL, 1952 - 15 Ptas.

VIENA: DE STRAUSS A «EL TERCER HOMBRE».—SEMANA SANTA EN CASTILLA. FERIA DE ABRIL EN SEVILLA.—AGUAFUERTES ESPAÑOLES DE TRES SIGLOS, ETC.

MELLERIO
Joyeros

DESDE 1515

TALLERES PROPIOS

Carrera de San Jerónimo, 3
MADRID

9, Rue de la Paix
PARIS

6, Place G. Clemenceau
BIARRITZ

TRANSPORTES AEREOS
PASAJEROS CARGA
PENINSULA - ISLAS CANARIAS
BALEARES - GUINEA ESPAÑOLA

AVIACION y COMERCIO

FLOTA: AVIONES «BRISTOL 170»

OFICINAS GENERALES: ADUANA, 33
(Esquina a Peligros) Teléfono 21 46 85 MADRID

DELEGACION MADRID: ALCALA, 42
(Edificio Bellas Artes) - Teléfono número 31 70 00

INFORMACION EN TODAS LAS AGENCIAS DE VIAJES

CAFETERIA-GRANJA
CARMEN, 36 - MADRID
TELEFS. 21 71 51 - 22 17 78

Desayunos. Aperitivos. Lunch ligeros. Meriendas. Cenas.

Sandwiches. Batidos. Zumos de frutas. Helados. Repostería.

Breakfast. Light lunch. Pan-cakes. Milk shakes. Icecreams. Fruit juices. Open from 8. a. m.

Mil-bar. Lunch leger. Cok-tail de lait au chocolat, etcétera. Jus de fruit. Glaces. Patisserie. Sandwiches. Depuis 8 heures du matin.

PIDA COCINAS A GAS

Maxbel

EN LOS PRINCIPALES COMERCIOS

CORREO LITERARIO
ARTE Y LETRAS HISPANOAMERICANAS

Redacción:
AV. DE LOS REYES CATOLICOS
(Ciudad Universitaria). Tel. 248791

Pedidos y suscripciones:
ALCALA GALIANO, 4

MADRID

REVISTA QUINCENAL QUE INFORMA SOBRE LA ACTUALIDAD LITERARIA DE HABLA ESPAÑOLA

Sucesores de MATIAS LOPEZ, S. A.
MADRID - ESCORIAL - SEVILLA

CHOCOLATE - BOMBONES - CAFES - CARAMELOS - TURRONES - MAZAPANES - MERMELADAS - FRUTAS EN ALMIBAR Y ESCARCHADAS CABELLO DE ANGEL MEMBRILLO

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO-BUENOS AIRES-MADRID

DIRECTOR:
ALFREDO SANCHEZ BELLA

SUBDIRECTOR:
MANUEL SUAREZ-CASO

SECRETARIO:
JOSE GARCIA NIETO

NUM. 49 - ABRIL, 1952 - AÑO V - 15 PESETAS

SUMARIO

Págs.

PORTADA: FERIA DE ABRIL EN SEVILLA. («Foto» de Lara.) 1
LOS LECTORES TAMBIEN ESCRIBEN y ESTAFETA 4
HERALDICA HISPANOAMERICANA 5
CONCURSOS PERMANENTES DE «MVNDO HISPANICO» 6
VIENA: DE STRAUSS a «EL TERCER HOMBRE», por Antonio Quintano Ripollés. («Fotos» del autor.) 7
ALCANCE Y SENTIDO DE UN PERIPLO MEDITERRANEO 10
MENSAJE DE S. E. EL JEFE DEL ESTADO ESPAÑOL A LOS PUEBLOS ARABES 12
ESPAÑA EN MARRUECOS. (Ilustración de J. Francisco Aguirre.) 13
PRESENCIA DE ESPAÑA EN LOS ESTADOS UNIDOS, por Antonio Pardo 14
ESPAÑA AYUDO A LOS ESTADOS UNIDOS A CONSEGUIR SU INDEPENDENCIA 16
LA SEMANA SANTA EN SUCRE, por María Elena Fortún. (Ilustraciones de María Luisa Pacheco.) 18
SEMANA SANTA EN CASTILLA, por Lope Mateo 20
VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS, por M. Hernández 21
SEMANA SANTA EN VALLADOLID, por Miguel Delibes. («Fotos» de Filadelfo, Cache y Carvajal, de Valladolid, y Junta de Fomento de Semana Santa.) 23
SEMANA SANTA EN ZAMORA, por M. Vara Finez. («Fotos» de Gullón.) 27
FERIA DE ABRIL EN SEVILLA, reportaje gráfico de Lara, de Madrid, y Serrano, de Sevilla 30
LO QUE «INVENTAN» LOS INVENTORES, reportaje gráfico de Basabe 33
LA MODA ESPAÑOLA EN LOS ESTADOS UNIDOS 35
ISABEL CLARA EUGENIA, por Sánchez Coello 36
SANCHEZ COELLO, PINTOR DE PRINCESAS 37
LAS BRUJAS GALLEGAS, por S. Carantoña. (Ilustraciones de Lorenzo Goñi.) 38
ESTA OSCURA DESBANDADA, por Juan Antonio Zunzunegui 40
PALABRAS MEXICANAS EN EL DICCIONARIO, por Carlos de la Cuesta 42
UNA EXPOSICION DE GRABADOS ESPAÑOLES EN AMERICA.—ELOGIO DEL GRABADO, por E. Lafuente Ferrari. (Reproducciones de Yustas.) 43
«DE MADRID AL CIELO», argumento de la GRABADOS ESPAÑOLES, A AMERICA 45
película 49
TREINTA DIAS HISPANICOS EN DOCE «FOTOS» 50
ROMANCES HISPANICOS DEL MEDIEVO, por Arcadio de Larrea Palacín. (Ilustraciones de Castro Arines.) 51

Colaboración gráfica: Contreras, Portillo, Archivo «Arriba», Pando, Ambite y Cifra Gráfica.

DIRECCION Y REDACCION:
AVDA. DE LOS REYES CATOLICOS (CIUDAD UNIVERSITARIA)
TELEFONO 24 87 91 - MADRID

ADMINISTRACION:
ALCALA GALIANO, 4 - DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS: APARTADO DE CORREOS NUM. 245

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.) - PIZARRO, 17 - MADRID

Prohibida la reproducción de textos e ilustraciones, siempre que no se señale que proceden de MVNDO HISPANICO.

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION: MAGISTERIO ESPAÑOL, S. A. (MADRID) - HUECOGRABADO Y OFFSET: HIJOS DE HERACLIO FOURNIER (VITORIA)

los LECTORES también escriben

México, D. F., 9 de octubre de 1951.

Muy estimados señores: Acabo en este momento de comprar el número correspondiente al mes de marzo, número 36, que se refiere al Madrid moderno, para felicitarles por su acertadísima idea de publicar fotografías de la España moderna, pues entre la mayoría de las personas de acá, de México, sobre todo los jóvenes, existe la creencia, espantosamente errónea, de que en general toda España está muy atrasada en todo, y por lo que respecta a las ciudades de allá, como, por ejemplo, Madrid, creen todavía las gentes de la clase media y baja que Madrid es una especie de pueblo muy antiguo, con trenes (tranvías) de mulitas y carretelas con chulaponas vestidas de mantón, etc., etc.

Esta horrible ignorancia proviene de la falta de películas de ambiente moderno, de la falta de revistas, periódicos, fotografías, etc., de cortos de cine en donde aparezcan cosas modernas, pues todos los números cortos de cine que nos llegan acá se reducen a sacar aldeanos bailando o la Semana Santa en Sevilla. Estas dos cosas las estoy viendo desde que tenía yo seis años. Cada año, por lo menos, nos llega un reportaje o corto de cine con la Semana Santa en Sevilla o algún cortijo, y nunca llega nada de ambiente moderno. El único documental, que se llamó *Así es Madrid*, únicamente lo exhibieron en el cine Arcadia, junto con una película de algún tema de época, no recuerdo, o con la película *Currito de la Cruz*, que es de ambiente muy conocido de toros, cortijos, sevillanas, etc., y después, en los demás cines, jamás volvieron a exhibir ese documental; hasta la fecha, NO LO HAN EXHIBIDO. En todos los cines, especialmente donde asisten multitud de muchachos jóvenes que salen de las clases y van a pasar unas dos horas al cine durante la mañana o tarde, y en todos los cines donde va la gente vulgar, pero que es la más numerosa y a la que se debe instruir más, puesto que las gentes cultas no lo necesitan, en esos cines exhiben continuamente números cortos que se refieren a asuntos modernos, claro está, de los Estados Unidos, y cintas musicales norteamericanas, comedias donde todo es moderno; en fin, lo que quiero decirles es algo que quizá nadie se ha ocupado de hacerlo: que con todo esto la juventud y la gente sencilla se está apasionando cada día más de todo lo norteamericano y se distancia más y más de lo que no debía distanciarse: de su origen hispánico, pues por lo regular esta gente inculta admira mucho lo moderno, lo nuevo, especialmente si se trata de jóvenes, pues a la juventud le gusta lo joven y sólo se ocupa de lo viejo por estudio, pero no porque quiera vivirlo. No sé si comprenderán la idea, pues es muy difícil para explicarla; pero, en resumidas cuentas, lo que quiero dar a entender es que necesitamos (no lo digo por mí, sino por mis compatriotas) conocer a España moderna. Todo lo que haya moderno de allá: juegos, deportes, espectáculos, calles, cabarets, hoteles; en fin, todo LO MODERNO, NO LO VIEJO. Esto es lo que se necesita para que las masas de acá vuelvan a admirar a la madre patria, que ahora tienen olvidada y como relegada de sus pensamientos. Es cierto que hay grupo algo numeroso de personas como yo, pero, desgraciadamente, somos muy pocos, y casi siempre gente de edad o de determinado grupo; es como el público de teatro de México, sumamente reducido; acá solamente van al teatro las personas ya mayores o pocas, y, en cambio, los cines siempre están llenos, porque van a ver cosas nuevas. Claro que hay películas de época que ve toda la gente, pero así siguen creyendo que allá sólo se ocupan de cosas antiguas y siguen con su ignorancia. ¿Por qué no vienen películas con ambiente moderno? ¿Por qué no recibimos films cortos como *Así es Madrid*, donde viéramos las ciudades de allá y lo viejo de allá también, pero mezclado con lo nuevo; por ejemplo, una vieja plaza con su fuente y todo eso, pero donde se viera que llegan gentes en automóvil? Si les interesa lo que pienso, puedo escribirles otra vez, pues yo sólo trato de que se difunda el hispanismo entre la gente nueva, entre la gente joven, ignorante; entre los que nunca leen a Carrere, ni a Arniches, ni a Répide, ni a Gómez de la Serna; todo lo contrario de lo que deseaba el periodista cubano precisamente.

Yo deseo inmensamente distraer la atención de los mexicanos todos que tenemos fija nuestra mirada en los rascacielos neoyorquinos, en los bailes de Gene Kelly y de Fred Astaire, en las orquestas de Benny Goodman y de Harry James, en las comedias de Ida Lupino y de Joan Crawford (?); deseo, digo, distraer esa atención no para fijarla en el pasado, sino para que con las mismas cosas modernas, pero españolas, dejen de ver las norteamericanas. Pues, sí, quisiera que, en lugar de esas cosas, vieran *La dama del armiño*, y en lugar de esos bailes vieran bailar a Pilar López, por ejemplo, que es una artista estupenda; pero nadie me haría caso. Yo les aseguro, señores, que la mayoría de la gente de acá ignora a las grandes artistas españolas, excepto el grupo de gente culta.

Infórmense ustedes mismos y verán el abandono tan grande que tenemos. Trato de señalarles un camino nuevo. Ustedes tienen que poner el remedio.

Ahora, señores, falta solamente que no tomen en cuenta mis indicaciones, porque, como no se trata de periodista, ni nada de persona importante ni conocida la que les está escribiendo, es fácil que no tomen en cuenta nada de lo que les digo; pero piensen que yo soy una de esas gentes del montón, de la calle, un empleado común y corriente, que es la gente que más abunda y la mayoría, como anteriormente les digo, y nosotros somos los que necesitamos cambiar. ¿No están de acuerdo? ¿Se imaginan ustedes a unas 100.000 personas de aquí, de la ciudad de México, solamente comprando la revista de MUNDO HISPÁNICO? Imagínense un momento lo que les estoy diciendo: 100.000 personas aquí, en MÉXICO, DIARIAMENTE, compran revistas de cine norteamericano, revistas de decoración norteamericanas, revistas de todas las revistas norteamericanas, de cine, de deportes, todo l que se refiere a esas cosas; por ejemplo, acá, la mayoría de la gente de la clase media compra la revista americana que ustedes conocen, se llama *Life*.

Créanme y les suplico ansiosamente una poca de atención a lo que les estoy diciendo.

Soy un amante de España, aunque soy mexicano; pero así como quiero a mi patria, así quiero a España. Por eso quisiera que todos mis compatriotas fueran igual o parecido a mí, pero solamente será como les digo en esta carta, señores. No trayendo compañías de teatro, aunque sean muy buenas, porque aquí nadie va al teatro; únicamente el público de teatro, y es el mismo círculo vicioso. Los mismos que vamos al teatro, somos los que compramos el MUNDO HISPÁNICO. ¿Comprenden mi idea?

Soy su servidor,

Germán Cordero.

Apartado 14, bis. Isabel la Católica, 44. México, D. F.

Guayaquil, 17 de enero de 1952.

Señor director: Con la natural vehemencia de quien tiene interés, espero la llegada a esta ciudad de cada número de la revista de su dirección, cada día más sugestiva, más interesante, más documentada, más amena. Y digo que la espero con vehemencia porque entre arribo y arribo suele transcurrir en la mayoría de los casos un tiempo tan largo, que agota la paciencia, por bien ejercitada que se encuentre.

En el número llegado hoy, que aun no he tenido tiempo de leer totalmente, he encontrado, al finalizar la columna «Heráldica hispanoamericana», una noticia al tenor de la cual entiendo que quiere obligarse, a quienes deseen verificar una consulta en esa sección, a recortar la revista, para enviar, junto con sus preguntas, algunos cupones que allí aparecen. Permítame suplicarle revocar semejante disposición, pues, aun cuando personalmente no consultaría nada por no romper mi ejemplar, pienso que alguien pudiera hacerlo, dañando así una maravillosa colección.

Quizá el cupón de MUNDO HISPÁNICO, especie de contraseña que asegure que el consultante es poseedor de uno o varios ejemplares, podría adherirse a la contratapa o estar colocado en una página donde al recortarlo no se perdiera ni una sola línea del texto: las de anuncios, por ejemplo.

Cuénteme como su admirador y amigo,

J. Santiago Castillo Barredo.

Dirección General de Sanidad.—Instituto Nacional de Higiene «Leopoldo Izquieta Pérez».

Barcelona, 13 de febrero de 1952.

Señor director: Soy asiduo lector de la admirable y magnífica revista de su dirección; apenas la recibo, cada mes me doy a su lectura y no la dejo hasta haber leído todos los rincones, incluído el del «Tabloncillo».

El otro día llegó a mis manos la de enero, cuyo tema central es la I Bienal Hispanoamericana de Arte, ocupando lugar preeminente la figura del pintor Dalí. Yo no soy quién ni tengo la preparación necesaria para juzgar si todas las extravagancias de pincel y de palabra de este artista merecen ocupar lugar preeminente; pero se me ocurre preguntar: ¿Han pensado que el rincón del «Tabloncillo» se va a transformar en una página larga en el próximo número si quieren rectificar todas las incorrecciones y faltas de ortografía de las cuartillas autógrafas de Salvador Dalí?

No creo que esto merezca destacarse en una revista como MUNDO HISPÁNICO, destinada más que ninguna otra a ensalzar la cultura hispánica en sus diversas manifestaciones y a presentar ante el mundo a los hombres ilustres de los países de habla española.

¿Es alguna honra para España, para MUNDO HISPÁNICO y para Dalí que aparezcan estas garrafales faltas de ortografía ante la faz del mundo?

Perdone, señor director, mis palabras, quizá exageradas, movidas únicamente por el amor a España y a la cultura hispánica y el aprecio a MUNDO HISPÁNICO.

Reciba un atento saludo de su afmo., s. s.,

José Montsant Ruiz.

Mayor de Gracia, 103, Barcelona.

estafeta

MARIA DEL PILAR GONZALEZ. — Eugenio Salazar, números 7-13. Madrid. Desearía correspondencia con chicos o chicas de cualquier parte del mundo.

ELBA ALCANTARA Y VIDAECHEA.—Casilla de Correo 435. Rosario, Argentina. Desearía tener correspondencia con algún joven español sobre temas generales de cultura.

MANUEL S. BEIRO.—Calle Gonçálvez Díaz, 723. Buenos Aires, República Argentina. Desearía sostener correspondencia con muchachas centroamericanas.

MR. W. G. PHILP.—4, Brunswick St. Exeter-Devon (Inglaterra). Desearía encontrar algún español interesado en el inglés que quisiera sostener correspondencia.

LIA ROSA PUPPO COBAS.—Calle Espinosa, 1923. Buenos Aires. Solicita correspondencia con alguna alumna que curse estudios secundarios en España.

JOSE ANTONIO F. RODRIGUEZ y ALFONSO BALAO PINTEÑO.—Nuestra Señora de la Guía, 2. Jerez de la Frontera (Cádiz), España. Solicitan correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo de cualquier parte del extranjero o de España.

JOSEFINA RESTREPO VELEZ. — Medellín, Colombia. Carrera Junín, 45-47, «Farmacia Hispana». Desearía correspondencia con jóvenes españoles, con intención de perfeccionar el idioma e intercambiar conocimientos.

ANTONIO CARLOS BENINCA.—Estudiante de Medicina, con domicilio en hotel Carraro. Porto Alegre, Río G. do Sul (Brasil). Seseja manter correspondencia com jovens espanholas sobre assuntos gerais.

BERTHA PEREZ C.—Calle Juárez, 5. Panindícuaro, Michoacán (República Mexicana). Desea mantener correspondencia con jóvenes españoles o de cualquier país hispánico.

ANGELES MARTIN SANCHEZ.—Calle San Juan, 19. La Laguna de Tenerife, Islas Canarias. Desea mantener correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo sobre temas generales.

JOSE DOS REIS.—Rua de Alcamim, 32. Elvas, Portugal. Desea correspondencia con señorita que viva en Santiago de Chile.

tabloncillo

El próximo número de MVNDO HISPÁNICO va dedicado al Congreso Eucarístico de Barcelona, y será extraordinario por muchos conceptos. En él firman interesantes originales plumas católicas de las más acreditadas de España y de Hispanoamérica. Toledo y Granada figuran como ciudades eucarísticas. Se estudian los Congresos celebrados hasta ahora y se insertan espléndidas fotografías. Aparte de la ilustración de custodias, Autos Sacramentales, El Santo Grial, el catolicismo español y el hispanoamericano experimentan una especie de balance sumamente ejemplar. Con motivo de la llegada de los miles de peregrinos que han de visitar España, MVNDO HISPÁNICO dedica este extraordinario a mostrar cómo es España, por medio de rutas y gráficos, monumentos artísticos, ciudades, etcétera.

Este número extraordinario constará de más de cien páginas, con una tirada de 150.000 ejemplares, y de él se hará una edición en idioma inglés. El carácter español está analizado por André Maurois; la grandeza española, por Herriot; Marañón estudia la cocina española. Otros colaboradores de interés para los lectores son: Pemán, García Escudero, Santos Beguiristain, Berenguer Carísono, Mons, Tabella, arzobispo de Salta; el marqués de Lozoya, Nicolás González Ruiz, fray Justo Pérez de Urbel, Hugo Wast y José María de Llanos.

MVNDO HISPÁNICO presentará en este número simpáticos reportajes sobre fiestas en los pueblos, bailes, escenas de la calle, etc. Colaboran en él excelentes fotógrafos y dibujantes.

ARBOR REVISTA GENERAL DE INVESTIGACION Y CULTURA

Redacción y Admón.: Serrano, 117. Tel. 33 39 00. Madrid

SUMARIO DEL NUMERO 76, CORRESPONDIENTE AL MES DE ABRIL DE 1952

ESTUDIOS: *La monarquía y la nobleza andaluza a comienzos del Estado moderno*, por José Cepeda-Adán.—*Problemas de la enseñanza de la Medicina*, por Carlos Jiménez Díaz.—NOTAS: *Causalidad y física moderna*, por Klaus Schäfer.—*Cuatro poemas del dolor humano*, por Rafael Morales.—*La significación histórica del espacio*, por Juan Baneyto.—INFORMACION CULTURAL DEL EXTRANJERO: *La reforma de la enseñanza en Norteamérica*, por José Pemartín.—*Tres cuartos de siglo en las «Memorias» de von Pastor*, por Rafael Olivar Bertrand.—*Evolución y estado actual de la síntesis Fischer-Tropsch*, por Ramón Sánchez Delgado.—NOTICIAS BREVES: *Nuevas expediciones al Himalaya.—Méjico en la revista «France-Amérique».—¿Pertenecen los alemanes a la Europa occidental?*—DEL MUNDO INTELECTUAL.—INFORMACION CULTURAL DE ESPAÑA: *Crónica cultural española*, por Alfonso Candáu.—*Carta de las regiones.—Mallorca*, por Alvaro Galmés.—NOTICIARIO ESPAÑOL DE CIENCIAS Y LETRAS.—BIBLIOGRAFIA: *Comentario: Una sistematización actual del Derecho Político*, por Francisco Murillo Ferrol.—*Reseñas de libros españoles y extranjeros.*

SUSCRIPCION ANUAL: 125 PTAS.—NUMERO SUELTO: 15 PTAS.—ATRASADO: 25 PTAS.

De venta en todas las buenas librerías

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

SUMARIO DEL NUMERO 27 (marzo 1952)

BRUJULA DEL PENSAMIENTO: MARTIN HEIDEGGER: «El origen de la obra de arte» (final). EMILIO CARILLA: «Fernández Moreno: Una autobiografía lírica». CARLOS MARTI BUFILL: «Estilo y profundidad de la seguridad social iberoamericana». WIFREDO DALMAU: «El caso clínico de Kafka en "La metamorfosis"». JOSE GAVIRA: «La Real Sociedad Geográfica». EDUARDO COTE: «Salvación del recuerdo». PEDRO CABA: «La nada y la angustia».

BRUJULA DE ACTUALIDAD: F. ANTHONY LOPEZ: «Estados Unidos y España». J. M. DE AZAOLA: «Sobre la conversión de García Morente. La crisis colombiana». CARLOS ROBLES: «El taller de San Lucas». JOSE ARTIGAS: «Una gesta olvidada: Sobre un libro de Gambra». CARLOS CLAVERIA: «Una gramática en la "Revista de Occidente"».

ASTERISCOS: CORDERO TORRES: «La crisis del colonialismo liberal».

Dirección y Secretaría literaria: AVENIDA DE LOS REYES CATOLICOS.

INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA - Teléfono 24 87 91

Heráldica hispano americana

J. T. F.—Madrid.—Quisiera referencias a alguna disposición de Carlos IV sobre el nombramiento de alcaldes de pueblos pertenecientes a señores jurisdiccionales.

Existe, en efecto, una Real Cédula, dada por tal monarca en Madrid, el 20 de julio de 1802, en la cual, entre otros extremos, se preceptúa que los Ayuntamientos de los pueblos de señorío no admitirán nombramientos de alcaldes mayores, ni pondrán en posesión de sus varas a sujetos que, además de presentar la oportuna fianza, no tengan la calidad de abogados de sus Reales Consejos, Chancillerías o Audiencias, excluyendo a los administradores, criados o dependientes de los propios dueños jurisdiccionales.

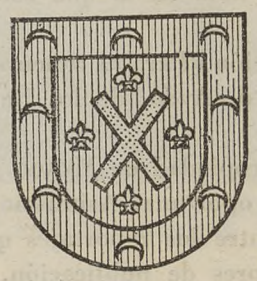
José M.ª Canedo.—Bilbao.—Desearía saber qué blasón ostentaba el marino de guerra don Roque Guruceta, así como antecedentes familiares.

Las armas que traía en sus pasaportes y demás documentos oficiales eran escudo partido: Primero, de plata, torre de piedra, sobre ondas de agua de azur y plata: siniestrado de plata, dos lobos andantes de sable (negro). Segundo, de púrpura, castillo de piedra, partido, de gules, tres barras de plata; la bordura, de azur, cargada de cuatro lises, de oro. Dichos cuarteles corresponden a los apellidos de Aguado y de Guruceta, pues el escudo aparece mal organizado en el documento que sirve para esta nota, documento extendido por el marino, siendo brigadier de la Real Armada y comandante general del apostadero de El Ferrol (año de 1831). Hallándose el escudo timbrado de corona marquesal, en alusión a la jerarquía militar del interesado; corona que no es transmisible a los descendientes de don Roque, por ser atributo personalísimo, lo propio que las banderas y ornamentos bélicos del escudo.

Este caballero (que nació en Cádiz en 1771) ingresó en la Real Armada en 1787, siendo hijo de don José Ignacio de Guruceta y doña Damiana Aguado. En sus probanzas se acredita su hidalguía, describiéndose las armas del apellido materno «sobre campo verde, torre de plata, puesta sobre ondas de agua de este metal, y dos lobos negros andantes en campo de plata». Dichas pruebas de hidalguía se conservan en el Archivo Central del Ministerio de Marina (exp. núm. 2.431), pudiendo obtener allí, en directa consulta de las mismas o solicitándola oficialmente, cuanta información le interese, imposible para estas notas, ineludiblemente breves.

(El diseño adjunto se copia de un documento visible en el Museo Naval de Madrid.)

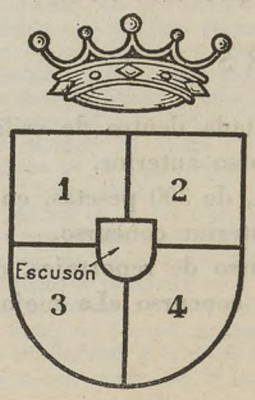
Señores Conlledo, Núñez y otros.—Una vez más, se reitera aquí que, para las contestaciones dadas en esta sección, se atiende exclusivamente a un orden cronológico y que, bajo ningún pretexto, jamás se responde particularmente a dichas consultas.



Guillermo P. de Ledesma.—Quito.—Desearía saber genealogía y blasón de los Ledesma y Sanabria, cruzados en Ordenes.

Don Bartolomé de Sanabria, de la Compañía Italiana de Reales Guardias de Corps, fué caballero del hábito de Alcántara en 1790. Nacido en Utrera, se bautizó allí —parroquia de Santa María de la Mesa—el 26 de agosto de 1739. Hijo de don Pedro Antonio Sanabria y doña Josefa López de Casaus, nacida en Triana, y aquél en Utrera (parroquia de Santa María de la Mesa), bautizado el 16 de mayo de 1686. Dichos señores habían matrimoniado en la citada feligresía de Utrera el 1 de febrero de 1731. Los paternos abuelos, don Pedro Sanabria, de Alcalá de Guadaira, y doña María Collado y Caro, natural de Utrera, matrimoniados en esta localidad el 14 de diciembre de 1681. Estos señores ostentan indistintamente los apellidos de Rodríguez de Ledesma y Sanabria, y Ledesma y Sanabria. En cuanto a las armas, quienes practican la información para ingreso en Alcántara de don Bartolomé de Sanabria, examinan en Utrera la casa don Diego de Ledesma y Sanabria, «y esttando ante su fachada—dicen—se vió en ella sobre un Balcon que estta encima de la puerta principal, un escudo de armas, talladas en piedra», que describen así: «un aspa de oro en campo azul y quattro flores de lis, la superior e inferior de plata y las laterales de oro, y por orla de el escudo en el mismo campo azul 8 medias lunas de plata».

(A. H. N. Sección de Ordenes Militares. Alcántara. Exp. núm. 1384. Inst.º 20.)



C. de T.—Madrid.—Desearía me indicasen cómo cuartelar un escudo con los cuarteles de mis cuatro primeros apellidos y el escudo correspondiente al apellido del primer poseedor de mi título.

Interesándole blasonar su escudo con la heráldica de sus aludidos apellidos y la del primer dignatario a que se refiere, debe organizar aquél, llevando al cuartel 1.º sus armas de varonía; al 2.º, las de su madre; al 3.º, las de su abuela paterna, y al 4.º, las de la materna abuela, poniendo en escusón—tal como se boceta en el diseño—el blasón del primer conde. Timbrado el escudo de la corona condal.

CONCURSOS PERMANENTES «MVNDO HISPANICO» DE FOTOGRAFIAS

MVNDO HISPÁNICO, de acuerdo con las bases que se detallan a continuación, organiza dos concursos permanentes para reporteros gráficos españoles, hispanoamericanos y filipinos.

1

REPORTAJES GRAFICOS

BASES

1.ª Los reportajes, exclusivamente gráficos, constarán de un número de fotografías que no sea menor de cinco.

2.ª Estarán referidos a toda clase de temas, valorándose su calidad fotográfica, su actualidad, su sentido periodístico, y pueden abarcar cualquier aspecto de la vida en España e Hispanoamérica: hombres, costumbres, países, acontecimientos y novedades.

3.ª Las fotografías no deben tener una medida inferior a 13 × 18 centímetros. (En el caso de que estas fotografías fuesen tomadas en alguno de los sistemas de color, habrán de remitirse las placas o clichés originales, con medida mínima de 4 × 6 centímetros.)

4.ª Las fotografías habrán de ser rigurosamente inéditas y traerán al dorso una pequeña leyenda explicativa del tema a que se refieran.

5.ª Cada mes se concederá un único premio de 1.000 pesetas—o su equivalencia en el país respectivo, al cambio oficial español—, al mejor trabajo que acuda al concurso.

6.ª Se acompañará a cada trabajo carta o nota en la que conste el nombre del autor y su habitual residencia.

7.ª Se harán los envíos, con la especificación «Para el concurso de reportajes fotográficos del mes», a MVNDO HISPÁNICO, Avda. de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria (Madrid).

8.ª Los reportajes premiados pasarán a propiedad de MVNDO HISPÁNICO, para su publicación en la fecha que considere oportuna. Asimismo MVNDO HISPÁNICO se reserva el derecho de reproducir, entre los reportajes que acudan al concurso, aquellos que considere merecedores de publicación. En estos casos se pondrá de acuerdo con los autores para la valoración correspondiente.

9.ª El fallo del Jurado será inapelable y se hará público en las páginas de la revista.

10. El fallo se dará sobre el total de reportajes que se reciban dentro de cada mes.

2

«LA MEJOR FOTO DEL MES»

BASES

1.ª Se premiará la mejor fotografía presentada dentro de cada mes.

2.ª, 3.ª y 4.ª Las mismas que para el concurso anterior.

5.ª Se concederá un único premio mensual, de 300 pesetas, en las mismas condiciones que determina la base 5.ª del anterior concurso.

6.ª, 7.ª, 8.ª, 9.ª y 10. Las mismas del concurso de reportajes, especificando en el cumplimiento de la base 7.ª: «Para el concurso «La mejor «foto» del mes».

FALLO DEL CONCURSO - EJERCICIO PARA ALUMNOS DE «PERIODISMO GRAFICO», DE LA ESCUELA OFICIAL DE PERIODISMO, DE MADRID

Los premios MVNDO HISPANICO fueron ganados por los señores Basabe, Sanz y Rivas

Reunido en Madrid, a 14 de marzo de 1952, el Jurado calificador del Concurso de Reportajes Gráficos, para alumnos de «Periodismo Gráfico», de la Escuela Oficial de Periodismo, patrocinado por la revista MVNDO HISPÁNICO, de Madrid, se acuerda conceder los siguientes premios convocados:

Primero. De 1.000 pesetas, al reportaje gráfico que tiene por título «Alimenta tu espíritu».

Segundo. De 500 pesetas, al que lleva por título «Madrid típico: Las posadas».

Se conceden, además, dos accésits a los trabajos que tienen por tema «La caza» y «Letreros de calles madrileñas con nombres hispanoamericanos», que serán publicados.

Se recuerda la obligación contraída por sus autores de que las fotografías fuesen rigurosamente inéditas. Tanto los premiados como los mencionados en los accésits se someterán a las sugerencias de la Dirección de MVNDO HISPÁNICO para modificar algunas fotografías de acuerdo con aquélla.

En Madrid, a 14 de marzo de 1952.

Firmado: *Epifanio Tierno, José García Nieto, Mario Rodríguez Aragón* y *José Altabella.*

Son autores de los trabajos premiados los alumnos don Miguel Angel García Basabe (primer premio), don Ignacio Teresa Sanz (segundo premio) y don José Manrique Rivas (accésit correspondiente al tema «Letreros de calles madrileñas con nombres hispanoamericanos»). El autor de «La caza» renuncia a la publicación de su trabajo.

DATOS BIOGRAFICOS DE LOS PREMIADOS

Don Miguel Angel García Basabe nació en Madrid el 6 de diciembre de 1912. Operador tomavistas, fotógrafo. Ha intervenido en 150 reportajes y documentales cinematográficos para Cifesa, Ministerio de Marina, Delegación Nacional de Sindicatos, Delegación Nacional de Sanidad, Sindicato de la Pesca (Nacional y varios provinciales), Instituto Nacional de Industria, Empresa Nacional de Electricidad, Empresa Nacional Elcano, Productora Ballesteros, Renfe, Regiones Devastadas, Instituto Nacional de la Vivienda, Iberia, Frente de Juventudes, etc. Ha obtenido varios premios nacionales de Cinematografía, entre ellos el primero, segundo y cuarto en 1943. También obtuvo el primer premio nacional de Cine Amateur (1940). Realizó tres películas musicales para la televisión norteamericana. Fué profesor auxiliar de Optica y Cámaras del Instituto de Investigaciones Cinematográficas. Es fotógrafo oficial de Radio Nacional de España, Sindicato Español Universitario, Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas. Es colaborador habitual de MVNDO HISPANICO, Instituto de Cultura Hispánica, «Triunfo», «Espectáculo», Teatro Español Universitario, Instituto de la Soldadura, etc. Es colaborador también de «Gran Mundo», «La Moda en España», «Fotogramas», Teatro de Cámara (Teatro Español), etc. Ultimamente inició prácticas de operador de televisión en la estación oficial de la Dirección General de Radiodifusión.

Don Ignacio Teresa Sanz nació en Madrid hace treinta y un años. Comenzó la profesión de reportero gráfico en la agencia gráfica Vidal el 1 de enero de 1933. El año 1944 pasó al diario «Ya», de Madrid, como redactor gráfico, donde actualmente continúa.

Don José María Manrique Rivas nació en Linares (Jaén) hace cuarenta años. Lleva cinco años de vida profesional como reportero gráfico. Ha colaborado en diversos periódicos y revistas españolas.

ESTA ES LA CANCILLERIA, DESDE DONDE METTERNICH ENSEÑO Y DICTO POLITICA A EUROPA.

EN EL CORAZON DE VIENA SE HA ELEVADO ESTE MONUMENTO AL EJERCITO DE LA U. R. S. S.

A LA PUERTA DEL PALACIO HA SIDO COLOCADA LA ESTRELLA DE CINCO PUNTAS. SE DIRIA QUE EL CABALLO DEL PRINCIPE EUGENIO SE ENCABRITA ANTE LA PROFANACION SUFRIDA.

VIENA: DE STRAUSS A "EL TERCER HOMBRE"

Por ANTONIO QUINTANO RIPOLLES

No había estado en Viena desde antes de la guerra, la de 1939, pues en la Europa temporalizada entre efemérides catastróficas hay ya que precisar de qué contienda bélica se trata, y su visita, aprovechando la vacación veraniega, no ha podido ser más instructiva y amarga a la vez, como suele ser, en el fondo, todo lo instructivo. Quienes conocimos bastante la Viena antigua, pero no la anterior a 1914, oíamos constantemente a los mayores, entre amargas sonrisas de consideración ante nuestro embeleso, la consabida cantilena: «¡Esto ya no es Viena! ¡Si hubieras conocido la de antes, la de los fastos imperiales. ¡La de ahora no es más que una ínfima caricatura del sublime cuadro que se borró para siempre!...» Y los que, sin carretelas de príncipes ni orgías de archiduques, gozábamos lo que podíamos con los encantos no pequeños de la Viena de los años veintes y treintas, nos encogíamos de hombros ante los lamentos de los viejos, conformándonos muy a gusto con las pretendidas migajas del banquete, que se nos antojaban y eran, sin duda, suculentas.

Los violines de los zíngaros seguían desgranando sus melodías de Strauss a través de los encantadores boscajes del Prater; el índice gótico de San Esteban continuaba apuntando al cielo sobre su cauce de policromas baldosas de Bohemia; los domos barrocos elevaban siempre sus volutas de oro y plata en el más armonioso paisaje urbano, y el Danubio seguía siendo amable y azul a los ojos del viajero ilusionado. En las terrazas floridas de los Rings, del Graben y del Burgpark se exhibía una multitud elegante y risueña entre tartas con nata, montañas de periódicos de todo el orbe y vasos de agua helada continuamente renovada por camareros obsequiosos con prestancia de mayordomos principescos. La gente señalaba al pasar los grandes hombres, músicos, cantantes y poetas, orgullo de la ciudad: Stefan Zweig, Hofmanstahl o la Jeritza. Costaba horas de cola y no pocos empellones el acceso a las cátedras de Freud o de Kelsen en días de lección extraordinaria, y desde las alturas de la Opera imperial podían disfrutarse anticipos del verdadero paraíso por muy pocos chelines...

Ahora es, a los aún relativamente jóvenes, a quienes nos toca la cantilena de las jeremíacas nostalgias, frívola confirmación de las profundas tesis del eterno retorno de los Vicos y Nietzsches. La perfecta verdad es dura de captar y el subjetivismo lo relativiza todo; pero creo firmemente que, ante el panorama de la ciudad actual, ya no se trata de añoranzas seniles, sino de realidades insobornables. De la Viena de Strauss, siquiera la del nieto del divo Johann, se ha pasado, sin solución de continuidad, a la de *El tercer hombre*. Se puede situar su perspectiva real asistiendo a una sesión de la popular película con harta más certeza que la de la otra

¿LA JUSTICIA, FUNDAMENTO DE LOS REINOS? NO PARECE LOGICO QUE TODAVIA EN LAS PIEDRAS NOBLES DE UN EDIFICIO CAMPEE ESTA INSCRIPCION. RESULTA CRUELMENTE IRONICA.

HE AQUI OTRO ALECCIONADOR MONUMENTO. ESTE SE HA ERIGIDO PARA PERPETUAR EL PRIMER TANQUE INVASOR DE VIENA. ¿ESTARA ENTRE SUS RUEDAS LA «PALOMA DE LA PAZ»?

SOBRE LA TRADICION Y SOBRE LA NATURALEZA. SOBRE EL VERDOR DE LOS ARBOLES Y LAS VENERABLES PIEDRAS DE LA VIENA ETERNA, ASOMA LA LANCETA DEL MONUMENTO ROJO.

Viena al conjuro de las inmortales operetas.

Las heridas de guerra sufridas por la capital no son, en verdad, demasiadas y ninguna de ellas irreparable. La catedral de San Esteban vió derrumbarse su techo de las bellas baldosas multicolores, que ahora se reparan por simpática contribución popular, contribuyendo cada uno a razón de un chelín por cada teja; pero la maravillosa torre sigue enhiesta entre las ruinas. La Opera también se apresta a restaurar sus graves lesiones, encerrada en gigantes andamios, que le dan aspecto de joya enjaulada y presta para el embarque. Cualquier gran ciudad centroeuropea, y no ya sólo Varsovia o Berlín, puede ostentar ruinas incomparablemente más trágicas y espectaculares. Y, sin embargo, pocas dan la sensación de horrible desconsuelo como ésta; no, desde luego, Munich, que, pese a su terrible destrozo, ha recobrado toda su jocunda vitalidad en los salones inmensos de la cervecería Hofbräuhaus, venturosamente intacta. Quizá es ello debido a su misma preciosa fragilidad, ya que, como es natural, una gentil doncella o una porcelana no pueden encajar tan bien los golpes como un cargador de muelle o un puchero de aluminio.

Pienso, sin embargo, que el mal mayor de Viena estriba más en el espíritu que en la materialidad de los escombros. Estos, al fin y al cabo, se barren o recomponen, añadiendo a la larga nuevas reliquias de interés a una urbe milenaria tan pródiga en glorias y catástrofes. Lo que contribuye más a dar a la ciudad actual su aspecto torvo, que tan mal le cuadra, no son tanto las piedras deshechas como indeseables presencias, de carne unas veces y otras de piedra también. Quizá lo más triste de ella no sea lo destruído, sino lo flamantemente edificado, y no precisamente por su mediocridad estética, aunque también la haya y no de poca entidad. Al transitar por la plaza de San Esteban y bordear las ruinas catedralicias, se siente uno, al fin y al cabo, en su propia casa, vulnerada por una fuerza mayor, que igual pudo ser un rayo cósmico que el forjado en los talleres de Essen o Vicker.

Al pasar, en cambio, por la glorieta de Schwarzenberg y ver que ahora parte de ella se llama de Stalin, presenciando que en su centro, frente a la maravilla barroca del Belvedere, se yergue la mole nuevecita del monumento al Ejército rojo, con sus enormes letreros de oro en caracteres rusos, es natural que se sienta una impresión totalmente distinta, sobre todo por la idea de permanencia fatal que los mármoles y bronces acusan. Y nada digamos de la peregrina idea de haber erigido a la entrada de la explanada, entre jardines que invitan a la presencia de marmóreas deidades, nada menos que la absurda y terrorífica presencia de la chatarra de un tanque que fué el primero en irrumpir las lindes de la ciudad el día de su problemática liberación. Por si el recuerdo no es lo bastante siniestro, a su lado se han enterrado los restos de algunos de los soldados rusos caídos en la memorable acción de guerra, convirtiendo así en cementerio uno de los más rientes rincones de la Viena de antaño.

Pero lo dicho no es aún todo. En plena fachada del Burgo imperial cuelgan de sus balcones de mármol la estrella roja de cinco puntas y las mellizas y gigantescas efigies de Lenin y Stalin, adminículos que juran con la imponente prosopopeya barroca de la mansión de los césares austríacos. Diríase que el caballo de bronce en que cabalga el príncipe Eugenio, vencedor de media Europa, se encabrita de horror al enfrentarse con tamaña profanación. ¡Qué bien le va, por el contrario, al viejo palacio, en la puerta suiza, situada a pocos metros de allí, el blasón con nuestros castillos y leones entre las bicéfalas y ceñudas águilas austríacas! Y también, por descontado, en claro latín, la inscripción del arco triunfal de acceso, que ahora resulta el más irrisorio de los inris: «*Justitia, regnorum fundamentum.*»

Esto en cuanto a lo inanimado. Lo vivo es más angustioso todavía. Las gentes se mueven como abrumadas por la pesadumbre y el temor a posibles delaciones, especialmente cuando se ven forzadas a pasar barrios «rusos», sobre los que planea un indecible hálito de zozobra y misterio. Y uno de ellos es precisamente el del Prater, quintaesencia de la gloriosa frivolidad de la Viena ancestral, símbolo fatal para quienes piensan, y quizá acierten, que lo frívolo es uno de los valores, peligrosos pero genuinos, de la civilización occidental.

Los barrios de Viena no se hallan materialmente amurallados en cada zona ocupante, como los de Berlín, pudiéndose transitar libremente por todos ellos sin formalidad alguna. El núcleo central es internacional, intervenido por los cuatro vencedores, los *Cuatro en un «jeep»*, que efectivamente circula sin cesar, con privilegio de aparcar en las aceras. Unos sencillos postes indicadores o unas banderas indican la zona o edificio reservado por el amo de turno en la ciudad que un día fué dueña de los destinos del orbe y que tenía por lema el orgulloso A. E. I. O. U. de los Habsburgos *(Austria Est Imperare Orbe Universo)*. En rea-

AQUI APARECEN EN UNA HERMANDAD, SOLO POSIBLE A EFECTOS DE ESCAPARATE, LOS BLASONES DE LOS CUATRO OCUPANTES DE LA CIUDAD.

EN LA FACHADA DEL PALACIO IMPERIAL DE VIENA SE ADVIERTE CON OSTENTOSO DESAFIO QUIENES SON LOS AUDACES INQUILINOS ACTUALES.

lidad, no hacía falta nada de eso, y el color del lugar se atisba a tiro de ballesta sin precisiones convencionales. Así, en pleno Ring, el hotel Bristol está ocupado por las autoridades soviéticas y el Gran Hotel por las americanas, dos mundos apenas separados por unas docenas de pasos entre añosos castaños y quioscos de periódicos multicolores, y tan distantes, sin embargo, como Moscú y Nueva York.

En torno al uno reina el silencio más penoso, encerrado en el hermetismo de rejas y cortinas, ante las que velan los inmensos levitones de los soldados rojos, suspicaces y siniestros, reproduciendo exactamente la impresión inquietante que sentí al pasar frente a la sede de la G. P. U. en la plaza Lubianka moscovita, en los días anteriores al telón de acero y de los hospitalarios halagos del Intourist. Del otro entran y salen muchachas sonrientes, soldados con el gorrillo ladeado y mascando chicle y vendedores ambulantes en busca del fácil mercado de cigarrillos rubios y revistas galantes.

Ambos recintos son el punto de mira sobre el que gravita el temor o esperanza de los vieneses: del Bristol puede llegar el fatal despacho que conduzca más allá del telón de acero verdadero y definitivo; del Gran Hotel, los dólares para el mercado negro y quizá el mítico visado para los paraísos ultraatlánticos con que sueña la esquilmada y atormentada Europa Central...

Con tales innovaciones no es de extrañar que el encanto de Viena se haya esfumado y que todas las nostalgias se justifiquen. Apenas si queda, y no es poco ciertamente, el atractivo de las bellas salchicherías y confiterías, con escaparates demasiado provistos, que seguramente delatan despensas y bolsas vacías. Emigraron las multitudes de lujo, incluso las austríacas, que prefieren las ciudades de las zonas íntegramente occidentales, como Salzburgo y Kitzbühel, sin vecindades indeseables. Emigraron también los artistas y profesores famosos, que fueron a vivir o a morir a millares de leguas de la dulce ciudad natal, y hasta los lienzos de la Academia y el Museo histórico, entre ellos nuestros infantitos velazqueños Margarita Teresa, Felipe Próspero y Baltasar Carlos...

Junto a todas estas visiones caleidoscópicas y tristes, la suprema ironía: en cada muro aun en pie, la inscripción tópica de los comunistas rezando el consabido «Corea para los coreanos», en letras gordas de brea. Incongruencia máxima en un país donde son cuatro nada menos los dueños forasteros y que, si el sentido común significase todavía algo, debiera dejar lugar a la elementalísima de «Austria para los austríacos».

AGUILAS, CASTILLOS Y LEONES, UNA HUELLA DE ESPAÑA, TAN DISTINTA DE LAS OTRAS, EN LA MEMORIA DE LA VIENA IMPERIAL.

El excelentísimo señor ministro de Asuntos Exteriores de España, doctor Martín Artajo, en vísperas de su viaje al Oriente Medio, fué despedido por el embajador de Egipto en España con un banquete, al que asistieron, entre otras, las siguientes personalidades: marqués de Huétor de Santillán, jefe de la Casa Civil de Su Excelencia el Generalísimo; señor Soler, segundo jefe de Protocolo del Ministerio de Asuntos Exteriores; señor Navasqüés, subsecretario de Asuntos Exteriores; general Mizziam, marqués de Villaverde y nuncio de Su Santidad, decano del Cuerpo diplomático.

ALCANCE Y SENTIDO DE UN PERIPLO MEDITERRANEO

El ministro de Asuntos Exteriores del Estado español, Alberto Martín Artajo, marchó al Oriente Medio. Los países árabes recibieron la visita del «Canciller de la Resistencia», que interpreta la política de la «santa intransigencia» dictada y sostenida por Francisco Franco, Caudillo de España y Capitán de la Hispanidad. Los pueblos árabes, en esta hora convulsa y recia de su historia, que señala el momento de su renacer histórico como personalidades políticas y soberanas, han dicho: «Artajo viene a su país.»

Pero, si bien Artajo va a un país que es el suyo en el orden de la historia, si sus credenciales protocolares son españolas, hay en este viaje—en su realidad y en su símbolo—otro significado. El ministro español lleva moralmente la representación de toda una cultura, de toda una forma de vida, de toda una categoría de respuestas vitales a las interrogantes que la existencia propone a los hombres de nuestra época, y que constituyen la base histórica y presente de la comunidad hispánica de pueblos.

En la víspera del viaje, el embajador de Filipinas reunió en un banquete a los representantes acreditados en Madrid de los Estados árabes y de los Estados hispanoamericanos. La reunión tiene por sí misma un significado trascendente, rico en sugestiones, ejemplar y aleccionador. Filipinas tiene con los pueblos de América hispana esencias comunes, historia unitiva y actitudes concordantes; pero, a la vez, es un pueblo oriental magnífico puente hacia los que se levantan en la ribera asiática y africana del Mediterráneo, que unen diversas direcciones en las influencias recíprocas.

La semilla española, sembrada al voleo en el alumbramiento de nuestros tiempos, cuidada en su germinación con más amor que habilidad, con más celo por lo entrañable y permanente que por lo institucional y figurativo, da en cada primavera histórica nuevos y sorprendentes frutos. De España, hogar de naciones, salieron hacia todos los mares hombres con vocación colonizadora. Una vocación signada por el viejo y noble estilo helénico. El panhispanismo se refleja sobre la superficie de todos los mares, y en un alternado proceso de anfictionías y de diásporas, hay siempre, como constante histórica, un momento propicio para el diálogo, la cita olímpica, las alianzas, el encuentro...

Los caminos para ese encuentro tienen la gracia de lo imprevisible. La perplejidad es hija de la razón, pero la sangre y la lengua tienen seguridad en el rumbo.

Allá, en Beit-Jala, el 75 por 100 de sus habitantes hablan español; en Belén, cerca de la mitad de sus pobladores son árabes hispanoamericanos; en Beit-Jahur, las costumbres y el lenguaje son los de los americanos sureños; el Líbano mantiene y contiene un enorme caudal de relaciones con el Río de la Plata..

El retorno de los pueblos árabes a una presencia activa dentro de la Hispanidad se ha hecho por el camino de América, tanto o más que por el de la propia relación directa con España.

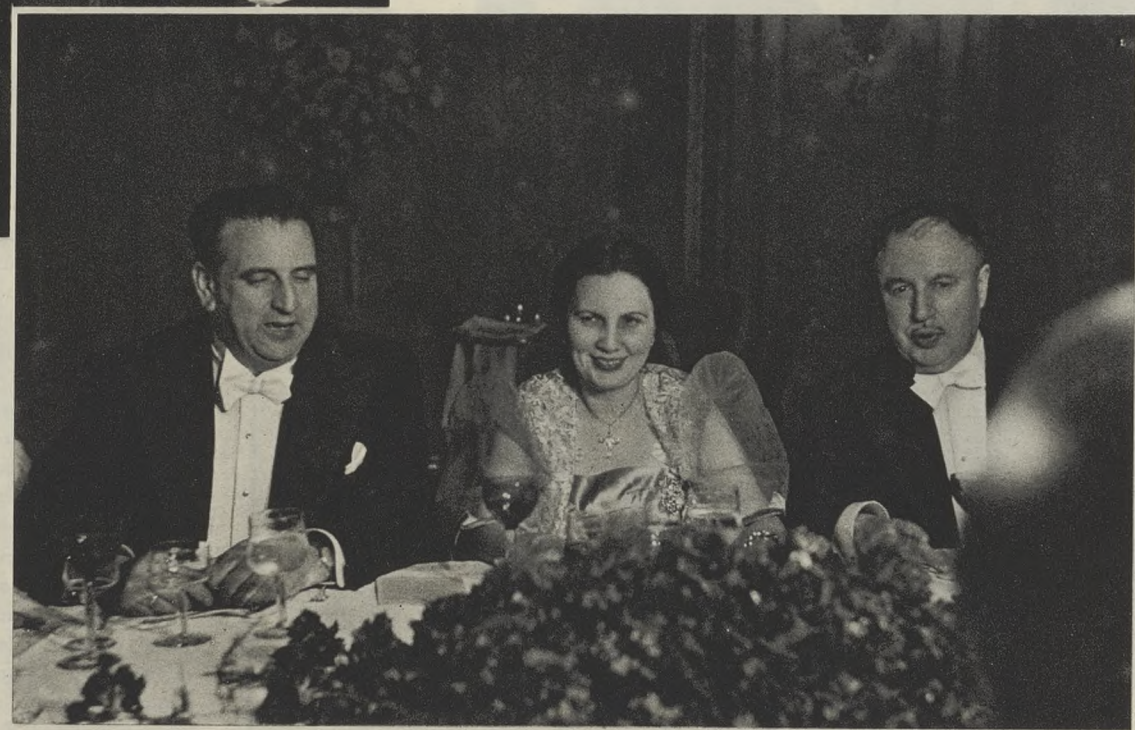
Desde los primeros años de este siglo, el hombre del Medio Oriente fué a América del Sur. En sus alforjas de emigrante iban el sentido comercial, el minucioso cariño por el agro y la facultad mediterránea y proteica de la adaptación. En los ojos del emigrante, ese brillo de alerta político que sólo empañaban celajes de ternura. América los recibió con hospitalidad hispánica, y ellos no fueron allí, jamás, los periecos. En la política, en la cultura, en el comercio, en el ejercicio de las profesiones liberales, los árabes fueron ocupando puestos de primera fila y constituyendo sólidos puntales de la vida nacional. Lo que estos hombres tenían de secular atavismo español, se avivó en el ambiente de sus nuevas patrias y, al mismo tiempo, ellos encendieron antiguos bríos de mediterraneidad española en la intimidad americana.

Los acontecimientos fueron facilitando el retorno de sirios, libaneses, transjordanos, palestinos, a sus puntos de partida. El colono regresa, y sus ciudades y aldeas, sus pequeñas metrópolis, se impregnan de elementos ultramarinos y lejanos. Lejanos, pero no exóticos. La lengua no es extraña. Las costumbres entran en un cauce milenario, pero holgado. Y allí, en los poblados y en las campiñas bíblicas, árabes y americanos de su estirpe se funden en un acento español.

La política, la geopolítica, la historia, que ensamblan en intereses inmediatos las relaciones internacionales, deben aceptar como realidad esa comunidad hispánica, que en la despedida al canciller de España se hizo presente a la invitación del embajador de Filipinas. El Mediterráneo, el Atlántico y el Pacífico, dimensiones todas de una hispanidad defendida en todas las horas, pero, sobre todo, en los años de la incruenta pero heroica resistencia por España.

FILIPINAS REUNE A IBEROAMERICANOS Y MUSULMANES EN TORNO AL MINISTRO ESPAÑOL DE ASUNTOS EXTERIORES EN VISPERAS DE SU VIAJE AL ORIENTE MEDIO

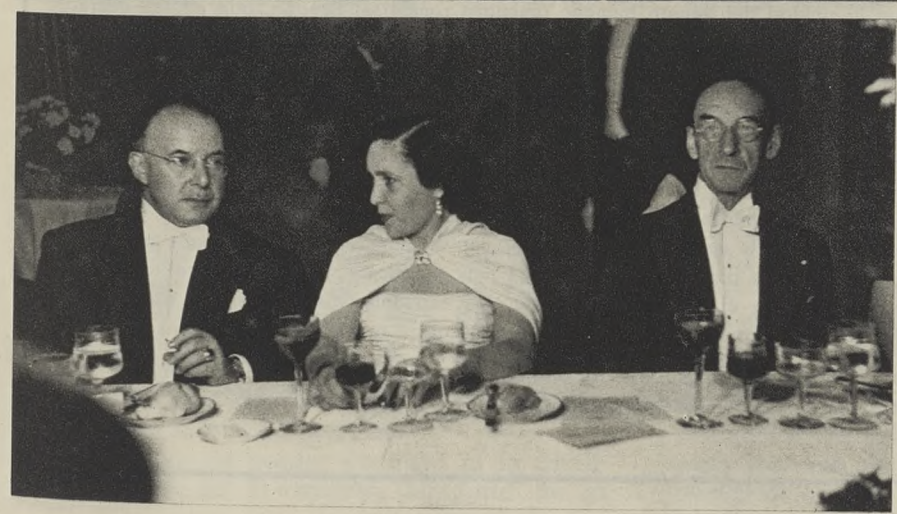
El embajador de Filipinas, con las señoras de Martín Artajo y del mariscal Ureta, embajador del Perú en España.



El señor Martín Artajo, con la señora del embajador de Filipinas y el embajador de Portugal.

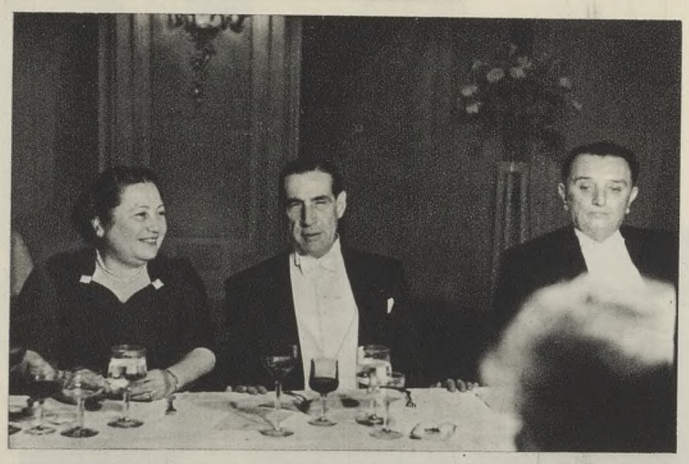
Los excelentísimos señores embajadores de la República Dominicana, Perú, Honduras y Bolivia, señora del embajador del Paraguay y señor embajador de Chile.

El señor Martín Artajo, señora del embajador de Haití y señor embajador de Egipto.



Señores embajadores de la Argentina, Chile y Paraguay.

Señor embajador de la Argentina, señora del embajador de Chile y señor embajador del Perú.



Señora del embajador de Egipto y señor embajador del Brasil.

Señora del embajador de Honduras, señor embajador de la República Dominicana y señora de Sánchez Bella.

Embajadora del Brasil y señor embajador de Egipto.

Señora Morales de Davisson, agregada cultural de la Embajada de Panamá, y señor embajador de Haití.

Señor Sánchez Bella, director del Instituto de Cultura Hispánica; señora condesa de Gamazo y señor embajador de España en el Paraguay.

PARALELO RESURGIR DE LOS PUEBLOS ARABES E HISPANICOS

MENSAJE DEL JEFE DEL ESTADO ESPAÑOL AL MUNDO ARABE

En los momentos en que, haciendo honor a vuestra invitación, mi ministro de Asuntos Exteriores, al frente de una Misión extraordinaria, sale para vuestros países, quiero expresaros mi sentimiento porque las tareas de gobierno y de dirección de la nación no me hayan permitido el ausentarme para realizarlo yo personalmente.

Al correr de estos años he visto con satisfacción cómo se han estrechado los lazos que vienen uniendo a nuestros pueblos después de siglos de convivencia, que dejaron en nuestra Patria huella profunda de aquel pasado común que se acusa todavía en la grandeza de los monumentos de aquellos siglos de brillante cultura, que culminó en el Califato de Córdoba, con su floración de sabios, artistas y poetas, admiración del mundo de su tiempo, y que, superando diferencias, enorgullecen por igual a árabes e hispanos.

Asistimos nuestra generación a un paralelo resurgir de los pueblos árabes e hispánicos, en contraste con la decrepitud de otros países; y España, en el estrecho de las comunicaciones, en el camino en que un día chocaron las civilizaciones y los pueblos, en una indiscutible floración de juventud y unida a unos y a otros por vínculos de sangre y siglos de historia, se ofrece hoy como lazo de unión a los pueblos que en un ímpetu juvenil renacen a una nueva vida.

La espiritualidad, la tradición y el sentido religioso que siempre ha caracterizado vuestra vida, y que conserváis como la más estimada joya en vuestros hogares, son comunes a los que, como nosotros, amantes de su fe y de sus tradiciones, venimos defendiendo, en este espolón occidental de la vieja Europa, la espiritualidad y el sentido religioso de la vida.

La amenaza que el materialismo ateo representa para todos los pueblos creyentes acerca evidentemente a los que ponemos esta espiritualidad y los conceptos trascendentales de la vida por encima de los bienes materiales y estamos dispuestos a cerrarle el paso a ese materialismo grosero, destructor de las esencias vitales de los pueblos. Contra esta amenaza se levantó un día nuestro Movimiento nacional, considerado entre nosotros como una verdadera guerra santa, y que la sensibilidad exquisita del pueblo marroquí supo comprender al unir voluntario su sangre a la nuestra en la defensa de una espiritualidad y un sentido trascendente de la vida peligrosamente amenazados.

A reforzar este vínculo de tradición e historia, de pensamiento y de afectos, de anhelos comunes de vida en paz en un mundo mejor, os envía España esta Misión extraordinaria, que, a la par que testimonie a vuestros Jefes de Estado y hombres de gobierno la expresión de gratitud de la España nacional por la digna actitud que en su defensa y en la de la justicia mantuvieron en el campo de los debates internacionales, os lleva, con la expresión de nuestro cariño, el deseo de conocer la intimidad de vuestro pensamiento y de vuestras necesidades que nos permita en el futuro el estrechar más nuestras relaciones en el campo de nuestros ideales y de nuestros comunes intereses.

Altos y levantados son, como veis, los móviles de la visita de mi ministro a las naciones árabes, como claros y limpios sus fines y objetivos; que si en el orden político no puede negarse su alcance y trascendencia, acusan la nobleza y rectitud de sus fines constructivos, equitativos y justos en servicio de lo que a todos conviene y a nadie hostiliza. En esta hora de descomposición social, en que la unidad del género humano amenaza romperse, España, que en las encrucijadas más graves de la Historia ha respondido siempre a su misión civilizadora, está también ahora dispuesta a brindar al mundo ejemplos de comprensión y de colaboración internacional desinteresada y generosa.

Y así como su alianza con Portugal constituye para los países un modelo de buena vecindad, y su inteligencia con las naciones de nuestra estirpe la lleva a formar con ellas, en el concepto de la Hispanidad, una verdadera familia de pueblos, así también se halla preparada a estrechar sus vínculos, en el área de sus ideales y de sus comunes intereses, con el mundo árabe, pues sabe bien que en su corazón, por alcurnia histórica, por parentesco racial y, sobre todo, por su afinidad en el campo del espíritu, los españoles tienen siempre un puesto, del mismo modo que los árabes lo encontrarán siempre en el nuestro, y tanto como en el que más, en el de su Caudillo, que os saluda y envía la paz con loor a Dios.

ESPAÑA EN MARRUECOS

Las directrices de la acción de España en Marruecos responden clara y precisamente a la más pura tradición española de contacto con los pueblos a los que, en el curso dilatado de su historia, ha ayudado noble y generosamente en su evolución. Esa tradición tenía como esencia el favorecer cuanto era posible el rápido progreso y desenvolvimiento para que esos pueblos llegaran a alcanzar el mismo nivel que España y se incorporaran rápidamente al concierto de las naciones. La doctrina española en su acción americana continúa hoy como ejemplo insuperado.

Esas directrices actuales de la acción marroquí responden también a la doctrina africanista española del último tercio del siglo XIX. Marruecos era una nación con todos sus atributos y España consideraba *casus belli* cuanto significara atentar contra su unidad y su independencia. El imperio de Marruecos había caído, sin género de dudas, en una gran postración y en un gran atraso; darle la mano generosamente para que saliera de ella y recobrara su personalidad y su grandeza era, por numerosas razones geográficas e históricas, tarea exclusiva de España, que no tenía ambición ni reivindicación alguna en el Norte de Africa.

Ni la intervención en Marruecos, ni la división en zonas, ni el hecho de sustraer Tánger a su zona natural, pueden achacarse a España; obedecieron a causas exteriores a Marruecos y a España y vinieron impuestos, con olvido de los más elementales derechos de España a tener una participación preponderante en la evolución marroquí.

La forma jurídica que se dió a este contacto así nacido forzadamente entre España y una porción mínima de Marruecos fué la del Protectorado; bien puede asegurarse que para España esta palabra nunca dijo nada; había, presidiendo toda su obra, un concepto mucho más claro: el de la fraternidad. La acción era, sencillamente, la de tutela cerca del pueblo hermano. Hasta ese olvido y menosprecio de los derechos de España parecían simbólicos; nada podía, en efecto, expresar mejor el desinterés y la generosidad de España que una zona dura, montañosa, en la que los esfuerzos habían de ser considerables, y el beneficio material, si tratara de buscarse, nulo.

La pacificación (1909-1927) tuvo un significado claro: sin ella, la evolución de Marruecos y la meta de su prosperidad y de su grandeza eran empresas imposibles y quiméricas. Para lograrlo hizo los mayores sacrificios de todo orden, lo mejor de su juventud y el oro de sus arcas; pero la pacificación, ayuda de España al Gobierno legítimo de Marruecos para vencer la rebeldía interna de Marruecos, que hacía imposible la grandeza del Imperio marroquí, fué un hecho, y el balance, que con un sentido materialista hubiera sido ruinoso, puso de relieve los resultados esperados; al final de la campaña de pacificación, orgullo del glorioso Ejército español, en alta y noble misión de ayuda a Marruecos.

Lógica consecuencia de cuanto va dicho son las directrices actuales de la acción de España en Marruecos: continuar noble y lealmente la acción fraternal, estimulando la evolución de Marruecos, sin otra ambición ni apetencia que no sea la de hacer cada día más estrechos los lazos de cariño que ligan a ambos pueblos.

Para ello, no perder de vista ni la finalidad exacta ni el carácter temporal de la misión. España en Marruecos ejerce hoy la alta función de preparar al pueblo marroquí para la gerencia de sus propios asuntos. Para ello, sustituye provisionalmente aquellos órganos vitales de que Marruecos carece aún y alienta y estimula la formación adecuada de los marroquíes para que puedan ponerse en condiciones de actuar por ellos mismos. Hay una preocupación fija y constante de *relevo;* cada marroquí, adecuadamente preparado, debe ocupar su puesto; hay también la preocupación de estimular y alentar esa preparación.

La labor es tan amplia como compleja: hay que hacer evolucionar la economía marroquí, especialmente en su aspecto fundamental, agrícolaganadero; hay que poner en producción sus riquezas (pesca, montes, minería, etc.); hay que estimular con prudencia el desarrollo de una industria naciente; hay que dar vitalidad a los organismos económicos; hay que llegar a una organización económicosocial en la que culminen las posibilidades totales de una vida mejor. En este mismo orden, hay que cuidar el comercio, la hacienda, los recursos...

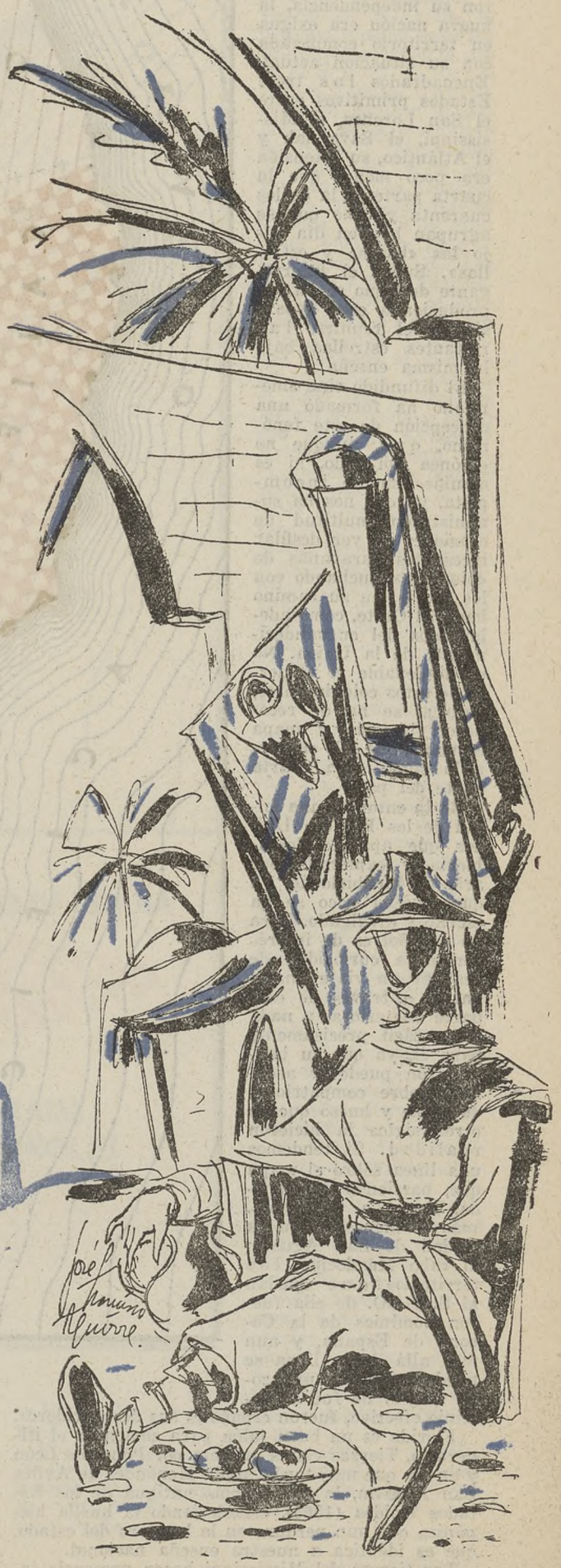
En el orden social, ¡cuántos problemas asimismo! Reforma de la justicia, mayor participación de las poblaciones ciudadanas y rurales en la gestión de sus propios asuntos; de la sanidad, de la beneficencia, de la protección de la infancia, del régimen penitenciario, de la vida económica rural. Y, sobre todo, de la seguridad y de la paz, sin la cual no sólo la evolución no sería posible, sino que, más grave aún, se correría el riesgo de volver a caer en un estado anárquico aún peor que el que corrigió la pacificación.

Y, a través de toda la labor, *la preocupación por el hombre.* Marruecos alcanzará la cumbre de sus aspiraciones cuando disponga de hombres preparados para las distintas actividades; la preocupación primera de España en Marruecos es hoy *alentar e intensificar esa preparación.*

Y para ello, una base: la enseñanza primaria obligatoria, difundida por las últimas regiones de Marruecos; después, todos los órganos formativos precisos trabajando con la máxima intensidad que la primera materia lo permita; finalmente, incorporación rápida a las funciones marroquíes de los ya preparados.

En esa labor el apoyo de los marroquíes es fundamental, ya que los resultados serán tanto más amplios y felices cuanto más intensa sea esa colaboración; ello es lógico teniendo en cuenta que, en definitiva, Marruecos trabaja así para él mismo, y es bien sabido que los pueblos no logran su prosperidad y su grandeza *más que por su propio esfuerzo.* El apoyo de España ha de favorecer extraordinariamente ese esfuerzo, acortando distancias y reduciendo plazos, pero no podrá útilmente sustituirlo.

Tales son las directrices de la obra que España realiza en Marruecos, y que puede resumirse así: ayuda fraternal, eficaz, generosa, para que Marruecos pueda ir avanzando con paso firme en su evolución, sabiendo que alcanzará cuanto su esfuerzo le permita, sin que por parte de España encuentre otra cosa que una orientación clara y precisa, un apoyo y un estímulo decidido, un sincero cariño y una satisfacción auténtica, sin mezcla de ningún otro sentimiento, al comprobar cómo las etapas se van cubriendo en la confianza de los dos pueblos, ante los que se abren tan altos y nobles designios.



PRESENCIA DE ESPAÑA EN LOS EE. UU.

Cuando, en 1783, las provincias inglesas en Norteamérica alcanzaron su independencia, la nueva nación era exigua en territorio comparada con su situación actual. Encuadrados los trece Estados primitivos entre el San Lorenzo, el Mississippi, el Savannah y el Atlántico, su extensión era poco menos que la cuarta parte de la de los cuarenta y ocho que se agrupan hoy en día bajo las «barras y estrellas». Surge el interrogante de cómo se ha ido produciendo esta expansión y el reunirse las restantes estrellas bajo la misma enseña.

El difundido cine americano ha formado una concepción de este fenómeno, que, aunque no errónea del todo, sí es manifiestamente incompleta, ya que nos ha suministrado multitud de ocasiones de ver desfilar incesantes caravanas de «pioneers», luchando con los indios, en su camino hacia el Oeste, como adelantados del engrandecimiento de la Unión. No es desdeñable el esfuerzo de estos colonizadores, pero sí se ha de reconocer, historia y mapa en mano, que sólo cubren, a lo sumo, otra cuarta parte del país.

Resta entonces una mitad de los Estados Unidos que aparece descubierta y explorada por arte de birlibirloque, ya que de ella poco se ha escrito y divulgado. Para un español es de interés sentir la curiosidad de realizar un viaje imaginativo a través de esta parte misteriosa, y nada más fácil precisamente para él, ya que su imaginación puede ir asentada sobre compatriotas de carne y hueso que en otros siglos la hicieron realidad. Si tendemos una línea sobre el mapa que, partiendo de Florida, llegue a California, más o menos desde la ciudad de San Agustín al cabo Mendocino, los territorios que quedan al S. y SO. de ella fueron dominios de la Corona de España, y aun más allá de la línea se puede establecer una zona que, si no fué de dominio efectivo, fueron españoles sus descubridores.

Florida es un buen jalón para comenzar el itinerario. Tierras vistas primero por Ponce de León y en las que más tarde funda Menéndez de Avilés San Agustín, la ciudad más antigua de los Estados Unidos (1565), estableciendo la huella hispánica que aun perdura en la bandera del estado, que es idéntica a nuestra enseña nacional.

Las tierras del Mississippi hacen presencia inmediata con el recuerdo de Hernando de Soto, primero en navegarlo, y que, muerto en la empresa, recibió poética sepultura en las aguas recién descubiertas. Y se pasa a Texas, cruzado en epopeya gigantesca por Alvar Núñez Cabeza de Vaca y sus tres compañeros, a pie y con los medios de que podían disponer siendo supervivientes de un naufragio.

Se abre a la perspectiva viajera el «Lejano Oeste», el conocido Far-West de novelas y películas de nuestra niñez, en las que sus héroes no hacían más que recoger, sin saberlo, una herencia de intrepidez establecida muchos años antes. Es la mayor proeza de soldados y frailes españoles, por ser región extensísima, poblada de indios hostiles, siendo gigantescos obstáculos naturales sus ríos, montañas y desiertos. Son muchas las expediciones que recorren el Oeste teniendo el virreinato de Nueva España como punto de partida, comenzando en el siglo XVI y continuando hasta principios del XIX, cuando ya el Imperio español comenzaba a desmoronarse.

Hacia 1540 sale Francisco Vázquez Coronado en busca de las siete ciudades de Cíbola, que la fantasía de fray Marcos de Niza, viajero anterior, había creado, encontrando la realidad de modestos pueblos compensada por el descubrimiento de grandes territorios, que corresponden hoy a Kansas, Arizona, Nuevo Méjico y Colorado, siendo visto por vez primera el Cañón del Colorado. Al mismo tiempo Rodríguez Cabrillo, por mar, perfila la exploración recorriendo las costas de California. Más tarde Juan de Oñate recorre Cíbola y establece las bases de una colonización fundando Santa Fe (1609).

El padre Kino evangeliza y coloniza Arizona y parte de California a principios del siglo XVIII, y ante la presencia de Francia en el Mississippi, el capitán Domingo Ramón y los misioneros Espinosa y Margil colonizan Texas y establecen fuertes militares, mientras, por el norte, Rivera recorría la Sierra de Plata y la región de los indios yutas (Utah y Colorado).

Con la Paz de París de 1763 y la de Versalles en 1783 llega el momento de apogeo. Desaparecida la cuña francesa, por la cesión de la Luisiana, y recuperada Florida, el dominio español recorre ininterrumpidamente todo el S. y SO. de los nacientes Estados Unidos, desde el Pacífico al Atlántico. Es el momento de la total colonización de California, a la que van unidos los nombres de los misioneros Garcés y Serra y los de los capitanes Portolá y Anza y las fundaciones de Los Angeles y San Francisco. Derivaciones de esta colonización exploran Utah, Nevada y Arkansas, llegando al país de los comanches. Y aun en el siglo XIX, el teniente Melgares somete y pacta con indios de Kansas y Arkansas, evitando la expansión de la nación vecina. Después..., el Imperio se deshace, la herencia sufre despojos llamados Texas, Guadalupe, Hidalgo, Mesilla. La política anexionista de los Estados Unidos se había puesto en marcha y faltaba el enemigo que la detuviera.

Esta actividad exploradora y colonizadora dió a conocer un territorio de casi cinco millones de kilómetros cuadrados, del cual se han formado veintidós Estados de la Unión, muchos de los cuales proclaman su origen al llamarse Florida, Nevada, California, Colorado, Nuevo Méjico. Algunos estados y municipios del país conservan con fervor el recuerdo de sus descubridores y fundadores, a los que han honrado con monumentos. En Nuevo Méjico, el monumento es vivo al tener el castellano consideración de lengua oficial. Pero el hombre medio de allí y de aquí sigue desconociendo esta aportación española. No por eso la huella se borra, y recorriendo los Estados Unidos se encuentran nombres españoles en su geografía, donde se siente más afincado el catolicismo, donde aun se oye nuestro idioma y se ven jinetes con aire y atuendo heredados de España. Pueblos donde todavía se lía el tabaco a nuestro uso y donde el «bugui» no ha derrotado a la guitarra.

No olvidemos que en San Agustín, en Florida, al comienzo del imaginativo itinerario, y como anuncio de lo que va a ser, grabado en la piedra del viejo castillo de San Marcos, campea el escudo de España.

Antonio PARDO

La ayuda de España a la independencia norteamericana

La relevante presencia de España en casi todos los momentos decisivos de la Historia es algo que difícilmente puede negarse. En principio, existe un imperativo geográfico que necesariamente coloca a España en el primer plano del acontecer de la Historia: la Península Ibérica está situada de tal forma, que viene a ser el obligado territorio de fricción entre Europa y Africa. Esto determina que España se vea forzada a detener en su momento la expansión islámica, que durante algún tiempo amenazó con inundar a Europa, lo cual no fué obstáculo para que la misma España se opusiese a esa expansión en otros puntos donde los diques de contención se resquebrajaban: todo el Mediterráneo, Viena. Desde otro punto de vista, dentro del mismo panorama geográfico, España, extrema occidentalidad de Europa, está fatalmente obligada a ser la protagonista de la Historia en dos importantes empresas: en el terreno de las ideas, la defensa de lo que se llama cultura occidental; en otro terreno, el descubrimiento del Nuevo Continente. Hasta aquí, el destino histórico, el papel a representar. Luego, la brillante interpretación de este papel, el denso y fuerte espíritu nacional, logrados en un proceso de lucha y depuración constantes, convierten a España en una nación poderosa, en cuyos dominios el sol no se pone: una nación presente en todo el orbe. España conquista, lucha, vence, se desangra, se debilita, pero no se apaga. Y a lo largo de una penosa decadencia, sigue luchando, cosechando sólo derrotas, pero atemorizando siempre a sus enemigos, como el Cid, muerto, erguido sobre su caballo.

EL IMPUESTO SOBRE EL TE

En el año de 1765 reina en esta España maltrecha Carlos III. Algo que iba a tener una enorme importancia sucede aquel año: Gran Bretaña establece un, al parecer, inocuo impuesto sobre el té. Los colonos americanos se sienten perjudicados por ese impuesto y por la ley del Timbre de la misma fecha. Consecuencia directa es: primero, la Asamblea de Virginia, y finalmente, la guerra abierta de los colonos con los ingleses en la metrópoli, cuyo comienzo claro puede situarse en el año de 1775. Lo que después habrían de ser los Estados Unidos del Norte de América, era por aquel tiempo un país de escasos medios y muchas dificultades para formar un ejército capaz de triunfar frente a la poderosa Inglaterra: los colonos, con pocos hombres, poco dinero y pocas armas, parecían tener la partida perdida al iniciarse la lucha en el choque armado de Concord. Para explicarse las consecuencias de ese inicial vagido americano, de ese primer intento de emitir su voz personal y con sentido, de aparecer activamente en la política, es preciso volver los ojos a Europa.

SUJETO Y OBJETO DE LA HISTORIA

Europa sigue siendo el sujeto de la Historia y América comienza a dejar de ser el objeto. ¿Sería posible ese triunfo de América sobre Europa sin la ayuda de la propia Europa? Volvamos, pues, los ojos al Viejo Continente para encontrar la clave de ese triunfo. En el último cuarto del siglo XVIII Inglaterra es la nación más poderosa. En un segundo plano, Francia concentra sus fuerzas y sus esperanzas, dispuesta a no desaprovechar oportunidades. Y, por debajo, España, en un todavía audible contrapunto en el concierto mundial, con la novedad de la dinastía reinante, en un momento decisivo de reajuste, de consolidación, de posible recuperación de tantas cosas perdidas. España y Francia aparecen ligadas naturalmente frente al predominio inglés, más íntimamente unidas en razón del común árbol genealógico en sus reyes, Borbones desde hace tiempo los franceses y recientemente los españoles. América ve así la situación o la intuye. En 1776 se dirige a París Mr. Silas Deane, aparente agente comercial americano, con la verdadera misión de obtener armas y vestuario para 25.000 hombres, municiones y artillería. Las mismas gestiones se hacen cerca de España. Se envían también comisionados a las Cortes de Viena y Prusia. El mayor general Carlos Lee, en carta al cónsul de España en Nueva Orleáns, don Luis de Unzaga, apela dramáticamente al honor y generosidad del soberano español para obtener «los artículos que le faltaban, que consistían en fusiles y drogas medicinales, particularmente la quina», indicando a la vez en el escrito las ventajas que podrían derivarse para España de la independencia de las colonias. Sin duda, Francia podía obtener grandes ventajas de tal independencia. Los hechos vinieron a demostrar que España podía obtener muy pequeñas ventajas o ninguna de aquella independencia. Por eso, Francia, con su habilidad política característica, prestó apoyo decidido a la rebelión americana. Acaso por eso también, España, con la falta de habilidad política acreditada en los asuntos americanos durante muchos años de decadencia, se adhirió a esa táctica de ayuda. Lucien Shone sintetiza acertadamente las razones de la actitud francesa: primero, el ansia de revancha por las estipulaciones de la última paz, y segundo, intereses políticos y comerciales que esperaban de la guerra la libertad de los mares y franquicias mercantiles. Don José Antonio Vaca de Osma expone con idéntica claridad «los motivos que aconsejaban a España una actitud neutral y expectante en la lucha de independencia planteada: 1.° España había salido mejor parada que Francia de la paz de 1763. 2.° España tenía extensos dominios en América, para los que sería un funesto ejemplo la emancipación de las colonias inglesas. 3.° Los primeros informes quitaban toda importancia a la rebelión. 4.° La Luisiana, dominio español, estaba fronteriza a la lucha y peligraba tanto por parte de los ingleses como por la de los rebeldes. 5.° Se había extendido la noticia de que Rusia había ofrecido a Inglaterra 20.000 hombres y varios barcos. 6.° Al intervenir en la contienda, se advertían posibles peligros para los navíos españoles en viaje de América. 7.° Por otro lado, Inglaterra insinuó a nuestro embajador, Masserano, la posibilidad de un tratado hispanofrancoinglés para asegurarse las respectivas colonias. 8.° En todo caso, la intervención española sólo supondría ventajas para Francia, que, como advertía Aranda a Grimaldi, no quería sino suceder a Inglaterra para dar ley al mundo y quedarse con el comercio inglés, mientras España sacaba la cara por ella» (1). Como puede apreciarse, si Francia tenía dos motivos poderosos en que fundar su política de intervención, España tenía ocho razones que le aconsejaban mantener una línea de neutralidad. Y, sin embargo, España no fué neutral. Pese a esas ocho razones, a su tesoro exhausto y a su debilidad, España prestó un decidido apoyo al movimiento de independencia americano con dinero, vituallas, armas y en ocasiones interviniendo directamente en episodios bélicos. ¿Motivos que justifican esta actitud? El señor Vaca de Osma señala una lógica corriente antibritánica y, sobre todo, por una especie de fuerza ciega y profunda que conmueve a veces los estratos históricos y se salta la lógica, la prudencia y la conveniencia. Pero parece también probable que la explicación sea la de una gran simpatía y generosidad hacia la causa de la independencia de los bravos colonos americanos. Parece, pues, absurdo que esta fundamental intervención de España en hecho tan transcendente haya sido maltratada por la historia que se escribe. En esta ocasión no fué ni siquiera deformada por una leyenda negra, sino, peor aún, oscurecida, silenciada simplemente (2). Los historiadores franceses adjudican a su país en exclusiva el papel de tutor y nodriza del recién nacido Estado americano. Spencer, Wilson y la mayor parte de los famosos historiadores de los Estados Unidos adoptan una actitud parecida. Los españoles, por despecho o por desilusión, no contribuyen a aclarar y hacer salir a la luz esos hechos.

ESPAÑA Y LOS INSURGENTES AMERICANOS

Sin embargo, primero en el Archivo General Central y actualmente en el Archivo Histórico Nacional, existe una documentación precisa y abundante, que demuestra elocuentemente la importancia de la ayuda prestada por España a los insurgentes americanos. Fundamental en este sentido es la correspondencia mantenida por nuestro embajador en París, conde de Aranda, con el marqués de Grimaldi. En un oficio reservado, fechado en París el 7 de junio de 1776, Aranda comunica al ministro de Estado español que el soberano francés había concedido a los rebeldes americanos un millón de libras tornesas. El día 27 del mismo mes y año, Grimaldi da cuenta a Aranda del agrado con que Su Majestad había visto las medidas de Francia para ayudar a los Estados Unidos, y añade: «...y respecto de ser común a las dos monarquías el interés, entiende el rey que es muy justo que sea común también el peso que se llevase para mantener a los insurgentes americanos en estado de resistencia». No contenía sólo palabras este escrito, que iba acompañado de un crédito de un millón de libras tornesas para que pudieran emplearse en la ayuda de los norteamericanos.

De ambos documentos puede deducirse que Francia, movida por su interés, había prestado un importante apoyo al naciente movimiento de independencia norteamericana. Parece que, ante la actitud francesa, y por ser común a las dos monarquías el interés (autógrafo de Grimaldi ya citado) y también por una viva simpatía a los insurgentes, España había tomado miméticamente el partido del vecino país. Sin embargo, existe un testimonio, nada sospechoso, que sitúa la acción española cronológicamente en primer lugar: Henri Doniol, en su historia, dice que Arturo Lee, para conseguir la ayuda francesa, empleó como principal argumento el que los españoles ya la habían prestado desde sus colonias y con sus escuadras. Los efectos enviados con ese dinero fueron: 216 cañones de bronce, 209 cureñas, 27 morteros, 29 ajustes, 12.826 bombas, 51.134 balas, 300.000 kilogramos de pólvora, 30.000 fusiles con bayonetas, 4.000 tiendas y 30.000 vestidos completos.

Para hacerse idea de lo que el crédito de dos millones de libras suponía, es preciso tener en cuenta la capacidad adquisitiva de la moneda en su momento (de la que son buen reflejo los efectos que constituyeron el primer envío), la clase de guerra que habían iniciado los por entonces rebeldes americanos y las necesidades de los ejércitos de la época. Sólo así podrán valorarse en su decisiva importancia estos auxilios y los que posteriormente continuó prodigando España.

---

(1) José Antonio Vaca de Osma: Conferencia sobre la intervención de España en la guerra de independencia de los Estados Unidos, publicada en Madrid en 1952.

(2) Recientemente escribe Augusto Assía, desde Wáshington: «Habré leído por lo menos cincuenta descripciones históricas de la entrada triunfal del general Wáshington en Nueva York, y ni una sola cuenta que las salvas saludando al general victorioso eran de una fragata española anclada en el río Hudson, y que Wáshington se dirigió, a través de las calles de Nueva York, con el embajador español, a su derecha, y el francés, a su izquierda.»

ARMAS Y MUNICIONES SE EMBARCAN EN LA CORUÑA

Después de este primer paso, que provocó inmediatamente la desconfianza de los ingleses—todas las maniobras de disimulo para ocultar la postura española fueron inútiles—, se hizo que la Marina británica amenazase las galeras españolas procedentes de América. España mantuvo su línea de conducta. En enero de 1777, a instancias de Carlos Lee, se embarcaron en La Coruña armas, ropas, municiones y quina, que recibieron los insurrectos vía La Habana. La América hispana, muy superior cultural y económicamente a la América sajona en el siglo XVIII, era también fuente de suministro para los norteamericanos, que obtenían pólvora de las fábricas de México y fusiles de los depósitos de La Habana. Floridablanca, nuevo ministro de Estado, les proporciona letras de cambio para que puedan efectuar compras en Holanda y otros países. Me remito una vez más a la conferencia del señor Vaca de Osma: «Con toda su monotonía, pero también con toda su contundencia, he aquí algunos datos más, todos exactos y de fácil comprobación: 1.° Se envía a Boston un barco con 12.000 fusiles; poco después llega el *Anfitrite*, también con armas. 2.° El 21 de abril se envían 50.000 pesos en letras de cambio a Lee, por orden de Bernardo del Campo. 3.° El día 24 del mismo mes, 81.000 libras tornesas al mencionado Lee. 4.° El 27 de junio, 106.500 libras en letras al anterior. 5.° El 8 de mayo, Gardoqui envía seis navíos con géneros y se anuncia la remisión de tres millones de reales en cuanto llegue el *San Julián* a México.» Las fechas citadas por el señor Vaca de Osma se refieren al año de 1777.

El aludido Gardoqui fué nuestro primer embajador en los Estados Unidos del Norte de América y pieza fundamental en los acontecimientos, de los que fué, en cierto modo, protagonista. Su clara visión de los problemas, y su ánimo, abiertamente dispuesto a estrechar los lazos de unión entre España y los Estados independientes, lo acreditan como hombre excepcional. Por mediación de Gardoqui fueron entregadas a los norteamericanos las cantidades siguientes: 120.000 pesos en el año de 1777, 103.000 en 1778, 24.000 en 1780, 133.000 en 1781 y 26.000 en 1782; total, 406.000.

Particularmente, Gardoqui estaba en excelentes relaciones con el primer ministro americano, Mr. Gay, a quien regaló un caballo en nombre de la monarquía española. Asimismo, contribuyó a que nuestro Gobierno prestase ayuda económica a comunidades extraestatales americanas, como la que se ofreció a la congregación católica de Nueva York por su mediación.

A través de todos estos hechos puede apreciarse la buena fe y los buenos servicios españoles para los Estados Unidos. Buena fe que se pone de manifiesto en el plan para un tratado provisional con dichos Estados, redactado en 1786, según el cual España adquiriría «madera y arboladura de construcción producida en las provincias de la Unión para su Real Armada» (artículo 8.°) y se condonaban la mayor parte de los créditos y deudas que pesaban sobre los Estados Unidos por conceptos bélicos.

UNA CARTA DE WASHINGTON AL REY DE ESPAÑA

Los Estados Unidos reconocieron y agradecieron de palabra la actitud española. El presidente Wáshington escribe una carta autógrafa rebosante de gratitud hacia el rey de España. Durante la guerra con Inglaterra, el Congreso de Wáshington acuerda no hacer la paz sin el consentimiento de los españoles, a los que se cede, además, el territorio de Illinois, el interior de la provincia de Mississippi y las provincias de Florida y Pensacola. Sin embargo, nada efectivo ofreció América a España en compensación de sus esfuerzos. Ya lo reconocía así amargamente la Secretaría de Floridablanca en carta a Gardoqui: «Hasta ahora no se le ha visto hacer nada por España, ni por proponer algo que le sea útil en equivalencia de nuestras dádivas...» Los territorios que por tratado el Gobierno de la Unión cedía a España, le fueron arrebatados posteriormente. Y la promesa formal de ayuda para reconquistar Gibraltar no se realizó nunca.

Resulta curioso comprobar las diversas ofertas que, con motivo de la guerra de independencia de los Estados Unidos, se hicieron a España en lo que concierne a Gibraltar. Primero, Inglaterra prometió la devolución de Gibraltar si los españoles cerraban los puertos a los insurgentes. Y Francia hizo la misma oferta añadiendo Jamaica.

España no pudo sacar partido de su decisivo apoyo a los norteamericanos. Esta esterilidad del esfuerzo se debe por igual a los errores de su política, a las maniobras de su aliada Francia, al tradicionalismo de la política inglesa—que siguió fielmente su conocida línea antiespañola—y a la ingratitud de los norteamericanos en no pequeña parte.

España cometió dos graves errores: 1.°, utilizar como mediadora a Francia para hacer efectiva su ayuda; 2.°, sus vacilaciones en reconocer de derecho el Estado que pretendía consolidar de hecho.

A este segundo error contribuyó no poco Francia, que, probablemente de no muy buena fe, reconoció la independencia de las provincias coloniales sin contar para nada con España; más aún, a espaldas de España. Del mismo modo se puede poner en entredicho la buena intención francesa en la cesión del Canadá a los Estados Unidos, territorio que ya se le había escapado de las manos. Con esta operación Francia no perdía nada, pero España podía perder la Florida, que quedaba a merced de una reclamación americana, sentado tal precedente.

En idéntica situación difícil se encontró España al designarse, en el tratado de paz entre los Estados Unidos y Gran Bretaña, como límite meridional de los Estados Unidos el paralelo 31. Inglaterra no podía designar ese límite, porque no existían antecedentes históricos que justificasen en algún momento su soberanía hasta tal paralelo y porque había resuelto con anterioridad ceder su dominio en las comarcas adyacentes del Golfo de México. Pero de esa forma perdían eficacia las cláusulas del Tratado de Versalles, de 3 de septiembre de 1783, en virtud de las cuales recuperaba España ambas Floridas.

Así fué, en síntesis y expuesta de modo necesariamente incompleto, la intervención de España en la guerra de la independencia de las provincias de la Unión. De su examen puede deducirse que la buena intención y la actuación honrada no sirven de mucho si falta la habilidad. España, sin duda, no la tuvo, ni siquiera para conseguir que su esfuerzo quedase registrado en los libros de Historia.

A. GONZALEZ MUÑIZ

La Semana Santa en Sucre

Por JULIA ELENA FORTUN

ILUSTRACIONES: M.ª LUISA PACHECO

La tradición, que puede ser considerada como el *alma mater* de los pueblos, es crisol de supervivencias que resisten al paso del tiempo y al progreso. Todos los órdenes del saber y del sentir humanos tienen sus matices de tradición—de folklore, para ser más precisos—y todos los pueblos de la tierra los mantienen con celosa espontaneidad. Precisamente en esta espontaneidad, en esta «intrascendencia» del intento, es donde reside la fuerza de la tradición.

Si bien es cierto que todos los aspectos de la cultura humana tienen células folklóricas, la religión es la más propicia a la conservación y agrupación de diversas expresiones de esta índole. En efecto, si se concreta el enfoque a las festividades católicas, se puede notar que en cada una de ellas se reúnen elementos del más variado origen, incluso ritos paganos, que simplemente han cambiado su aplicación funcional.

Tal cosa se observa con frecuencia abrumadora en el panorama americano, escenario del choque cultural indoeuropeo, donde cada fiesta religiosa es motivo para la manifestación de costumbres, música y danzas—indígenas o híbridas—de maravilloso pintoresquismo.

La ciudad de Sucre, la más antigua del alto Perú—fué fundada en 1539—, es llamada, no sin razón, por cierto, la más conservadora y tradicionalista de Bolivia. Entre las numerosas celebraciones de su calendario, la de la Semana Santa se destaca, representándosela con todo su bagaje de misticismo cristiano. Es menester hacer notar que esta celebración sigue a las fiestas del Carnaval, consideradas las más originales del país.

Reúne la Semana Santa sucrense expresiones del folklore religioso, incrustadas en el ritual del templo con manifestaciones aborígenes. Entre las primeras, existe un acto tradicional, efectuado en la catedral metropolitana, conocido con el nombre de «Reseña», que, como una herencia de añejas costumbres de la madre patria, se mantiene todavía en la Ciudad de los Cuatro Nombres—sucesivamente se la llamó La Plata, Charcas, Chuquisaca, Sucre—. Este melodrama litúrgico, ajeno al ritual romano y mozárabe, probablemente arranca sus orígenes de algún oficio medieval o tal vez de un auto sacramental en el que intervenían sacerdotes.

DOMINGO DE RAMOS

La «Reseña» se efectúa el Domingo de Ramos y el Miércoles de Pasión (antiguamente eran cinco los días en que se realizaba). Consiste este oficio en la representación simbólica del triunfo de la fe: los doce canónigos salen al presbiterio llevando el capuchón levantado encima del bonete y la cauda larga arrollada en los brazos del acólito. Después de una genuflexión ante el altar mayor, el monacillo comienza a desenrollar la cauda hasta dejarla completamente extendida en el suelo. Los canónigos avanzan con paso majestuoso por el centro de la nave principal, hasta colocarse frente a frente. Sale en este momento la máxima autoridad eclesiástica de la diócesis, portando una enorme bandera negra con una cruz roja en el centro. Se tienden los sacerdotes en el suelo y el arzobispo los cubre con la bandera; luego comienza a agitarla a derecha e izquierda, elevándola poco a poco y aumentando paulatinamente la intensidad del ondeo. Estos movimientos van acordes con la música ejecutada en el coro, deteniéndose cuando cesa y retomando la marcha al reiniciarse la melodía. Según datos proporcionados por el maestro de ceremonias, la bandera significa la predicación del Evangelio sobre todos los pueblos de la tierra.

La música que acompaña a esta especie de auto pantomímico es el *Vixillia Regis*, alternando con trozos de canto gregoriano. A esta música y a su texto literario están subordinados todos los pasos de la «Reseña».

Llega, en el Domingo de Ramos, a la ciudad un enorme porcentaje del elemento indígena, que,

si bien para la Cuaresma manifiesta un catolicismo sincero, en cambio no se ha desprendido del todo de sus atávicas creencias paganas. En esta oportunidad acude con sus mejores vestimentas a recibir la palma santa, que, lleno de fe religiosa, colocará luego en su rancho, junto a «pucaras», cuernos de buey y otra clase de amuletos protectores. Las calles, normalmente tranquilas, de la Ciudad Blanca se iluminan con «ponchos», «llijllas», mantones, polleras y rebociños de exuberante colorido, pues es de notar que el habitante de la zona valluna, contrariamente al indio de la puna y la altipampa, siente predilección por los colores fuertes y contrastes. Este día las mujeres de la clase artesana despliegan un verdadero arte de cestería con las palmas frescas: enormes ramos trenzados, formando motivos de un rico barroquismo; canastillas, coronas, abanicos, «alas de ángel», etc. Además, todas las cholas de Sucre sustituyen sus habituales arracadas o aretes de oro y perlas, que ellas llaman «caravanas», por otras hechas de hileras de palma primorosamente tejidas con granos de maíz fresco. En todas las casas está arraigada la costumbre de realizar originales aderezos y cestillas con manzanas y palmas, que se guardarán por mucho tiempo junto a la ropa blanca.

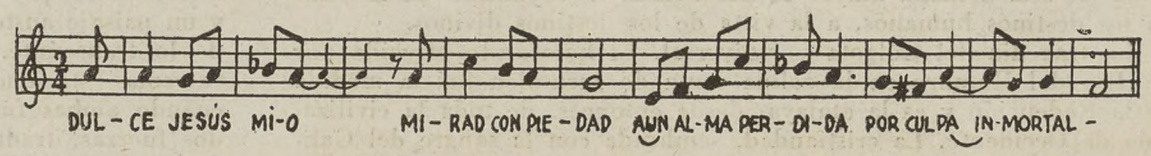
VIERNES SANTO EN YOTALA

Los días jueves y viernes de la Semana Santa están supeditados a los actos religiosos de la liturgia universal: cantos de Pasión, bendición de los Santos Oleos, lavatorio de pies, oficio de Tinieblas, visita de Estaciones, adoración de la Cruz, procesión del Santo Sepulcro, etcétera. Sin embargo, cabe señalar la procesión nocturna que se realiza en el pequeño pueblo de Yotala, aledaño de la ciudad de Sucre, donde todavía se conserva la costumbre del Descendimiento de la Cruz. Por ser los feligreses en su gran mayoría mestizos e indios, se da una serie de matices peculiares en esta celebración; verbigracia, el sermón de las Siete Palabras va predicado íntegramente en idioma quichua. Otra muestra de esta índole viene a ser la presencia de los «alcaldes» (caciques) de las parcialidades indígenas, que, provistos de sus varas de mando y de un pañuelo de color en el brazo izquierdo, ingresan solemnemente en el templo; acompaña a cada alcalde una muchachita de pocos años, vestida con blanco sayal, con un pañuelo también blanco en la cabeza y anudado por las cuatro puntas. Tienen el nombre de «tocos» estas pequeñas y son portadoras de una cestilla llena de algodón, en el que se depositan los clavos, corona de espinas y potencias que se le sacan al Crucificado antes de iniciar su descenso del madero. Asisten también al sermón, para luego formar parte de la procesión nocturna, unas mujeres vestidas de negro, a las que se conoce con el nombre de «guionas». Son éstas portadoras de un estandarte, de cuyo anverso prenden infinidad de cintas multicolores; sostienen los extremos de estas cintas columnas de niños que, formados detrás del estandarte, simulan un ingenuo coro celestial. Completan el burdo atavío de estos infantes unas alas de cartón, palma trenzada o simples helechos y unas rústicas coronitas de flores naturales o de papel. A la encantadora variedad de estos conjuntos se añade la presencia de otras niñas cholas vestidas de monjitas, que se ubican a ambos lados de las «guionas».

Iniciada la procesión, las mujeres solteras llevan la imagen de San Juan; las casadas, llamadas «viudas» por su negro rebozo, conducen la imagen de la Dolorosa, y finalmente, los hombres transportan las andas del Santo Sepulcro.

Las calles que atraviesa el cortejo religioso son adornadas con arcos de ramas, frutas, mazorcas de maíz, carrizos, panales de abejas silvestres, cucurbitáceas, objetos de plata labrada, calendarios viejos con imágenes bíblicas, etc. Durante el trayecto se realizan paradas o descensos, correspondientes a las caídas de Cristo; en ellas se deposita el Santo Sepulcro en el suelo y se reza una estación.

Es impresionante la emoción mística que produce esta sencilla procesión pueblerina: lágrimas de luz en el titilar de las velitas de los fieles, tristes lamentos en los cánticos, que entona la fantasmal comitiva, rasgando el misterio de la noche del Viernes Santo.



Solista y coro alternan en esta melodía con versos alusivos a la Pasión. Al llegar de nuevo a la plaza donde está la iglesia del villorrio, las imágenes se depositan en un quiosco de verde follaje o «enramada», y el pueblo entero entona en este momento otra variedad de coplas en quichua y con música marcadamente criolla.

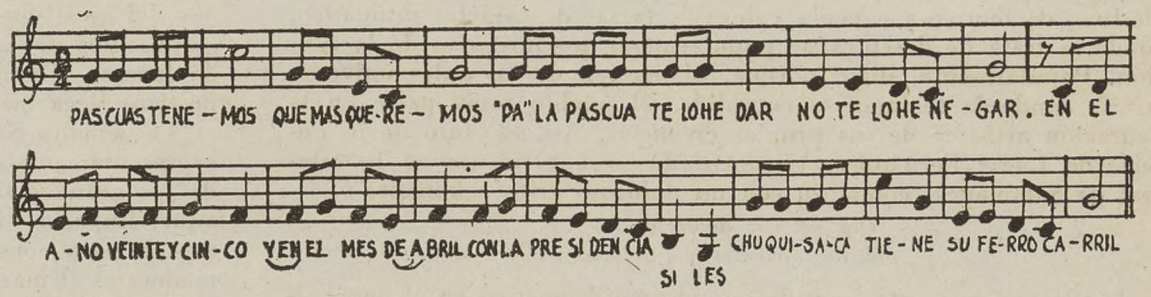
Pero volvamos a la ciudad de Sucre. Ha terminado la procesión del Santo Sepulcro. La población, entonces, se dirige a la barriada de Santa Ana para presenciar el ingreso de las reses que al día siguiente se expondrán en la feria.

PASCUA DE RESURRECCION

El Sábado Santo, luego de la bendición del fuego, del agua y del cirio pascual, una vez celebrada la misa de Gloria, se inaugura la feria de ganado, conocida con el nombre de «Tablada». Pone este espectáculo la nota más pintoresca en la ciudad, pues toda la campiña se vuelca en ella. Desde los más alejados predios llegan los indios con sus reses; la policromía es encantadora: variedad sin fin de trajes regionales, alternando con las multicolores cintas que llevan en su cabeza los niños recién confirmados, que en esta época del año vienen desde los más distantes cantones a recibir la bendición arzobispal.

Toda la semana, a partir del Sábado de Gloria, romperán el silencio de la Ciudad Blanca los aires de Pascua, ejecutados por los pastores indios en «charangos quenas», «tarkas» (cordófono y aerófono, respectivamente). Y cuando la tarde cae y ya han hecho su consiguiente efecto las libaciones de «chicha», estos aires se traducen en canciones.

Pascuas tenemos,
¡qué más queremos!
Pa' la Pascua te lo he' dar,
no te lo he' negar.



Todas las melodías pascuales constituyen un cancionero bien establecido por su vigor y características peculiares, distintas, desde el punto de vista tonal y rítmico, de las otras expresiones musicales de esta parte de Bolivia.

* * *

Y bien, la Semana Santa llega a su término. La ciudad ha sido para el elemento campesino un surtidor de emociones. Ha visto realizados o frustrados sus más caros anhelos, pues durante todo el año ha ido juntando sus monedas para poder adquirir la ansiada res o el borrico compañero de sus andanzas y labores; por otra parte, los que llevan sus hatos y rebaños a la feria de Pascua cifran su esperanza en un negocio favorable. En fin, tanto unos como otros buscan en la «tablada» su vellocino de oro. Consíganlo o postérguenlo para el próximo año, siempre les queda la emoción de lo vivido, y nada en el mundo será capaz de quitarles la costumbre tradicional de sus canciones de Pascua, que llevan a la ciudad el hálito de la campiña y el sentir hecho música del indio cordillerano.

Mientras los campesinos se alejan, continúa el concierto de las campanas tocando a gloria. En la quietud de sus patios coloniales—rejas, naranjos y claveles—, eleva el pueblo tradicionalista de Sucre su acción de gracias por la Resurrección del Salvador del mundo.

SEMANA SANTA EN CASTILLA

Por LOPEZ MATEO

He aquí que España ha entrado bajo el arco teológico de su Semana Santa. He aquí que los días definitorios de la Pasión nos envuelven ya con el aroma de la primavera en los campos, con el reverbero de su dolor en los espíritus. En ninguna porción del año como en esta Semana Mayor se nos brinda la coyuntura de meditar en los destinos humanos, a la vista de los destinos divinos.

La tragedia del Gólgota es universal. El holocausto ofrecido por el Hijo del Hombre en la colina santa de Jerusalén fué la medida de la Redención y es la atalaya, desde entonces, de toda la civilización de Occidente. La cristiandad, sembrada con la sangre del Galileo, fué desde aquella fecha la protagonista de la Historia, el fermento de una cultura, la idealidad de una doctrina y una conducta en veinte siglos posteriores.

De aquí que todas las formas expresivas del arte humano se hayan concitado para interpretar, glosar y cantar el drama sacro de la Pasión. Así como el dogma llama a la liturgia, la liturgia llama al arte para cerciorar en el orden del sentimiento los misterios de la teología. El arte, nacido, en su prístino origen, de manantiales religiosos, cobra aquí, en su sentido católico—es decir, universal—, sus más altos logros, cuando trata de resolver, con los elementos de la inspiración humana, los invulnerables secretos de la revelación divina. A lo largo de los siglos, la devoción se hace arte y el arte devoción, en busca de las formas fijas con que el poema, el cántico, el pincel, la gubia o la plomada arquitectónica han aflorado en medio de las multitudes reverentes.

La religión y el arte, de consuno, han sido siempre los grandes motores del corazón, y, cuando ambos factores convergen en los graves días de la Semana Santa, se produce la exaltación más grandiosa y espectacular de la fe. España, en esta interpretación, ofrece como ningún país una riqueza solemne de formas, rodeadas por todas partes de la conmemoración popular.

España puede hablar de la Semana Santa como de una creación propia y luminosa, llena de atisbos tradicionales, que se entroncan con las primitivas representaciones en los templos catedralicios. La ciencia de Dios ocupa en el hombre español medieval un primer plano de preferencias. La idea religiosa, y con ella la interpretación plástica, da motivo y cauce a églogas y farsas de carácter dramático, donde se trata de desentrañar popularmente los misterios de la religión. Popularmente, digo, porque, al margen de las aulas universitarias, donde la teología se consolida, el pueblo toma parte en la figuración artística de sus propias creencias. Así, el *Auto de la Pasión*, de Lucas Fernández, representado probablemente en la catedral de Salamanca, comienza con un doloroso grito ecuménico:

Oíd mi voz dolorosa,
oíd los vivientes del mundo...

La Pasión de Cristo, sentida por el arte dramático en el aun balbuciente lenguaje de Castilla, cobrará luego su definitivo y plástico desarrollo en la celebración oral de los Vía Crucis y cortejos procesionales, que, ya fuera del templo, invadirán las calles y plazas como complemento espectacular a los misterios litúrgicos. Poco a poco, las modalidades psicológicas y artísticas de cada porción peninsular van cristalizando en el ropaje imaginativo con que empieza a vestir el drama sacro. El carácter de cada tierra tiende a manifestarse en formas explícitas, enriquecidas con tradiciones y costumbres, dentro de la ortodoxia litúrgica, pero con la suficiente autonomía de medios expresivos.

De entre las diversas regiones de España, Castilla acierta a dar como nadie el efecto de patetismo y austeridad de los días santos de la Pasión. Castilla es dura y alta, llana, pero hay que subir hasta ella, como meseta puesta en el centro geográfico, para irradiar las grandes voces de su universalidad. Castilla es todo lo contrario al particularismo localista. La gaita aldeana suena en sus horizontes mucho menos que la lira ecuménica. El porte de sus gentes es grave y ponderado, de pasión honda y reprimida, que, cuando se lanza—hacia Dios o hacia el mundo—, no se detendrá hasta los últimos límites de la mística o de la conquista. Acaso le falte una entraña lírica para ver y recrearse en las cosas, y acaso por eso mismo su pensamiento está puesto siempre más allá de la vida.

Tierra inmortal, Castilla de la muerte,

clamó Antonio Machado, abrumado de austeridades en la soledad de su Soria pura. Y, mucho antes que él, Jorge Manrique traza en sus *Coplas* todo el itinerario de una vida cuya segunda y definitiva parte empieza más allá de la muerte.

La Semana Santa en Castilla tiene siempre este sentido del dolor ultratelúrico, precisamente porque el espíritu de Castilla, con un clima y un paisaje austeros, no puede detener su sensibilidad en el deleite de lo transeúnte. Castilla sólo posee con verdadera fuerza las dos extremas estaciones del año. Todo lo demás se le dará por añadidura, cuando ambas fuerzas del verano y del invierno se mitigan. Estas dos fuerzas, traducidas en un orden espiritual, serán el amor y el dolor, y, llevadas al lenguaje plástico de su escultura policroma, serán los Cristos agónicos o muertos y las Dolorosas trágicas de soledad.

La Semana Santa en Castilla tiene más de drama interno que de espectáculo. Por eso es silenciosa, profunda, hermética casi en su sentimiento. La ciudad, la villa o la aldea, se recoge esos días en una gravedad patética, de la que participan todos. «Hasta las golondrinas ayunan en el Viernes Santo», oí decir de chico en medio de una estupefacción reverente. El canto de las procesiones es coral, unánime, de muchedumbres penitentes que van entonando la antigua melodía del «Perdón, oh Dios mío...», que es como un salmo penitencial del pueblo, o la «Salve» en plena plaza, levantándose como un oleaje trémulo sobre miles y miles de ojos, que contemplan en la imagen de la Dolorosa la cifra más sublime del dolor humano.

La Semana Santa en Castilla habla mucho más al corazón que a los sentidos. La magnificencia y el color quedan subordinados a la verdad desnuda de los *pasos*, que desfilan hieráticos en impresionante diorama entre la doble fila de encapuchados cofrades. La multitud se agolpa también en silencio, tomando parte en la procesión, sin un grito, sin un gesto, convencida y conmovida ante el momento abismal de la presencia de Dios muerto por las calles. Es como un sentido de selección y aristocracia brotado de la misma piedad, que contagia a todos, a alcurniados y plebeyos, a los altos y a los humildes, espectadores y corentas del símbolo del drama de la Cruz. Zamora, Rioseco, Segovia, Burgos, Salamanca, Toledo, Cuenca, Valladolid, os ofrecerán, dentro de sus variedades interpretativas, este común denominador del ascetismo patético y entrañable de sus desfiles, en los lentos crepúsculos de la agridulce primavera o bajo la noche estremecida de luceros. Castilla busca la verdad, y con la verdad sin afeites ni postizos llega más pronto al corazón.

La semana Santa en Castilla posee, en fin, las más portentosas representaciones artísticas de la escultura religiosa española. Es obra de los grandes siglos, cuando Castilla era el centro del Imperio, y aquel Imperio, siempre más espiritual que mercantil, tenía pinos, lo mismo para construir sus naves que para tallar santos de palo. La madera es el mármol de esa tierra sin piedra.

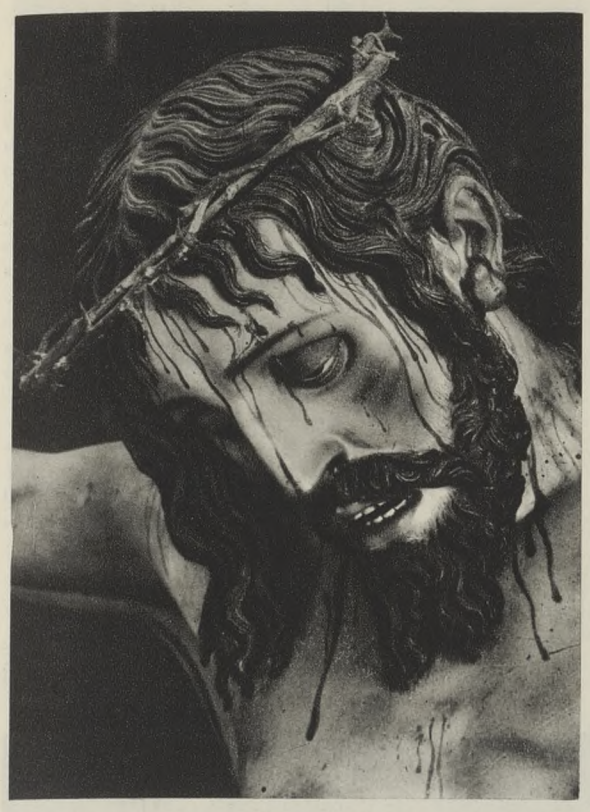
El Renacimiento pasa por Castilla purificado de paganías. El frío clasicismo heleno, tan ávido de perfecciones formales, no entra, no puede entrar del todo en unas gentes que no sienten su paraíso en la tierra; que toman el mundo por una mala posada, según el gracejo inmarcesible de Teresa de Jesús; que expresan y avizoran la nostalgia inefable de una vida futura. Todo esto, llevado al arte de Berruguete, Gaspar Becerra, Esteban Jordán, Juan de Juni, Villabrille o Gregorio Hernández, no puede ser sino febril estremecimiento, anhelosa expresión, dinamismo encrespado, barroco movimiento de formas, volúmenes y perfiles, reforzados por la cálida policromía.

De los grandes maestros de la escuela castellana, cuyo foco de irradiación fué Valladolid, tomó la Semana Santa de Castilla su tradición y su estilo. Ellos están todavía allí en sus obras, o la pléyade de sus discípulos, para encumbrar un arte religioso que no es un fin en sí mismo, sino la catarsis derivativa de la fe. A su naturalismo, a veces hiriente, respondía la exigencia piadosa de un pueblo que de esas patéticas realidades de las imágenes partía para más altas concepciones; el mismo pueblo para quien los poetas hubieron de concretar los dogmas, sólo aprehensibles en los versos y en la acción argumental de los autos sacramentales. Epoca que pudiéramos llamar teológica del Arte Español, que en el Museo Nacional de Bellas Artes de Valladolid—el más importante conjunto de Europa en talla de madera policromada—irrumpió principalmente en retablos y en los grandes grupos procesionales.

«VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS», DE JUAN DE JUNI

Este «Cristo yacente», de Gregorio Fernández, una de sus mejores obras, tiene asiento en una sala dedicada al genial imaginero en el Museo Nacional de Escultura (Valladolid). Impresiona al observador su dolor, su fuerza expresiva, el exacto sentido de la muerte, la flacidez del cuerpo y de las manos y, en conjunto, la armonía de una técnica anatómica que dejó honda huella en la escuela de la imaginería española.

Fragmento del paso procesional «Camino del Calvario», en el que sobresale la interesante y bella imagen de la Verónica. Esta escultura es debida también a Gregorio Fernández, quien armonizó en ella su fervor religioso y esa fuerza humana ostensible en todas sus obras, y cuyo exponente máximo se aprecia en el dolor sereno de la figura femenina, en vigoroso contraste con las de los sayones que completan el conjunto.



«EL CRISTO DE LA LUZ». GREGORIO FERNANDEZ EXPRESA CON PATETICO REALISMO LA AGONIA DEL SEÑOR EN ESTA BELLA IMAGEN, QUE SE VENERA EN LA CAPILLA UNIVERSITARIA DEL COLEGIO MAYOR DE SANTA CRUZ.

SEMANA SANTA EN VALLADOLID

Por MIGUEL DELIBES

PARA facilitar las cosas, empecemos por decir que Valladolid, aunque a algunos les asombre, es una ciudad importante. Importante con esa importancia seria que dan las cosas fundamentales: Historia, Religión, Economía, Arte. Puede que, en su forma, Valladolid no sea espectacular y ni aun siquiera importante; mas, a la hora de definir la estructura de España o de buscarle sus esencias, toparemos ineluctablemente con la vieja ciudad castellana vivificando las raíces y regulando el pulso de la nación. Por ejemplo, Valladolid cuenta con una hermosa Semana Santa y un Museo Nacional de Escultura incomparable, y si el turismo internacional ha necesitado siglos para advertirlo, ello no demuestra otra cosa sino que el turismo se mueve un poco a impulsos ciegos y elementales, carece a menudo de una experta y eficiente orientación.

En cuanto a lo que hay y no hay en nuestra Semana Santa, ya es cuestión más compleja y engorrosa. Un andaluz amigo mío me dijo en 1947: «Desengáñate, esto no tiene color.» Y yo no creo que todos los andaluces piensen lo mismo, pero sí me explico en cierto modo que, para un hombre del Sur, nuestra Semana Santa no tenga color. Hay que haberse asomado a Sevilla para comprender que el hombre del Sur, en general, necesita de la luz y la estridencia como del agua el pez. No es defecto eso, sino una manera de ser, como es una manera de ser nuestra proverbial llaneza y sobriedad. Yo estimo que de todo necesita el mundo; pero si hay momentos en la vida en que el silencio vibra activado por el ardor de la fe y la devoción, la Semana Santa vallisoletana es uno de ellos, tal vez el primero de ellos. Todo es cuestión de medio, y hay que reconocer que en Valladolid la «saeta» no se aclimata.

LA SOBRIEDAD DE LA SEMANA SANTA VALLISOLETANA SE REFLEJA EN ESTA FOTOGRAFIA, TOMADA DURANTE LA PROCESION DEL SANTO ENTIERRO EN LA NOCHE DEL VIERNES SANTO. NO CABEN AQUI LAS PIADOSAS ESTRIDENCIAS DE OTRAS GEOGRAFIAS NI EL SUPERFLUO ADORNO DE VIRGENES Y CRISTOS. VALLADOLID PASEA SU ARTE AL DESNUDO, COMO PODEMOS COMPROBAR EN EL ADJUNTO GRABADO: UN MARAVILLOSO CRISTO DE JUNI —DEL CONVENTO DE LAS CATALINAS—, CORRESPONDIENTE A LA ULTIMA FASE DE SU RECIO Y SINCERO ESTILO.

Otra cosa es buscarle a un pueblo un común denominador. El español es una mezcla explosiva de razas, individualista y, a menudo, contradictorio; no es sencillo verdaderamente hallar dos españoles que piensen de la misma manera. Por eso sorprende la rara y entusiasta unanimidad de los vallisoletanos ante su Semana Mayor. Unanimidad no creada por una colectiva conciencia artística, sino más bien por una colectiva conciencia religiosa, en la que coinciden, pongo por caso, los más extremosos criterios políticos o sociales. Toda barrera desaparece aquí en tan grande ocasión, y Castilla es un bloque aglutinado y sin fisuras, una única entidad corpórea y un solo y sólido espíritu religioso. Y aun en los años de más esquinada pugna políticosocial, la Semana Santa siguió agrupando a los vallisoletanos, y la supresión de las manifestaciones externas, que en otras partes procedió de abajo arriba, en Valladolid procedió de arriba abajo y la disposición prohibitiva topó con una unánime y vehemente repulsa popular. Si de cualificar, pues, la Semana Santa vallisoletana se trata, ya tenemos sus tres principales matices definidores: sobriedad, popularidad y recogimiento.

Claro que hay más, y en cierto sentido sería cosa de investigar si fué el entusiasmo religioso castellano quien movió a los Gregorio Fernández, Juni, De la Maza, a crear sus portentosas tallas, o fueron éstas las que promovieron aquél. Quizá exista en todo esto una oculta y vivificante reciprocidad. En todo caso, los siglos se eslabonan antes que nada por los sentimientos, y en Castilla el sentimiento religioso es no sólo el sentimiento más puro, sino también el más arraigado. No tiene nada de extraño que Castilla vibre hoy ante las tallas de sus imagineros, ni tampoco que los imagineros presintiesen en sus pulsos, hace siglos, esta vibración. Existe en todo esto, entiendo yo, algo de esa misteriosa comunicación, no por imprecisa menos notoria, que da la continuidad de la fe.

De todos modos conviene hacer resaltar la parte activa que las imágenes toman en las manifestaciones religiosas de nuestra Semana Santa. Ellas constituyen el núcleo fundamental de atracción. Bien entendido que

MOMENTO CRUCIAL DE LA PROCESION DE LOS DOCENTES. «EL CRISTO DE LA LUZ», ANTE LA UNIVERSIDAD, RECIBE HOMENAJE DE DESAGRAVIO DE LA SCHOLA CANTORUM DEL SEMINARIO. AL FONDO, LA TORRE DE LA CATEDRAL.

IMAGEN CENTRAL DEL «PASO» «JESUS ATADO A LA COLUMNA», QUE SOBRESALE, POR SU VIGOROSA PLASTICA, COMO UNA DE LAS COMPOSICIONES MAS INTERESANTES QUE FIGURAN EN EL DESFILE DEL SANTO ENTIERRO.

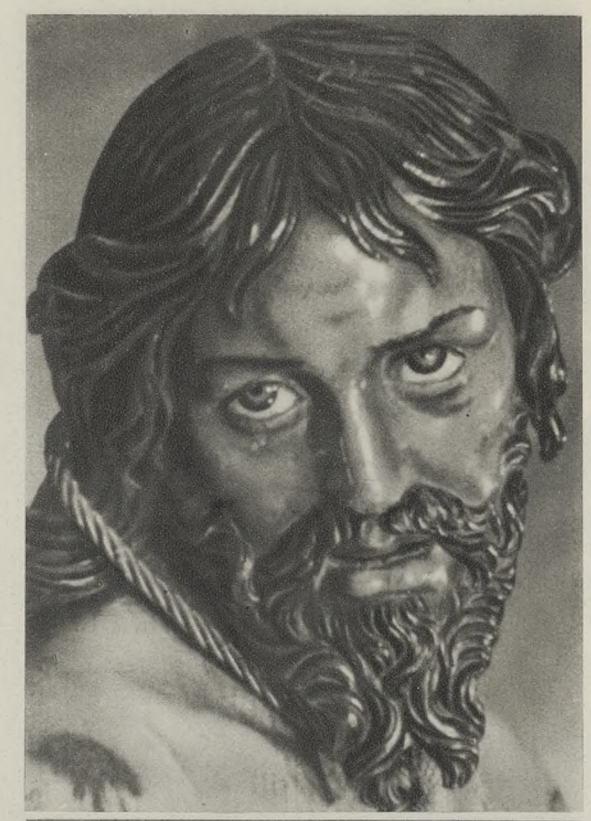
la imagen tiene en Castilla un valor escueto y no precisa de aditamentos superfluos para despertar el fervor popular. A los castellanos les admira y sobrecoge la recomposición plástica y escalonada del drama del Gólgota. Ello exige en ciertos casos una agrupación de figuras, habitualmente dispersas, para formar los «pasos» procesionales, composiciones que se logran, en todo momento, buscando el contraste más elocuente entre la bondad suprema de Jesús y la perversidad de los sayones. Esta oposición inconciliable de buenos y malos, ostensible en el desfile de los «pasos», es, sin duda, lo que más directamente llega al pueblo y le conmueve. Merced a este contraste, adquieren también toda su grandeza y dignidad artística las Vírgenes y Cristos.

A este respecto, no podemos dar de lado a las figuras señeras de Gregorio Fernández y Juan de Juni; la Semana Santa castellana no es concebible sin ellos. Prescindiendo del factor humano, nada desdeñable en su aliento religioso y su organización, los «pasos» de Fernández y Juni constituyen el elemento espectacular por excelencia. Es su plástica la que se impone, haciendo vibrar las almas en un trémulo sentimiento de desagravio. Ante un Cristo o una Virgen de Juni o de Gregorio Fernández, uno piensa si no sería el mismo Dios quien inspiró directamente a nuestros imagineros tallas tan sublimes y portentosas.

Se ha dicho que Valladolid, en Semana Santa, es un gigantesco templo. La metáfora es certera. Los hombres y mujeres de Valladolid viven esas fechas agrupados en Cofradías, y un sano y estimulante sentimiento de emulación hace que nuestra Semana Santa no sea un algo estancado y muerto, sino efervescente y progresivo. Cofradías que, como las de la Oración del Huerto, de los Artilleros, de la Sagrada Cena, de Jesús Nazareno, del Discípulo Amado, de la Exal-

DETALLE DEL «PASO» «EL DESCENDIMIENTO» —CONOCIDO VULGARMENTE CON EL NOMBRE DE «REVENTON»—, COMPUESTO POR SIETE COLOSALES FIGURAS, ENCAJADAS EN EL CONJUNTO CON UN DIESTRO Y ASOMBROSO EQUILIBRIO.

CABEZA DEL CRISTO YACENTE DE GREGORIO FERNANDEZ. QUE SE CONSERVA EN EL CONVENTO DE LAS CATALINAS. SE ADIVINA EN SU PATETICO ROSTRO EL SUFRIMIENTO, EN CONTRASTE CON LA SUAVIDAD DEL MODELADO.



EL DOLOR DE CRISTO FUE PRODIGIOSAMENTE CAPTADO POR NUESTROS IMAGINEROS DEL SIGLO DE ORO. LAS DOS PRIMERAS CABEZAS SON DE GREGORIO FERNANDEZ. LA OTRA PERTENECE AL GRUPO ESCULTORICO DE JUNI.

LA SEMANA SANTA VALLISOLETANA SE INICIA CON ESTE BRILLANTE DESFILE DE LAS PALMAS, EN EL QUE PARTICIPAN MILLARES DE NIÑOS. INEFABLE ALDABONAZO DE LAS PROXIMAS JORNADAS DE AMARGURA Y DOLOR.

tación de la Cruz, de la Preciosa Sangre, de las Siete Palabras, del Desprendimiento, de la Piedad, de la Santa Vera Cruz, del Santo Sepulcro, de Nuestra Señora de las Angustias, jalonan la Pasión del Redentor y le acompañan en cada una de las fases específicas de su Calvario.

Por lo demás, entre el conmovedor desfile de las Palmas, del Domingo de Ramos, y la patética procesión de la Soledad en la madrugada del Viernes Santo al Sábado de Gloria, Valladolid es un semillero de fe. Fe ostensible en la procesión del Santísimo Rosario del Dolor, en la procesión del Encuentro, en el Vía Crucis procesional, en la procesión de Caridad y Penitencia, en el desfile procesional de la Santísima Virgen de la Amargura, en la procesión del Cristo de la Luz—o de los Docentes—, en la procesión general de la Sagrada Pasión del Salvador o del Santo Entierro, y, por último, en ese grandioso acto del sermón de las Siete Palabras, en la plaza Mayor, de vagas reminiscencias medievales.

Analizando el fondo de las cosas, quizá se advierta una identidad insospechada en lo que se refiere a las Semanas Santas de las diversas geografías peninsulares. Ello no es sorprendente, puesto que en lo sustancial coincidimos y las diferencias regionales radican en puntos accesorios, de mera matización. En este sentido, Castilla se muestra como lo que es: sobria, lacónica y llana. La belleza de su Semana Santa, de sus procesiones, ha de buscarse, pues, en su sobriedad, su llaneza y su laconismo. Otra cosa sería una inconsecuencia, incompatible con nuestro temperamento.

HE AQUI EL PREGON QUE RECORRE LA CIUDAD ANUNCIANDO EL SERMON DE LAS SIETE PALABRAS EN LA MAÑANA DEL VIERNES SANTO.

SEMANA SANTA EN ZAMORA

ZAMORA tiene «su» Semana Santa. Una Semana Santa «suya», tocada del aire de la ciudad, de la psicología de sus personajes y del perfil recio de su topografía. Zamora tiene una Semana Santa que le surgió, entre las manos, como un milagro.

Un buen día, aquel herrero que abría su taller en la Puerta de la Feria, por la que desfilaban los labrantines de las tierras de Alba y de Aliste, modeló unas figuras alucinadas, que paseaban su dolor y su amargura por el barrio de San Lázaro, y las colocó sobre una «mesa». Aquellos primeros esbozos se repitieron, mientras que la inspiración y la sabiduría del herrero se iban madurando en gracia y en líneas. Y cuando, a la vuelta de unos años, la ciudad volvió su mirada al interior, comprobó que tenía una de las colecciones de figuras pasionales más interesantes y unos desfiles procesionales de los más completos.

Don Ramón Alvarez, que había nacido en el interior de las murallas de la vieja ciudad del Duero—esa ciudad que el río acaricia antes de seguir su camino de álamos entre lomas grises—, había asimilado toda la vida del pueblo. Conocía las reacciones y las expresiones de los rostros de los habitantes de los barrios; había visto cruzar ante su herrería los tipos más pintorescos y curiosos, que podían encarnar toda la gama de sentimientos y pasiones y podían personificarse en arrieros, traficantes, mozos de labor y muchachos de la picaresca. Todo un mundo retratado en sus semblantes macerados por la vida, el ajetreo del camino y los vaivenes del vivir.

Don Ramón Alvarez dió concreción material a aquellos tipos del pueblo; arrancó de sus rostros turbulentos, plácidos o huraños la inspiración de sus figuras de Semana Santa y surgieron Cristos, Dolorosas, sayones y mujeres transidas por la pena y el llanto.

Esto fué en sus principios el arte religioso zamorano. Y ése fué el origen de esos «pasos», trágicos y divinos, de «La caída», «La lanzada», «La Verónica», «La Soledad», «La oración del huerto», «La flagelación»... Ramón Alvarez había creado la epopeya de un pueblo, arrancando de las canteras de la vida misma de la ciudad los personajes representativos del drama. El artista lo recubrió de idealidad, misticismo y tristeza, y cada año los hace desfilar por las mismas calles que recorrieron cuando todavía sus carnes tenían palpitaciones y sus pulsos ritmo de vida.

Cuando la Semana Santa de Zamora se pone en marcha, se encienden los cirios de los «pasos» y ha enmudecido la última campana de la Catedral, la ciudad entera vibra, arrastrada por el genio de uno de sus hombres, que supo crear una escultura propia, proyectada al futuro, dentro de la sobriedad y profundidad de la escuela castellana.

Tras de Ramón Alvarez vinieron discípulos suyos que, como Aurelio de la Iglesia y Torija, enriquecieron el acervo escultórico de las procesiones y vivieron bajo los mismos cielos del maestro. Y aun Benlliure, que pasó gran parte de su infancia en la ciudad castellana, modeló, cuando sólo tenía catorce años, una de las joyas más admirables de que hoy se ufana Zamora: «El Descendimiento». Muchos años después, cuando ya la gloria había nevado las sienes del maestro, dió a la ciudad una de las obras más estimables de toda su creación artística: el famoso «Redención».

Así es la Semana Santa de Zamora. Sin duda alguna, una de las más completas y más ricas de España. Catorce Cofradías desfilan durante los siete días litúrgicos de Pasión con los grupos escultóricos de Gaspar Becerra, Ramón Alvarez, Gregorio Fernández—uno de los «Yacentes» más espectaculares de este ciclo artístico—, Quintín de la Torre, Trapero, Ricardo Segundo, Víctor de los Ríos...

Las campanas del clásico «Barandales» abren el camino a las procesiones, que recorren las estrechas y silenciosas calles de la ciudad. Y durante esos días Zamora vive el espíritu dramático de su Semana Santa como una ciudad castellana: con severidad, con profunda y religiosa tristeza, sin saetas que desentonen de la ascética seriedad de sus rúas y el fervor de sus fieles. Con esa conmovedora austeridad castellana que se hace recogimiento y silencio ante la muerte del Hijo de Dios.

Parodiando la denominación del cuadro de Rafael «La Sagrada Familia», este Nazareno viene a ser también la «Perla» de la Semana Santa de Zamora.

Colorido y genuino sabor zamorano posee la procesión del Jueves Santo por la tarde: la «Vera Cruz».

La Cofradía de Jesús Yacente—imagen de Gregorio Fernández—ofrece un aspecto fantasmagórico al desfilar por las calles más angostas y sombrías de Zamora.

Después de haber prestado juramento de guardar silencio, la Cofradía del mismo nombre se pone en marcha, dando guardia a la escultura de Gaspar Becerra.

«La Redención», de Benlliure, una de las joyas de las procesiones zamoranas, pasa ante otra joya arquitectónica de la ciudad: la iglesia románica de Santiago el Viejo.

Esta lanzada de Longinos impresiona vivamente al sencillo pueblo zamorano, pueblo que siente hondo el drama del Gólgota, pueblo recio, que estos días hace penitencia.

Las dimensiones colosales de «La Crucifixión», de Ramón Alvarez, hicieron modificar el itinerario de la procesión, que ahora desfila por las calles principales de la ciudad.

FERIA de ABRIL en SEVILLA

Con la llamita del último cirio de la Semana Santa sevillana—ejemplo de devoción popular—, prende en el aire y en los latidos el bullicio de la feria abrileña, feria donde la gracia que rebosa la mágica ciudad andaluza se vende a los extranjeros, que miran con pasmo el cortejo galano de las amazonas y los caballistas frente a las barracas multicolores.

Sevilla pasa rápidamente del morado del dolor al rojo, al verde y al azul de su alegría, de su cielo, de su vino y de sus toros. Hondo humor el de este pueblo, que todo lo toma en serio y que, por lo mismo, parece recrearse en el pasatiempo.

Las fuentes hacen del soliloquio diálogo de amor y los naranjos florecen. Los carteles de los toros arremolinan la gente bullidora en las esquinas y en las casetas se cantan coplas que la fragante manzanilla endulza. Sevilla, en primavera, comienza con el clavel... *(«Fotos» Lara y Serrano.)*

Sevilla baila en su Feria

Es lo mismo que restalle el sol dorando el albero o que se hayan encendido los millares de bombillas y de farolillos con que se ilumina el «real» de la Feria. De noche o de día, a Sevilla no la mueve más que el baile. Y el baile no puede ser otro que el de sus incomparables «sevillanas». De dos en dos, las muchachas arrancan a bailar, y los lunares de sus trajes puntean el aire y giran, abanicándonos los juegos de los volantes, poniendo en peligro la manzanilla en el cañero, y el «pañoliyo», bien prendido, pasa ante los ojos del espectador como un relámpago rojo, como un relámpago verde... Feria sin baile no es feria, y Sevilla no baila nada mejor que sus «sevillanas». Las guitarras rasguean y una voz dirá: «¡Vamos con la segunda!», y seguirá la danza alternándose en sus clásicas mudanzas, donde la finura, la gracia y el ritmo incomparables de la mujer se aúnan con la sobriedad y el temple del hombre que baila, cuando actúan parejas mixtas. Pero estos grupos de muchachas que de dos en dos, a la puerta de cualquier caseta, rompen a bailar, son lo más frecuente y vivo de la Feria

LO QUE "INVENTAN" *los inventores*

Por J. A. C.

LA original idea de celebrar en Madrid una primera y original Exposición Nacional de Inventos ha puesto de actualidad el tema y ha puesto de manifiesto una curiosa e importante faceta del genio ibérico—genio hispánico—al sacar de su anonimato a centenares de españoles pertenecientes a esa clase de seres iluminados por una idea creadora—ardiente centella de la invención—o deslumbrados por un sueño de gloria y de fortuna.

De propio intento hemos hecho esta distinción entre «iluminados» y «deslumbrados». Porque en nuestras recientes visitas a los domicilios de muchos de estos hombres que guardan bajo siete llaves ese secreto de su invento trascendental, que es para ellos como la razón de su existencia, hemos encontrado esas dos clases de inventores: aquellos para los cuales la idea original por ellos concebida ha sido como una iluminación, un descubrimiento realizable, y esos otros que viven sin vivir en sí, deslumbrados por la luz cegadora de su propio descubrimiento, de su alucinante ocurrencia. Tan avasalladora y dominante es la idea de su invención, de tal calibre el salto que daría el mundo de llegar a realizarla, que ellos mismos se quedan quietos, estáticos, absortos en la contemplación interior de su trascendental proyecto, sin atreverse a revelar el gran secreto. Incapaces para toda acción, incluso aquella que pudiera conducir a la realización del gran invento. «Mejor que todo eso—parecen decirse estos inventores deslumbrados—es vivir para contemplar el invento en idea pura, en su prístina y maravillosa concepción, sin la grosera materialización en sucias máquinas, capaces, eso sí, de revolucionar el mundo.» Haberlo concebido como realizable en teoría por un atisbo genial ya es suficiente para estos hombres.

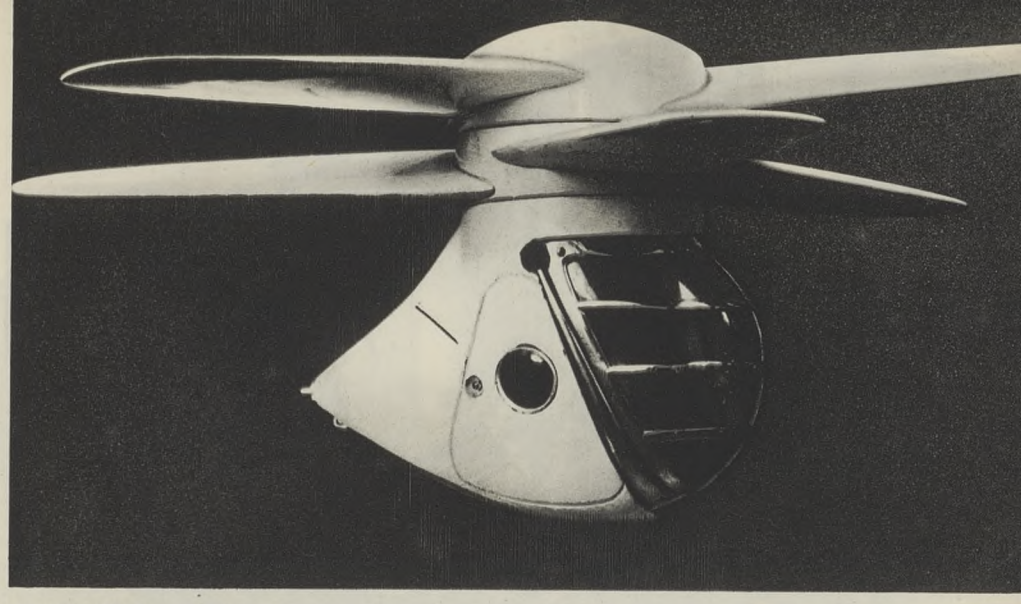
Los otros son los que, además de concebir ideas originales de menos trascendencia, pero de más fácil y práctica realización, ponen todos los medios para llevarlos a la práctica en beneficio de la humanidad y reclaman por el cachito de inmortalidad, de gloria humana, que pueda corresponderles.

De estas dos clases de inventores hemos encontrado en nuestra búsqueda y selección entre los dos mil expedientes que tiene ya en su poder la Comisión organizadora del Primer Certamen de Inventores Españoles, que va a celebrarse en Madrid.

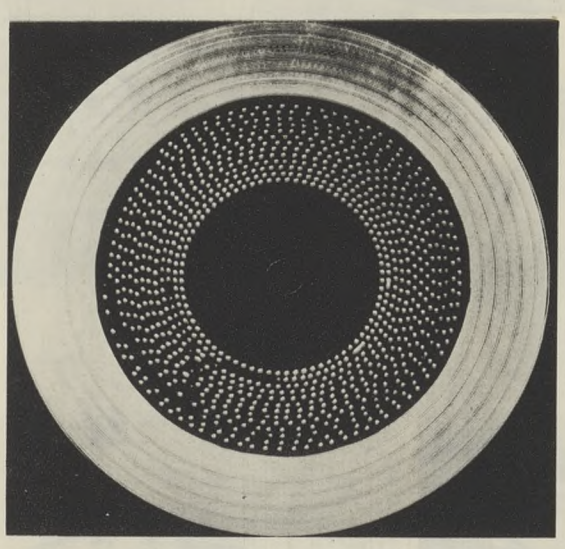
Esto nos ha demostrado el carácter eminentemente romántico de la mayoría de los inventores españoles. Son muchos más los que trabajan años y años sobre ideas de inventos poco prácticos y de casi imposible realización. Se diría que el genio ibérico es más apto para concebir ideas trascendentales que para llevarlas a la práctica. Esta tarea de la invención regular y práctica está reservada a las pacientes y poco imaginativas razas sajonas.

Así nos encontramos que en esta Exposición, en la que sin duda se exhibirán muchos inventos prácticos y realizables, hay también muchos de los que pudiéramos llamar inventos intuitivos. Y llamamos intuitivos a los que suelen ser presentados por personas que apenas tienen ligerísimas nociones de la especialidad a que ha de dedicarse su invención. Al hojear los expedientes de los expositores, es corriente encontrarse con que un campesino ha inventado una máquina eléctrica; un maestro nacional, un cortahemorragias; un médico ha perfeccionado una máquina agrícola; un camarero hace la competencia al ingeniero Goicoechea con un «Talgo» más perfecto; un zapatero inventa una materia plástica antirradiactiva; un cirujano cree tener el secreto de un aparato capaz de traducir automáticamente un discurso a diferentes idiomas y un marmolista idea un dispositivo mediante el cual un avión, al que le ocurre en vuelo un accidente, puede desprenderse de sus partes pesadas y salvar a los viajeros sosteniendo la cabina por un gigantesco paracaídas.

Así nos encontramos con unos diez procedimientos de realizar el movimiento continuo y con varias docenas de aparatos voladores de muy complicada y dudosa posibilidad. Y como esta relación se haría interminable, remitimos al lector a las páginas gráficas, en que una selección de aparatos con inventos de la más diversa índole le dará una idea aproximada de la importancia de la Exposición y de las características de esta verdadera antología de rarezas inventivas, que no dudamos han de constituir una de las atracciones de esta primavera madrileña



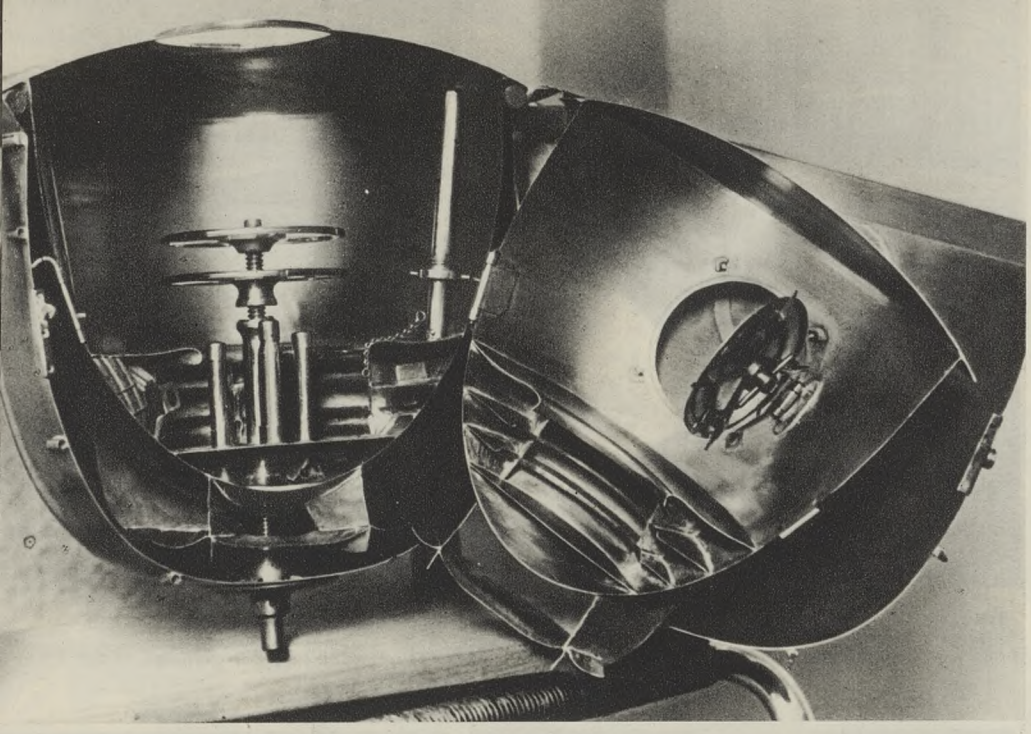
«SINUCOPTERO».—Curioso juguete volador inventado por don Miguel Feu Sarrahima, de Barcelona. Se trata de una perfecta y curiosa innovación en los sistemas de suspensión y propulsión de los helicópteros. Pesa vacío 170 kilos y transporta cómodamente dos personas.



«DISCOLER».—Disco fotoeléctrico que puede registrar sincrónicamente frecuencias de imagen y sonido, con lo que puede reproducir en un aparato de televisión una película completa. A la derecha, su inventor, don Aurelio Lerroux, con el aparato original en funcionamiento.

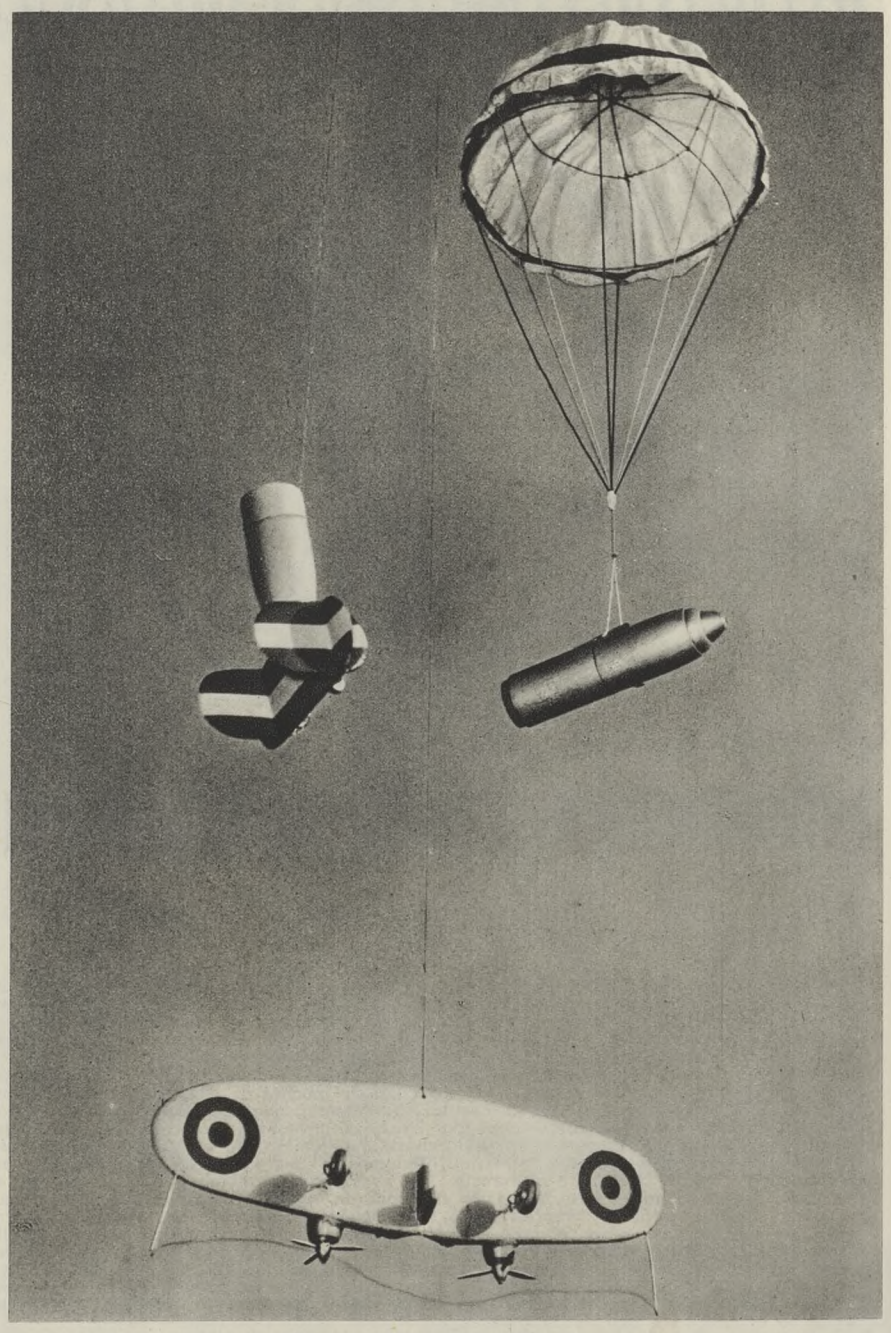
NUEVO SISTEMA DE BOBINA.—Los técnicos de la proyección cinematográfica saben lo que supone esta bobina con dispositivo interior, que permite volver a proyectar con una sola vuelta. Inventor, don Emilio Carretero, autor de otros inventos que se exponen.

«PLANIGRAFO».—También este inventor catalán, don Francisco García Galera, presenta en la Exposición un modelo de «planígrafo», que sirve para levantar planos en pleno campo.

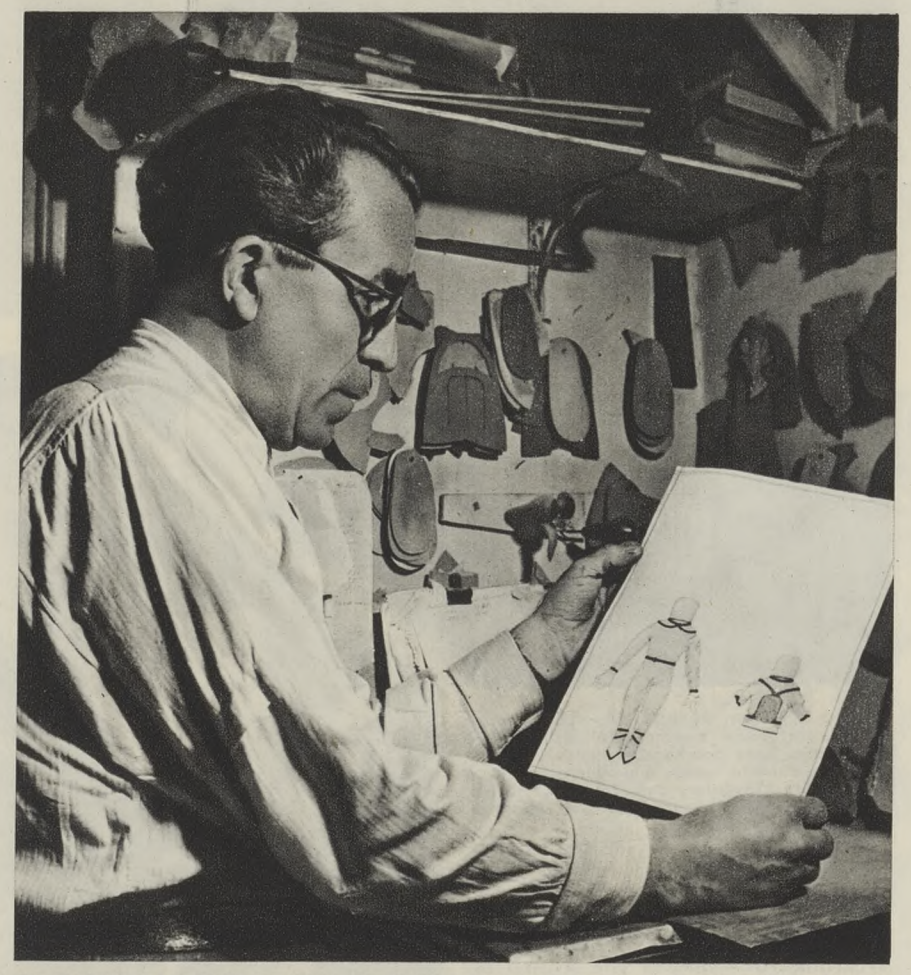


«POLIMICRO».—Aparato lector de microfilms mucho más perfecto que los existentes hasta ahora, invención de los señores Lerroux y Pérez Palacios. Estos también tienen un nuevo procedimiento de cine en color. Colabora don Luis Alfonso, hijo del popular fotógrafo.

CAPSULAS SALVATRIPULACIONES.—En Mataró (Barcelona), don Cosme Salomó Vilá inventa estas «cápsulas», que sirven para salvar las tripulaciones de los submarinos. Arriba: «Cápsulas» con su dispositivo. Derecha: Dibujo del invento. Izquierda: El autor probando su maqueta.

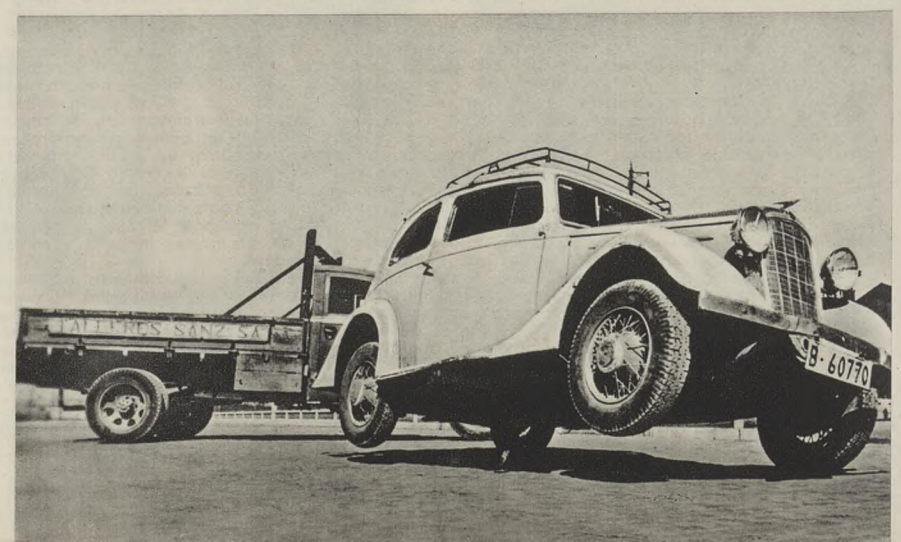


DISPOSITIVO PARA SALVAR TRIPULACIONES DE AVION.—Invento del marmolista Pascasio Sánchez. En un momento dado, se divide el avión en tres partes: dos que se van al suelo y la cabina o cuerpo central, que queda suspendida, con todos los viajeros, de un gran paracaídas.



En el castizo barrio de Lavapiés, de Madrid, vive este zapatero, inventor de la fórmula de una materia plástica antirradiactiva, con la que, según su inventor, ya no tiene la humanidad que temer a las terribles quemaduras producidas por la bomba atómica.

«MANDOS A DISTANCIA».—La factoría Sanz, de Valencia, presenta, entre otros, este invento: «Mandos a distancia», verdadera revolución de la técnica. Con sólo pulsar un botón, puede levantar la rueda de su coche sin gato, como puede cerrar y abrir puertas a distancia.



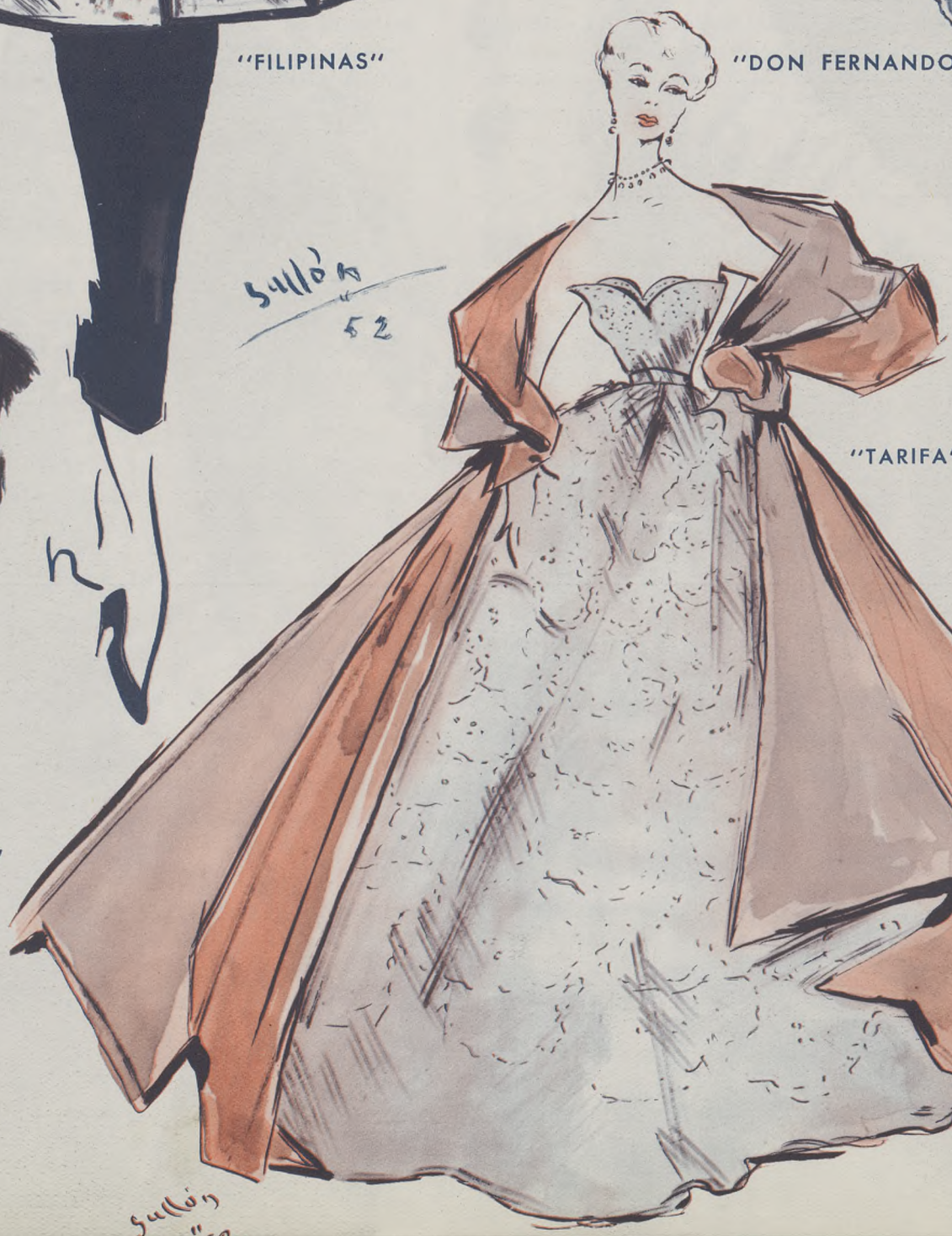
La moda española, en los Estados Unidos

EN esta primavera de 1952 se celebrará en Filadelfia un gran certamen internacional de alta costura. A él están invitados los mejores modistos del mundo. Se ha interesado la presencia especial de España, que acude por vez primera a un concurso de estas características. Pedro Rodríguez será el modisto que represente ante el mundo la singularidad de la moda creada en España (porque hay manos españolas que, por otra parte, crean la mejor moda de Francia: Balenciaga, Raphael, Lafitte...). La competición se presenta reñida. Los mejores dibujantes diseñadores de las casas de costura más afamadas hacen correr sus lápices para cubrir las estrictas exigencias de la línea actual de la moda. Estas son cuatro de las creaciones del modisto español que acudirán al certamen. Cuando éste se celebre, las modelos de cada casa, ataviadas con los vestidos que hayan tenido más éxito, desfilarán en una gran cabalgata que recorrerá la Quinta Avenida de Nueva York.

"FILIPINAS"

"DON FERNANDO"

"SAGARÓ"



"TARIFA"

GALERIA
DE
FIGURAS
HISPANICAS

ISABEL CLARA EUGENIA

Por
SANCHEZ COELLO
(Museo del Prado)

Gobernadora de los Países Bajos, hija de Felipe II, la llamaron la «novia» de Europa. Casada con el Archiduque Alberto, fué muy querida de todos sus súbditos, debido a su bondad de carácter y generosidad con los humildes. Destacaba por su belleza, y durante su hábil reinado en los Países Bajos protegió largamente al pintor Rubéns. Murió en Bruselas en 1633.

SANCHEZ COELLO

PINTOR DE PRINCESAS

Nació Alonso Sánchez Coello en tierra de moriscos, tierras levantinas, valencianas de Benifairó, allá por el año de gracia de 1531. El primer tropiezo de su vida fué éste: para hacerse cristiano tuvo que esperar meses y acaso años, hasta que su familia pudo trasladarse a un lugar conocido por Alquería Blanca, donde pudieron administrarle el bautismo.

Morisco primero, y más tarde tenido por oriundo de Portugal por algunos autores, la vida de Sánchez Coello empieza en una verdadera nebulosa biográfica. Son varios los biógrafos que cambiaron hechos, fechas y acontecimientos fundamentales en la vida de este glorioso pintor valenciano.

Lo cierto es que Alonso, por las razones que fuera, pasó a Lisboa a la edad de catorce años, donde empezó a trabajar en el taller de Antonio Moro. Si esta dedicación a las tareas del aprendizaje artístico respondía a una temprana vocación del levantino, o fué la fortuita circunstancia del contacto con el gran artista lo que determinó la afición del joven valenciano, no ha podido ser averiguado con certeza. De lo que no cabe duda es de que Moro fué su principal maestro y el que más decisivamente influyó sobre su temperamento.

Durante su estancia en la capital portuguesa llegó a tener Sánchez Coello el suficiente renombre para entrar al servicio del príncipe Don Juan, casado con la hermana de Felipe II. Esto ocurría en plena juventud del artista, ya que se calcula que residió siete años en Lisboa. Poco después ocurre el hecho trascendental en su carrera de que el emperador Carlos le hiciese el gran honor de encargarle varios retratos de la familia real. A partir de ese momento, Alonso Sánchez Coello entra en la historia y en la promoción de los grandes pintores del Renacimiento, que bullían en torno a la corte de los Austrias.

Con anterioridad a esta fecha—se fija el hecho hacia 1550—, el artista español, recriado estéticamente en Lisboa, estuvo en casa del obispo de Arras, donde pintó algunos lienzos notables. Será unos años más tarde, al morir el príncipe Juan de Portugal, cuando su viuda, la princesa española, recomienda a su hermano Felipe al pintor Sánchez Coello. Y el valenciano vino entonces a la corte de las Españas, cuyo cetro acababa de empuñar el príncipe Felipe por abdicación del emperador. Felipe II, que no tenía pintor de cámara para sustituir a Antonio Moro, recibió a Sánchez Coello con gran satisfacción. No es hipérbole cuanto se diga respecto a la confianza y al entusiasmo que el monarca tuvo por el artista, pues todos los cronistas de la época están de acuerdo en asegurar que todas las horas que el rey podía sustraer al manejo de las complicadas tareas y los negocios del Imperio se las pasaba en el taller—obrador decían entonces—de Alonso Sánchez Coello, su pintor de cámara. Consiguió el rey que el artista residiese con su familia en unas casas próximas a palacio, desde donde el soberano pasaba al taller del pintor por un secreto pasadizo. Esto le permitía visitarlo en horas tempranas, vestido de capa y gorra, como en alguna ocasión lo ha pintado Coello. Si, al llegar de improviso el rey, no se encontraba Alonso en el taller, el monarca se entretenía con los trebejos que llenaban el estudio. Y si, al llegar, el artista se encontraba ya trabajando, Felipe se acercaba sigilosamente por la espalda y le ponía las manos sobre los hombros. Como el artista intentara levantarse para rendir los honores correspondientes a su soberano, le sujetaba y le obligaba a seguir pintando, pues el verlo trabajar sobre sus lienzos era una verdadera diversión para el monarca.

Sánchez Coello, en el transcurso de aquellos años, pintó repetidas veces a Felipe II. Existen retratos a pie, a caballo, con armas, con traje sencillo de capa. También pintó, por encargo suyo, diecisiete retratos de reinas, princesas, infantes y otros miembros de la familia real. Uno de los retratos más famosos, debido al pincel mágico de Alonso Sánchez Coello, que hoy se conserva como una de las maravillas del Museo del Prado, es el de la princesa Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II y de Isabel de Valois, cuya belleza le había valido el sobrenombre de «la novia de Europa».

Cuéntase de la bella hija de Felipe e Isabel que tuvo muchos y muy altos pretendientes a su mano, príncipes de distintos reinos, a los que quizá le obligó a rechazar su padre, que pretendía para ella nada menos que el trono de San Luis de Francia. No resultaron los planes del más poderoso monarca del mundo renacentista, y la bella Isabel Clara se casó por amor, en 1598, con el archiduque Alberto de Austria, a quien encargó el rey el gobierno de los Países Bajos.

Aseguran los historiadores que Isabel Clara Eugenia unía a la más sugestiva belleza de su cuerpo un alma exquisita, un carácter resolutivo y extraordinarias dotes de gobierno. Se encarecen, además, su decisión y valentía, ya que en las luchas que su esposo se vió obligado a sostener, Isabel Clara lo acompañó siempre, sin mirar el peligro.

Muerta en Bruselas en 1633, el pintor Sánchez Coello, que la pintara en el momento más esplendoroso de su juventud, nos la ha inmortalizado en ese retrato admirable, considerado como uno de los mejores del artista levantino, muerto en Madrid once años antes que naciese Velázquez, y uno de los buenos discípulos españoles de Rafael.

De la categoría y renombre que tuvo en su tiempo Sánchez Coello dan idea las noticias de que recibía en su casa y sentaba a su mesa obispos, arzobispos, cardenales y otras personas principalísimas de la época, que procuraban aprovechar su estrecha y sincera amistad con el más poderoso rey de la cristiandad. Su influencia sobre Felipe II llegó a ser extraordinaria, lo que daba a Sánchez Coello la facilidad de codearse con las más altas jerarquías de Europa, que lo festejaban y cultivaban su amistad. Le concedieron honores los papas Gregorio XIII y Sixto V, el gran duque de Florencia, el de Saboya y el gran Alejandro Farnesio.

Hoy, al cabo de tres siglos y medio, el pintor Alonso Sánchez Coello sigue sostenido entre los primeros artistas de la gran pinacoteca del Prado, considerada como la mejor del mundo, merced al prestigio que los años han acumulado sobre sus obras—retratos y cuadros religiosos—, que cada día despiertan la misma admiración entre los aficionados, críticos y expertos.

Son muy escasas las noticias sobre la vida familiar y la descendencia de este artista. Apenas se sabe que un hijo de Sánchez Coello, también pintor—aunque, al parecer, de escasa categoría—, pasó al Perú entre un grupo de artistas españoles, llevados a Lima para realizar allí la decoración de distintos templos. La cita de este Coello la recogemos del libro del marqués de Lozoya, en su obra monumental sobre el *Arte hispanoamericano*.

En esta galería de personajes históricos, inmortalizados por grandes artistas hispánicos, al ser convertidos en verdaderas obras maestras del arte pictórico, esta princesa española retratada por Sánchez Coello figura aquí por derecho propio, con la doble representación de su belleza, su personalidad y el arte soberano con que su esbelta figura ha sido llevada al lienzo por un gran artista.

ESTIRPE, OFICIO Y EJERCICIO DE LAS BRUJAS GALLEGAS

por Francisco Carantoña

Las brujas gallegas se llaman «meigas», y los brujos, «meigos». Además, están los «veedoiros» o adivinadores y los «negromantes» o hechiceros. En la Edad Media, según Murguía, vivían como colegiadas y su poder era hereditario. Se nacía bruja, como se nacía siervo o noble. Tenían su santa Patrona, Santa Comba, dice la tradición. Santa Comba era una «meiga» que andaba por el mundo ejerciendo su oficio. Un día se encontró con Nuestro Señor Jesucristo y El le preguntó: «Comba, ¿adónde vas?» «Voy a usar de mi oficio», respondió ésta. «Enmeigar, enmeigarás; pero no te salvarás.» Entonces ella, que mataba niños y viejos y echaba mal de ojo, se arrepintió, hizo penitencia y llegó a santa. Su oración característica era un Padrenuestro especial que se conserva por tradición, pero que no se puede repetir sin peligro, porque el que lo rece entra en el oficio.

Quedan testimonios de la actuación de las brujas antiguas en los procesos de la Inquisición. Así, en 1609, habla Ana Rodríguez de la presencia de brujas en el lar. Ella las espantaba barriendo la lareira con un rastrillo de lino y, reunidas las impurezas sobre el fuego, las rociaba con agua bendita.

Se reunían los sábados por la noche y volvían a sus casas en forma de gato negro. Tal dice Elvira Martínez, en Cangas, en 1627. Como es natural, se les aparecía un macho cabrío con tres cuernos, según estos testimonios.

El aquelarre lo tenían, según Murguía, en el arenal de Cangas.

El libro fundamental de las brujas gallegas es el de San Cipriano. Menos elevado es el de San Cipriano. Lo malo es que no hay ninguna edición de confianza que recoja el texto del citado libro. Tan es así, que W. Fernández-Flórez, en *El bosque animado*, hace leer los ensalmos y conjuros a una hechicera en las páginas heroicas de *De Bello Gallico*.

En 1885, don Bernardo Barreiro de W. publicó un libro que trataba de los procesos de brujas por la Inquisición en Galicia, y contenía, además, un texto del libro de San Cipriano. Esta versión del *handbook* de la buena bruja, hizo montar en cólera a Murguía, quien sólo concede verosimilitud a la receta para obtener la varita mágica.

La parte del libro dedicada a los procesos de la Inquisición, es un pretexto para desfogar toda la furia anticlerical del autor. Sin embargo, son curiosos los datos que da de Jacome de Piera, meigo de Santa Marta de Souto. Curaba por medio de una vela de tres cabos, hilada por tres Marías doncellas, que habían de rezar un *paternoster* por cada cabo. La encendía y echaba las gotas de cera en un recipiente con agua y, si se juntaban, decía que era el abuelo, o el padre, o el hermano del enfermo, que se habían juntado con la comadre, hermana o amiga, y le habían causado la «fada» al enfermo. Un clérigo, que actuaba de acólito, leía los Evangelios con la vela encendida.

No debe extrañar que los clérigos de entonces anduvieran en estos trotes. Murguía cuenta que en 1683 se puso en la catedral de Orense un edicto prohibiendo la venta de varillas mágicas, y algún clérigo fué penitenciado por haber ido a buscar tesoros con estola, incensario y el libro de San Cipriano.

De quienes no hablan los procesos de la Inquisición es de los Baluros. Son una raza maldita, llamada así por vivir en las proximidades de las montañas llamadas Valuras. Según el seudo-Servando—son citas de Murguía, yo no soy erudito—, eran «a gente mais roin que ten Galiza». Explotaron muy bien la separación de los demás, tomando un carácter semisacerdotal con cultos y exorcismos paganos. Se les tenía por dotados de extraordinario poder de origen demoníaco. Según las constituciones que en 1612 dió a la diócesis de Túy su obispo Fray Juan de Villamar, pedían «para las once mil vírgenes y once mil cantantes que, con medio cuerpo en el agua y medio fuera, cantan de noche y piden de día en la laguna de Caque», y llegaban en su osadía a «amenazar al vulgo con vanas excomuniones y para sacarles su dinero y alhajas».

El trapisondista Jacome de Piera, de quien di razón antes, fué procesado varias veces por el Santo Oficio, pero siempre logró salir con bien. Terminó desterrado por haber pretendido curar a un enfermo rebelde atándolo de pies y manos y metiéndolo en un hoyo, mientras invocaba a los espíritus infernales. Estos debían de librar aquella tarde, porque no aparecieron. El enfermo murió y la familia denunció al hechicero. Hoy día, en vez del enfermo, se mete en el hoyo a un gato, seleccionado según normas que más adelante daremos; se le entierra de medio cuerpo para abajo y se le deja morir de hambre. Si se ha ganado en crueldad, también se ha ganado en comodidad para el enfermo. Los humanos, sin embargo, a pesar de que el Santo Oficio ha cesado de perseguir a las brujas y se dedica a vigilar a los escritores, no están inermes contra ellas. Arrancando una astilla de la puerta de la casa de una meiga y quemándola, se le quemarán las cejas, y aun hay un conjuro, que daré en su lugar, que las hace arder de cuerpo entero.

Mi primer contacto con las brujas y la escatología galaicas está muy lejano. Tenía yo entonces siete años. Un atardecer, estaba recogiendo fruta en un huerto de mi villa natal, lindante con el cementerio y separado por una pared común del panteón de mi familia, cuando vi huir de pronto a una mujer aterrorizada. Yo la seguí, suponiendo *in mente* que alguna razón tendría para alterarse de aquella manera. Luego, más sosegada, contó que acababa de ver a mi abuelo materno, recientemente fallecido. En otra ocasión vió, y me quiso hacer ver, a la Santa Compaña. Yo sólo divisé a lo lejos unas luces que se movían y unos ruidos inidentificables.

Tenía esta atormentada mujer una amiga que aumentaba sus ingresos levantando la «panetilla». La «panetilla» es algo indefinible que los humanos llevamos dentro del cuerpo y que sólo da razón de sí cuando se cae. Entonces aparece palidez en el rostro, cansancio en los miembros, tristeza en los ojos... Los síntomas pueden coincidir con los de la tuberculosis, o los de la anemia, o los del cáncer. Ha de tenerse cuidado, sin embargo, pues, si se trata de la «panetilla» que se ha caído, hay que seguir un tratamiento especial. Lo mejor es prevenirse, acudiendo a tomar, a medianoche, el baño de las nueve olas, junto al santuario de la Lanzada. Si no es posible acudir a aquel lugar, puede recurrirse a la laguna de La Arena Mayor, menos eficaz, según los entendidos. Y han de ser nueve olas, que así lo señala un romance popular del siglo XV:

Ide tomar nove ondas
antes de que saya o día,
e levaredes convosco
as nove follas de oliva.

Si se olvida esta vacuna previa, lo mejor es acudir a una persona preparada, y yo me atrevo a recomendar a Antoniña dos Pes, que lleva muchos años de ejercicio.

Antoniña comienza tendiendo al paciente en el suelo con las manos sobre el vientre. A una orden suya han de extenderse los brazos, procurando al mismo tiempo unir los dedos índices. Si esto se logra, la «panetilla» está en su sitio; en caso contrario, no. Entonces el enfermo se pone en pie y la oficianta comienza a girar en su derredor, al tiempo que golpea con la mano izquierda la palma de la derecha, en la que ha depositado previamente y sin mucha delicadeza considerable cantidad de saliva. Allí donde la saliva salpique, en la parte del cuerpo donde caiga, está la «panetilla» caída. La oficianta coloca su mano izquierda en aquel lugar, mientras pronuncia entre dientes la siguiente oración:

Como o crego vay a o altar
e a paloma a o palomar,
panetilla ou espinilla
vaite a o teu lugar.
En el nombre del Padre, del Hijo, etc.

No quiero que parezca apasionamiento mi alabanza de Antoniña dos Pes. Compárese la sobriedad de su

conjuro con la retórica de este otro, recogido por Víctor Lis Quiben:

Corren las aguas del Señor
para el amor.
Corren las palomitas
al palomar.
Esto es tan cierto
como el cura y el sacristán
dan las vueltas al altar.
Erguete, panetilla, espinela ou asadura
de fulano de tal.
Con la gracia de Dios
y de la Virgen María,
un Padrenuestro y un Avemaría.
Que se vaya a o fondo do mar
donde non sinta a os gallos cantar
nin as campanas toucar.

En la curación de males es donde las brujas tienen asegurado su mantenimiento, cuando no son ellas las que los provocan con sus conjuros y aojamientos. Lis Quiben ha recogido gran número de ensalmos, de los que daremos algunos.

Uno de los males más serios es «o mal do aire». En Noya se cura de la siguiente manera: se lleva al niño atacado del mal a la encrucijada de dos caminos y se ruega a un transeúnte que corte con un cuchillo, que los familiares del hechizado proporcionan, el aire encima de su cabeza. Método más perfeccionado es atarle al niño los pies con una cinta verde. El transeúnte ha de cortársela.

Otro conjuro bonito para el mismo mal es el siguiente: se lleva al niño a un monte desde el cual se vea el mar. Se tiende en el suelo y se dibuja su contorno sobre la tierra. Luego se recoge el terrón encerrado en el esquema y se echa al hogar familiar. Según se va quemando, va volviendo la vida al cuerpo del enfermito que la perdía. En San Andrés de Geve, se cree que el mal se origina cuando pasa la sombra de un ataúd sobre el vientre de una mujer embarazada.

Un conjuro interesante contra el mal de ojo, cuenta Rodríguez López en su libro *Supersticiones gallegas*. Se llena un puchero con agua bendita y se hace cocer en ella un cuerno y tres piedrecitas recogidas en un camino por donde haya pasado el Santo Viático. De noche, se deja el puchero volcado delante de la puerta de la casa. Arde aquel que echó el mal de ojo si no viene a pedir que retiren el puchero.

Daremos finalmente un remedio, muy práctico y sencillísimo contra el dolor de muelas. Consiste en tocar las campanas de la iglesia tirando de la cuerda con los dientes.

Una hechicera de gran autoridad había en un lugar costero de mi comarca. Gozaba de conversaciones habituales con los difuntos y tenía grandes dotes para la premonición. Había logrado un crédito discreto con algunas chapucillas de poca monta. Un día, víspera de romería, a la que se acude por vía marítima, anunció que un José finaría ahogado durante el viaje. Hubo un José que se impresionó mucho; tanto, que se quedó en tierra. Al año siguiente, José, curado de espantos, iba de romero en un barquito de vela latina. A medio camino zozobró, y la única víctima fué el predestinado José. El hecho tuvo repercusiones comerciales y el crédito de la hechicera se hizo solidísimo. Al poco tiempo, apareció debajo de un puente el cadáver de un labrador acomodado. Se dió su muerte por natural y los herederos se repartieron sus bienes. Pero entonces intervino la «veedoira», afirmando que la muerte no fué natural, sino provocada y con interesados móviles. También sabía que el suceso se produjo un centenar de metros río arriba y que desde allí el cadáver había sido trasladado al pie del puente. La familia del finado lo tomó en serio, se dividió en dos bandos, que se acusaban mutuamente de la muerte, e hizo andar de cabeza al juez instructor.

Aunque nada se aclaró, una cruz de piedra fué levantada en el lugar del suceso..., según la hechicera.

La conversación con los difuntos suele acarrear sufrimientos a los vivientes que la realizan. Al menos, esto afirmaba Xoana de Badernado, una vidente y cuidadora de vacas con facultades y conocimientos extraordinarios. Sólo daba a conocer el hecho de la conversación y con quién la mantenía, pero nunca descendía a describir nada de lo tratado.

También conocía la causa de las enfermedades de sus vacas, siempre malos espíritus o encantamientos. Los combatía con métodos propios, en desacuerdo con el dictamen del veterinario, al tiempo que tiraba a lugares inmundos las pócimas científicas. Cuando una vaca no corría, llenaba de brasas una sartén y ponía sobre ellas unas hojas de laurel bendito en Ramos. Luego lo pasaba debajo del animal de grupa a cabeza, hasta que el humo se extinguía.

En una de éstas se le murieron tres de las cinco vacas puestas a su cuidado, y los dueños no supieron agradecerle que hubiera puesto, preventivamente, un «fousiño» entre la hierba almacenada y un ramo de «xesta» en el ojo de la cerradura del establo. Fué despedida. Ni aun entonces ejerció su oficio. Era una vidente privada y obligada a serlo por el Destino. Porque es curiosa la forma en que se adquieren la sensibilidad y el poder extraordinario. Yo lo conocí en un bautizo, que comenzó con alegría y terminó ensombrecido.

Un indiano recién vuelto de América, y al año de casado, tuvo un hijo, sano y rollizo, al que decidió bautizar con gran solemnidad. Fuí invitado a la ceremonia, que se anunciaba con epílogo suculento. Cuando iban a aplicarle al neófito los santos óleos surgió una vieja, a la que nadie conocía y que hasta entonces había pasado inadvertida, que comenzó a gritar como una corneja, diciendo que no se aplicasen al niño aquellos óleos, que eran los de los muertos y el ungido con ellos tendría tratos con los difuntos toda su vida. La noticia impresionó a los familiares desfavorablemente. No mostraron ningún interés por las posibilidades que se le ofrecían al recién nacido. El padre cura hubo de imponer toda su autoridad, porque si no el bautizo no llega a término.

Sabido es que los gallegos, aunque sean campesinos, ya no creen en brujas ni en esas mágicas curanderías, que sólo quedan en los libros de Valle Inclán. Todo son viejas historias, aunque a veces algunas gentes de suma ignorancia todavía se decidan por algunas de estas prácticas.

Es Zunzunegui uno de los mayores prestigios de la moderna novelística española. Nacido en Bilbao, frente al estuario del Nervión—fundiciones, cabotajes y bacalao al pil-pil—, las narraciones de Zunzunegui son distinguidas por el autor como novelas de pequeño y grande tonelaje. A la última clasificación corresponde «Esta oscura desbandada», hace días galardonada con el premio del Círculo de Bellas Artes de Madrid de 1951. Con anterioridad fueron concedidos a Zunzunegui los premios Fastenrath y Nacional de Literatura —máximos galardones que en España recibe un escritor—por sus novelas «¡Ay, estos hijos!» y «La úlcera». A continuación damos el primer capítulo de «Esta oscura desbandada».

ESTA OSCURA DESBANDADA

Ni ellos mismos esperaban ya al hijo. Después de un aborto y varios años de matrimonio estéril se habían hecho a la tristeza de no tenerlo, y así, cuando se sintió la mujer habitada, fué tan grande el goce, que no se atrevían a manifestarlo, no sea que Dios les castigase y se fuese a malograr.

—Pero ¿estás segura, segura?

—¿No eres tú médico?... Pues nadie más que tú tiene la palabra.

—Echate en seguida, en seguida... Aquí, aquí mismo.

—Pero ¿estás loco?... Si ésta es la mesa del comedor, y ahora mismo va a venir la sirvienta a arreglarla.

—No sé lo que digo ni lo que hago... Acuéstate en la alcoba y espérame allí.

Cuando ya tuvo todas las seguridades, le ganó una satisfacción incontenible, se le aguaron los ojos y un hormiguillo dulce le corrió bajo la piel.

—Y es que yo siempre lo pensé, aunque no te lo decía. Un matrimonio no es verdadero matrimonio mientras no esté purificado por los hijos, que son los únicos que limpian del choque material y brutal imprescindible para tenerlos.

—Es verdad, es verdad—contestó ella sin casi darse cuenta de lo que decía.

De repente, él experimentó una picante algarabía dentro de la cabeza:

—¡Qué ilusión me hace esto, qué ilusión!

—Y a mí, y a mí.

—¡Dios mío, a los sesenta y dos años, un hijo! Porque esa edad tendré yo cuando llegue.

—Y yo, cincuenta y uno... La verdad, a mí me da vergüenza.

—Nunca debe dar vergüenza tener un hijo; nunca, nunca, aunque venga por detrás de la Iglesia... Y éste nuestro...

Y miró, orgulloso, a los ojos de su esposa y, emocionado, ya no pudo seguir.

Vivían uno de esos ratos de felicidad que la vida da de cuando en cuando a los humanos.

Formaban un matrimonio dichoso y bien avenido. El era un castellano sobrio, bondadoso, no de muchas luces. De origen palentino, sus padres le habían enviado a estudiar Medicina a Valladolid. La cursó con laboriosidad, pero sin brillantez. Estuvo practicando en el hospital; después fué ayudante de un profesor de la Facultad y clínico famoso en la ciudad; más tarde se estableció. Empezó a tener clientela entre la clase media y la humilde. Tomaba a los pacientes y su enfermedad con absoluto desinterés y entusiasmo. Era muy cariñoso con ellos y desplegaba una paciencia a prueba de impertinencias.

Se llamaba Saturnino, Satur, como empezaron a llamarle desde muy joven. Grandote, desgarbado, con anchas y profusas cejas, y una voz lenta, grave y prosopopéyica. No parecía impresionarle nada; sin embargo, sentía como nadie los dolores y miserias de sus enfermos. No era interesado... y se ruborizaba pasando malos ratos cuando tenía que insistir en el cobro de una minuta. Claro es que en sus años de ejercicio profesional, en parte por su blandura y bondad, en parte por ser gente pobre, sobre todo, la que atendió, le quedaron muchas sin ser satisfechas.

Abrió la consulta en la calle de La Pasión, en la casa de una antigua patrona, mientras estudió la carrera. Era una viuda ya anciana cuando él se estableció. Ella le llevaba la casa. Cuando murió, tenía don Saturnino cuarenta y siete años y era un médico estudioso, respetado y querido. Había ya ahorrado unos cuartitos y pensó en tomar mujer. En el piso de encima de su casa vivía el secretario del Ayuntamiento, con su esposa. Era un soriano pequeñito con cara de pocos amigos. Su mujer, una mujerona de Peñafiel. No tenían hijos. Sobre todo, por fiestas, solía acompañarles una sobrina de la esposa: alta y muy seca. Don Saturnino les visitaba como médico y amigo. Vivía con sus padres, la sobrina, la mayor parte del año, en Peñafiel, de donde era la familia: labradores acomodados, con un chico que les ayudaba a llevar una finquita de secano en la salida del pueblo.

Cuando murió la patrona de don Satur, por aquellos días, terminó también el hermano de la que había de ser su mujer. Don Satur fué uno de los médicos que llevaron de Valladolid a ver al enfermo. Esto le unió más a la familia. Entonces se dió cuenta de lo importante y considerable que era en Peñafiel.

Emilia se llamaba la hermana. El momento no era el más indicado para entrevistarse y entreverarse con ella. Su profesión le había educado a don Satur en la prudencia. La mejor cualidad que puede tener un médico es ser prudente. Lo había pensado más de una vez. De un hombre atropellado jamás saldrá un buen médico. Esperó, por consiguiente, a que Emilia volviese por casa de su tía. Fué a los pocos meses. Estaba más cenceña y pálida con las ropas negras. Don Satur la visitó, y se insinuó y clareó. Ella se echó a llorar; pero a través de las lágrimas adivinó que era bien acogida su proposición.

—Nuestra edad no es para noviazgos largos—le dijo, después que se hubo serenado.

—Sí, que no somos dos barbilindos.

Al poco tiempo visitó a los padres de Emilia. Los encontró abatidísimos por la muerte del chico. En Peñafiel se decía que iban a vender la finca para irse del pueblo, pues no querían saber nada de todo lo que había sido ocupación del hijo y para ellos obsesionante recuerdo.

Don Satur se volvió a Valladolid a atender a sus enfermos. Emilia pasaba temporadas en casa de la tía. Su señalamiento de boda coincidió con la venta de la finca y la partida de sus padres para Madrid. No habían podido sobrellevar con resignación y paciencia la desaparición del hijo y, ya viejos y acobardados, huían del escenario de trabajo y vida de él.

Don Satur y Emilia se casaron poco después. Lo hicieron en Madrid para que asistiesen los padres de ella, que, según se quejaron, no estaban para traqueteos de viajes.

La luna de miel la pasaron en casa de los padres, con pequeñas escapadas a Toledo, El Escorial, Aranjuez, etc. Vivían sus padres en Jorge Juan, entre Serrano y Lagasca, en la acera del Mediodía. Adelantaba el piso a la calle un mirador y dos balcones. En primavera, unas acacias, entonces flacuchas, les alegraban los ojos con su breve verdor. A los doce días de estancia se volvieron a Valladolid, que no es la Medicina profesión que permita dilatadas ociosidades.

A los dos años escasos de casados tuvo ella un aborto. Marido y mujer quedaron sumidos en una espantosa tristeza: tan enorme era la ilusión que habían puesto en el hijo.

Pasó el tiempo y huían los dos, por no herirse, de toda alusión filial.

En Navidad y fiestas de San Isidro solían venir a pasar unos días a la Corte. En don Satur, que, aunque grandón, no era hombre fuerte, con el trabajo penoso de «médico a las casas», iba resintiéndose su naturaleza. El invierno y verano son duros en la antigua ex Corte del Pisuerga, y no es ciudad de ascensores, y los medios de locomoción, en el tiempo en que don Satur ejercía la Medicina, eran pobrísimos; así que por las noches solía caer en la cama derrengado.

Frisaba en los cincuenta y cinco cuando se le avivó una vieja afección del estómago. Médico y paciente, no supo dar con el remedio del mal y se sentía cada vez más disminuído y sin fuerzas. Fué entonces cuando la insistencia de los padres de ella para que se retirase de su trabajo don Satur y se fuesen a vivir con ellos redobló sus motivos. El aceptó por una temporada, hasta que se repusiese. Ultimamente su salud estaba quebrantadísima, y no tuvo más remedio que descansar. Había días en que no le recibía el estómago más que un poco de leche con agua de Mondariz, y en ese estado no hay ánimos para trabajar.

Los padres los recibieron con gran satisfacción y gozo. No les quedaba más que aquella hija, y el pasar reunidos los últimos años de su vida era para los dos el más grato postre. Les pusieron a vivir en el cuarto ladero al del mirador, con balcón a la calle. Corría abril en sus principios, y una de las acacias, ya crecidita, abría su esponjosa y fragante copa a los pies de la habitación. El sol de mañana agasajaba los cristales y les metía en la alcoba su caliente dulzura.

Don Satur se levantaba tarde; luego, con la compañía de la mujer y los sueños, se iban al Retiro.

—Esto de tener un jardín tan hermoso a dos pasos de casa no digáis que no es una delicia—planteaba el viejo.

Pero el bueno de don Satur pensaba en sus enfermos, y no se hacía, sobre todo en los primeros meses, a tanta ociosidad.

En seguida empezó a mejorar. Sobre todo, el reposo después de comer hasta media tarde le sentó excelentemente.

—Claro, con el último bocado en la boca salías disparado a ver a los enfermos, y con esa vida no hay naturaleza que aguante—le reprendía la mujer.

—Bueno, sí; en adelante pondré más cuidado en el trabajo y en el régimen y las horas de comida, pero yo ya me encuentro fuerte y bien, y no pensarás que a mis cincuenta y cinco años me retire y me venga a vivir de... las rentas de tus padres, que las mías no me dan aún para estar mano sobre mano...

—Eso ya es harina de otro saco, que lo que es de mis padres para nadie será más que para mí..., y creo que tú eres mi marido.

—Sí, sí; soy tu marido, carape..., soy tu marido...; pero hay maridos y maridos, y... mientras tenga mi cabeza sobre los hombros y mis hombros sobre mis dos piernas, a mí me parece que cada uno debe... ¡Bueno, ya me entiendes!

—Te entiendo, te entiendo...; anda y déjalo estar.

Cuando mejoró y ganó brillo en los ojos y ánimo en el cuerpo, volvió una temporada por Valladolid a disponer las cosas de modo que el retiro y descanso fuesen definitivos. Fué abandonando sus enfermos y sus preocupaciones en otras manos, porque en cuanto empezaba su visiteo y aquel subir escaleras y hacer las comidas aprisa y a deshora, y a preocuparse por el estado de salud de sus clientes, el desmedro y desgana eran sus seguidores inmediatos.

Su mujer le acuciaba:

—Anda, anda, que si no los dejas pronto de propia voluntad, vas a tener que abandonarlos a la fuerza.

—Ten paciencia, mujer, que un enfermo no es un mueble viejo que se puede arrinconar en un desván.

Pero era en él más fuerte el deseo de trabajar y hacer el bien en lo posible y no ser molesto y gravoso a los suegros..., y...

Nada, que no acababa nunca y que siempre tomaba algún enfermo nuevo o algún cliente viejo y relapso, hasta que la mujer se le plantó un día:

—Bueno, tú verás, Satur; pero este octubre próximo me voy a Madrid con mis padres, contigo o sola...; será la única manera de que definitivamente decidas preocuparte de ti.

El la miró un tanto asustado. Nunca se había producido tan seria ni tan decidida.

—Bueno, sí; para el otoño, como no caiga sobre Valladolid un cólera, creo que podré.

—Con cólera y todo, ya lo sabes.

—Bien, muy bien; no necesitas repetírmelo más.

Don Satur se asustó de la energía de la mujer. «Esto es darle a uno el cese —pensó—; es como decirle a uno que se prepare a morir.»

Pasó un verano muy murrioso. El mismo buen tiempo le favoreció el despegue. No abundaban los enfermos. Experimentaba una gran tristeza. Su mujer empezó a sorprenderle en meditabundas y extrañas distracciones.

Para un hombre sencillo y bueno, enamorado de su profesión, el trabajo es un placer y un sacerdocio. Así, cortar por las buenas y echarle a uno a la rumia de sus pensamientos ya en el lindar de la vejez, es una tortura. Vaya usted a explicarles esto a las mujeres; las mujeres no entienden que el trabajo es toda la vida de un hombre honrado y que, como ciertos vicios, hay que ir despojándose de él poco a poco, porque su desaparición brusca puede ser mortal... Pero las mujeres, en general, no entienden estas delicadezas.

Aquel verano propicio fué poco a poco soltando las amarras con sus pacientes. A veces, cuando sorprendía en la calle a algún cliente sano, se decía:

«A ése, en su próxima enfermedad, no le atenderé yo ya», y le ganaba un suave desplacer.

En un alma bien conformada, vivir es trabajar. Nunca como entonces el bueno de don Satur se dió cuenta de esto. Pero conforme el verano se iba consumiendo, consumíase él también. Una tristeza desolante aniebla sus mejores propósitos. Se fué quedando seco, sin agua de entusiasmo.

—Ni que te fuésemos a meter en una cárcel...

—Sí, lo comprendo; pero es que...

—Cuántos envidiarían el poderse retirar como tú; después de todo, la Corte es la Corte, y muchos se darían con un canto en los dientes de poder vivir a la vejez en Madrid... tranquilos, sin preocupaciones, y en una casa hermosa del barrio de Salamanca, no lejos del Retiro.

—Sí, tienes razón; pero es que uno no es un carcamal.

—Mejor si no eres un carcamal.

—Mejor, ¿para qué?

—Para que puedas disfrutar de los años que te queden de vida.

—Disfrutar, disfrutar... a mis años y en mi estado, ya no se disfruta...

—¿Luego entonces eres un carcamal?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo das a entender.

—A entender, a entender...; las mujeres entendéis siempre lo que os conviene.

—Que en este caso es lo que te conviene a ti.

—¡Bah!, ¡bah!, ¡bah!...

Allá por San Mateo le previno:

—Vete preparándote; luego no vengas con pretextos.

Quedó mormojeando...

Aquellos últimos días le pareció Valladolid una ciudad maravillosa, y sus enfermos, ya avisados, unos pobres y cuitados pacientes que sólo él podía curar.

«Es que si los dejo en otras manos...», se decía.

—¿No podíamos esperar hasta fiestas de Navidad en vez de ir ahora, en otoño?

—No y no. ¿A qué recibes nuevos enfermos?... Porque todos los días estás visitando a nuevos enfermos.

—¿Y qué médico, si tiene corazón, puede desechar a una persona que sufre?

—Contigo va a ser el cuento de nunca acabar—le replicó la mujer, irritada.

Y nunca como en aquellos días se encontró con mejor ojo clínico ni más preparado para el acierto. Por él no hubiera terminado nunca su terapéutico sacerdocio.

Hasta que se encontró con las maletas hechas y camino de la estación.

Llegó de mal humor a Madrid. Cuando el coche de tracción animal subía a duras penas la cuesta de San Vicente, exclamó:

—Se les podía haber ocurrido levantar Madrid en sitio más llano; probablemente es éste el único lugar montuoso de toda Castilla la Nueva.

—Cállate; de unos meses a esta parte, de todo tienes que protestar.

El pobre caballejo tuvo que tomar el paso lento para poder remontar, poco a poco, la varga de la cuesta.

—Me vas a decir que...

—Lo que te digo es que estás insoportable y que trates de corregirte.

Se calló.

Llegaron a Jorge Juan.

Fué una alegría para los padres, tan ancianos, tenerlos de nuevo con ellos.

Pero Madrid le fué curando de los sinsabores de hombre que no se decide a aceptar el descanso de una ganada vejez.

—Mira, Satur, ¿no ves? Aquí tienes cuarto de baño, y en la casa de Valladolid, acuérdate de que no lo tenías; tú, que eres tan relimpio y pulcro, eso has ido ganando.

—¡Bah!, ¡bah!, ¡bah!...

Pero una mañana de abril, en sus finales y sentado en La Rosaleda junto a su mujer, encontró tal regalo para los sentidos y se notó en tal plenitud funcional, que no pudo menos de suspirar:

—¡Ay, esto es una delicia!

Tenía más brillo en los ojos, más tersura en la piel, más agilidad en las extremidades, menos pesadez en las digestiones. Para distraerle, la mujer le puso en sus manos el cuidado de los padres viejos.

—Ahí los tienes; preocúpate de sus achaques.

Se puso a ello como la gata a quien le dejan un ovillo para que se entretenga.

—¿Dónde podemos estar más tranquilos—le decía la vieja al viejo—que con el médico, hijo nuestro, viviendo con nosotros?

Al verano se fueron los dos matrimonios a Peñafiel. Los viejos se sentían ya con los días contados y, aunque no lo decían, su intención al ir a pasar allí el estío era despedirse para siempre del pueblo.

No hay nada más patético que el adiós de un anciano a la tierra donde ha nacido. Ni nada más irremediable que nuestra vuelta a esa tierra. Petrarca lo ha expresado en los tercetos desoladores de el *Trionfo della Morte:*

Tutti torniamo a la gran madre antica.

LA INFLUENCIA DEL AZTECA sobre el ESPAÑOL

Por CARLOS DE LA CUESTA D.

UNA de las herencias más preclaras de que se pueden enorgullecer los países hispanoamericanos es, indudablemente, la lengua castellana. De belleza y elegancia inigualables; dignificada por los escritos de Cervantes, de Lope de Vega y Tirso de Molina, de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa, ha venido a constituir un factor esencial de la unificación espiritual de nuestros pueblos, quienes se han hermanado en ella y en ella han expresado sus epopeyas, sus ideales y sus amarguras.

Desde la Conquista hasta nuestros días, los hispanoamericanos han contribuído a su engrandecimiento: Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, Rubén Darío, Ramón López Velarde...; poetas y dramaturgos, libertadores y santos; todos han llevado su mensaje de belleza, de fe, de heroísmo, a través de la lengua de Castilla, en la que se han proyectado las gestas materiales y espirituales más grandes de todos los tiempos.

Pero Hispanoamérica no ha sido una beneficiaria pasiva. Junto con sus fabulosos tesoros minerales y su maravillosa flora y fauna, ha aportado al mundo voces que han enriquecido y continúan engalanando las lenguas europeas, a las que han impreso su sello de lozanía y vigor. Multitud de lenguas existentes en América antes de la llegada de Colón contribuyeron con su terminología a denominar nuevos productos, mediante voces que ahora son de valor universal, y que idiomas tan cultos como el inglés, francés, alemán, japonés y ruso no se avergüenzan de usar, tales como *tabaco, tomate, chocolate, algodón,* etc., que, siendo de origen americano, han sido adaptadas a esos idiomas.

De entre esas lenguas nativas destaca sobre las demás el aztekatl o nahoa, como se denomina por su dulzura. Fué ella precisamente la usada para transmitir el mensaje más trascendente y amoroso del Nuevo Continente: el de Nuestra Señora de Guadalupe, y en ella cantó Netzahualcoyotl, el rey poeta, las maravillas del Valle de México.

Estudios históricos modernos han demostrado que la raza nahuatlaca, a la que pertenecían los aztecas, fué una de las más antiguas pobladoras del continente americano, en donde se extendió, desde los Andes y la isla de la Pascua hasta las Montañas Rocosas, en los Estados Unidos, incluyendo toda la América Central y México, siendo indudable que en esas épocas prehistóricas, los diversos grupos de indígenas que poblaban el continente americano se expresaron en un solo idioma o lengua matriz, la cual, en el transcurso de los siglos, y cuando el caudal de voces introducidas por los grupos fronterizos fué muy grande, se dividió en varios idiomas derivados, relativamente diferentes del antiguo, lo cual motivó que, durante muchos años, los filólogos no alcanzaran a descubrir su origen y desarrollo, cuando, en realidad, ahora se sabe que todos los idiomas indoamericanos se pueden reducir a unos cuantos originarios. Así, por ejemplo, el tarahumara, el huichol, el pima, el yaqui y el mayo, que hablan grupos indígenas de México, son lenguas derivadas del primitivo aztekatl, como lo son del latín vulgar el español, el portugués, el francés, el italiano y las demás lenguas neolatinas. El pipitl, de Guatemala, y el nikira, de Nicaragua, de donde proviene el nombre de ese país, no son sino modalidades del nahoa.

A fin de investigar todo lo relativo a esta lengua y su influencia sobre las demás, se ha creado en México la Academia de la Lengua Azteca, que ha hecho valiosos estudios al respecto. Entre otras cosas, ha revelado el verdadero origen de ciertos vocablos, cuya etimología era clásicamente atribuída al árabe, al turco o a otros idiomas. Como ejemplos de tal influencia, tenemos el origen de la palabra *algodón* y de su equivalente inglesa *cotton,* atribuída al árabe, y que, en realidad, es el siguiente: Cuando los ingleses llegaron al continente americano, se extrañaron de ver a los nativos con camisas de algodón, fibra que ellos no conocían, por lo cual preguntaron a los indios qué cosa era aquello, a lo que respondieron: «Alkotón», que significa «camisa de varón», pues creían que se les preguntaba por la prenda de vestir y no por el material de que estaba hecha. De *alkoton* se derivan *algodón,* del español, y *cotton,* del inglés.

La palabra *malacate,* de uso universal en la técnica mecánica de la industria de hilados y tejidos, deriva de la voz azteca *malakatl,* que significa «volante o rueda que hace girar un eje para hilar el algodón», y es una invención indígena, gracias a la cual los ingleses pudieron fincar las bases de la moderna industria textil.

Yanqui proviene de *yankuik,* que en azteca significa «nuevo hombre», y se aplicó a los invasores sajones a su llegada al ahora territorio de los Estados Unidos de Norteamérica. *Gachupín* —nombre con que en América se designa despectivamente a los españoles que, por su conducta, no son gratos—proviene de *kaktzopin,* que significa «el que golpea con la punta del zapato» o «expoliador».

Tulipán deriva de *tulipa,* genitivo de *tulli,* con que en nahoa se designan todas las plantas de bulbo o cebolleta y con hoja de espada, de modo que los tulipanes fueron expresados como del género *Tulli.* Cuando los españoles los llevaron a Europa, se aclimataron en Holanda, conservando el nombre original azteca de *tulipa. Ahuehuete* deriva de *ahuehuetl,* y es un árbol mexicano de madera semejante al ciprés, el cual, por su elegancia, se cultiva en los jardines de Europa. *Chayote* proviene de *chayotl,* que es el fruto comestible de una cucurbitácea apreciada no sólo en América, en donde tiene origen, sino en Canarias y Valencia, donde está aclimatada.

Maíz tiene origen en *maitzintli,* la cual, por apócope, dió *maíz.* Algunos historiadores, entre ellos Clavijero, dicen que esta voz es de origen caribe; pero no es verdad, pues se encuentra en la raíz azteca de *maíz,* que es *itzintli,* raíz que, más o menos deformada, ha sido adoptada en casi todas las lenguas americanas para nombrar al referido cereal.

Entre las plantas y frutos cuyo nombre tiene su etimología en el azteca, podemos citar la *papa* o *patata, tomate, aguacate, zapote, cacahuate, pitahaya, chicozapote, coco, cacao, chile, chicle, hule, magüey, camote, nopal, chía, oyamel, capulín, epazote, pagua, tule, zacata, guamuchil,* etc. Entre los animales: *coyote, quetzal, chupamirto, tecolote, chapulín, guajolote, ajolote, ahuizote, tejón, chachalaca, tlaconete, tlacuache, zanate,* etc. Entre los productos alimenticios: *chocolate, atole, pinole, pulque, pozole, mole,* etc. En fin, multitud de términos se han incorporado al español y expresan cosas o situaciones peculiares que no cuentan con otro vocablo apropiado, como *achichincle* o *achichinque,* como se designa al que, de ordinario, acompaña a un superior y sigue sus órdenes ciegamente; *chapopote*—de *chapopotl*—, con que se denomina al petróleo crudo; *tocayo,* con que se designa, respecto a una persona, otra que lleva el mismo nombre; *cuate,* que significa *gemelo; chamaco*—niño—, *chapalear, chamagoso, haupango, machote, machete, mapache, macana, milpa, mocasín, popote,* etc. Además de todos estos vocablos, existen muchos otros que se usan diariamente en México y que aun no han sido aceptados por la Real Academia de la Lengua. Estas expresiones constituyen un léxico que seguramente se integrará paulatinamente al idioma, enriqueciéndolo y renovándolo.

El nahoa o azteca se enseña a los que se están doctorando en Historia en la Universidad de Berlín, en el Instituto de Lenguas Orientales de la propia capital alemana, en las Universidades de Leipzig, Dresden, Viena, Oxford y la Sorbona, en la Biblioteca de Wáshington, en su Departamento de Investigación de Lenguas Indoamericanas y en las Universidades de Harvard, San Francisco, Los Angeles y México. Además, la ya mencionada Academia de la Lengua Azteca cuenta con lingüistas y filólogos dedicados a su estudio, que han elaborado una *Gramática analítica azteca* y tienen en preparación el *Diccionario oficial de la lengua nahoa.*

UNA EXPOSICION DE GRABADOS ESPAÑOLES en AMERICA

ELOGIO DEL GRABADO

Por Enrique LAFUENTE FERRARI

QUIÉN conoce y paladea hoy, en nuestro tiempo de prisa y superficialidad, las bellezas del arte del grabado? Vemos, sí, que en ocasiones, atraídas por el sensacionalismo o la propaganda, las masas se acercan al arte, hacen ruido en torno a él y se desplazan alocadamente hacia otro gran espectáculo hipnotizador de muchedumbres: el deporte, por ejemplo. Es en las grandes exposiciones o en las magnas salas de conciertos donde nos encontramos estas grandes concurrencias, estas gentes que, so pretexto de arte, acaso gozan más de estar juntas, *congregadas*, que del motivo que parece atraerlas.

Pero hay clases en el arte, y algunas de ellas nunca o muy difícilmente serán populares. Así, la música de cámara; así, el grabado. Una niebla de aislamiento, de recato, de intimidad, parece envolver el arte del grabador desde las solitarias y pacientes tareas preparatorias—diseños, apuntes, reportes—al diálogo personal y silencioso con la plancha, con sus delicadas manipulaciones de alquimista, con ácidos, cubetas y barnices, si del aguafuerte se trata... Finalmente, la artesanía, gratísima y honrada, del arte de grabar se corona con las delicadas y enérgicas intervenciones de tórculos y prensas. Una secreta repulsa del industrialismo deshumanizador de nuestros días nos lleva a contemplar con un regusto de complacida sorpresa el trabajo de los viejos oficios, en los que la obra del hombre es íntegramente hija de sus manos. ¡Qué aislamiento feliz, qué ocupación más entera y humana la del grabador en madera que con atento y exquisito cuidado va arrancando con su instrumento leves astillas al pequeño bloque para ver surgir, cada vez más clara, la forma que ideó y que sus incisiones van perfilando! ¡Qué absorción tan suspensa de todo otro cuidado la del burilista que, con tacto y firmeza, a la vez, desplaza la fina viruta rizada de la tersa y pulida superficie del cobre!

También los goces del aficionado, son, en el grabado, íntimos y reposados. Algunos pintores del siglo pasado se complacían en representar, en pequeño círculo íntimo, estas reuniones en el *cabinet de l'amateur*, de los coleccionistas de estampas, que miran, escudriñan, repasan las excelencias de un aguafuerte, la delicadeza de un aguatinta, la rareza de un estado... Cuadros de Boilly, de Daumier, de Fortuny, de Lucas... La escena ocupa, en el catálogo de la obra de Daumier, toda una rúbrica... Recordamos las escenas: en la penumbra de un estudio, en el que los cuadros colgados del muro apenas son nebulosas alusiones a un bodegón o un cuerpo desnudo, los aficionados contemplan, embebidos, una prueba que acaban de sacar de la gran carpeta de cartón forrado, que se comba bajo el peso de su carga... O bien, junto a una mesa, sentados, los *amateurs* apiñan sus cabezas para mejor captar las calidades de la estampa, que contemplan con gesto de curiosidad satisfecha y admirativa. Placeres de gabinete, arte de cámara; nada como el grabado en el mundo.

HISTORIA Y PREHISTORIA

El grabado español tiene una historia no menos paradójica que todo lo nuestro suele ser. Menos volumen de cultivo, menos vocación acaso que en otros países de Europa, y, al propio tiempo, uno de los más geniales artistas del grabado, surgiendo de un fondo discreto de grabadores afrancesados de nuestro siglo XVIII.

Recordemos que en el grabado, desde el propio siglo XV, el siglo de la invención de la imprenta en Occidente, fué, además de un arte, además de una técnica puesta al servicio de la expresión artística, una necesidad de información gráfica. A ella subvenían en buena parte los tórculos de los Países Bajos, patrimonio entonces de la corona española. Como entonces no se pensaba en autarquías económicas, España accedía gustosa a que los grabadores o

los tapiceros flamencos introdujesen en la Península sus trabajos. Los siglos XVI y XVII no produjeron grandes grabadores especializados en España, pero nuestros pintores: Ribera, Velázquez, Cano, Murillo, Valdés, hicieron alguna incursión por el campo del grabado, en especial del aguafuerte.

Son los Borbones los que, a través de la Academia, consiguen que se forme en España—Madrid, Barcelona, Valencia—un elenco de grabadores que, al tanto de las técnicas del siglo, *el siglo de la ilustración*, estén en condiciones de satisfacer las crecientes necesidades que se sienten a propósito de grabados: retratos de hombres ilustres, reproducciones de obras de arte y de monumentos antiguos, ilustración de libros, iconografía devota... Culmina todo ello en una época gloriosa para la situación del arte en España: el reinado de Carlos III, momento en que Goya adiestraba sus pinceles para alumbrar con ellos una nueva visión del mundo. Pero, antes, el siglo proporciona ya una serie de brillantes y aplicados grabadores, de cuyas obras arranca la historia del grabado español, que llega a nuestros días. La Academia instaura sus enseñanzas con Juan Bernabé Palomino, se envían pensionados fuera de España, surgen las figuras representativas con Carmona, Moles, Ametller... Y, paralelamente, salen a luz las obras maestras de la imprenta y la ilustración, en aquella centuria, de las reales prensas de Carlos III.

Goya y su obra grabada

Y entonces surge el extraño meteoro genial, el revolucionario del grabado, el que, dándose la mano con Rembrandt, a través de los siglos, viene a abrir las puertas del arte moderno, del subjetivismo contemporáneo: Goya.

No olvidemos que el viejo Tiépolo, el gran veneciano, que murió en Madrid, cultivó un tipo muy italiano de aguafuerte, que no dejó de influir en los círculos artísticos de la corte de Carlos III. A Goya debió de afectarle, en sus comienzos, esta influencia, que se dejó sentir en sus propios cuñados, los Bayeu. Pero Goya, ávido de expresiones nuevas, aprende también nuevas técnicas: el aguatinta, en primer término, que había de servirle para concebir de modo personalísimo y original su serie de los *Caprichos*, despedida violenta y amarga del siglo XVIII, zarpazo que Goya dirige contra los vicios y las miserias del hombre.

En los *Desastres* nos ofrece el drama cruel con una técnica adecuada a su contenido, muy distinta de la inspiración y la ejecución de los *Caprichos*. Luz y sombra, captadas en contraste, equilibradas, nos ofrece en su *Tauromaquia*, serie que es como un remanso en la obra grabada del pintor aragonés. Y en los *Disparates* de nuevo la locura humana, expresada ahora en escenas que llamaríamos hoy *surrealistas*, es el tema de Goya, tratado también con brutal violencia, que no excluye la delicadeza y el matiz. Y todavía antes de morir, en sus últimos años, Goya se recrea en la litografía, procedimiento en el que deja otra serie genial: los *Toros de Burdeos*.

El siglo XIX

Goya es un ejemplo que, a la vez, incita y paraliza. A Leonardo Alenza le sugiere sus pequeños grabados, crónica de una vida callejera, popular, vertida en su gracioso e incisivo dibujo. Y, más próximo a nosotros, le inspira también a un gran aguafortista, José María Galván, cuyo fervor por el maestro le hizo dedicar una buena parte de su obra a darnos versiones grabadas de los cuadros de Goya: *El entierro de la sardina*, *La casa de locos*, los retratos, los frescos de San Antonio de la Florida... Excelentes grabadores tuvo España en el XIX, pero acaso agotaron sus talentos en la senda admirable, pero estéril, del grabado de reproducción, hoy desplazado casi enteramente por la fotografía. El cuadro de *La sed*, de Murillo, reproducido por Rafael Esteve, es un alarde en el arte del burilista. Su nombre podría ir seguido de una larga lista de continuadores; en tiempos más recientes, Bartolomé Maura, hermano del gobernante español desaparecido, brilló en su época aplicando su talento a reproducir obras maestras de la pintura.

La litografía atrae, con sus suaves y aterciopelados negros, a los artistas románticos, y el grabado en madera hace furor en la ilustración de las revistas; los dos procedimientos cuentan en España con cultivadores notables: Parceúsa, en la litografía, o Bernardo Rico, en el boj, por ejemplo.

El aguafuerte original es la más cultivada de las direcciones del grabado de artista. Liquidado el interés por la reproducción, nuevas generaciones de grabadores, a partir de 1900, suponen en el panorama artístico español un renacimiento efectivo. Estampa original, creación, fantasía, técnica al servicio de la intención artística, y no al revés, como a veces se entiende, son los factores que deciden de una sana orientación en las artes del grabado. El panorama es bastante completo. De un lado, los grabadores especializados, que lo son, en primer término, aunque casi todos ellos sean también, además, pintores. De otro, los pintores que graban, los artistas que utilizan el aguafuerte o la litografía como un medio supletorio de expresión.

La Asociación de grabadores españoles y su exposición

En sazón de madurez, reflejando un momento ascensional en el grabado español, la Asociación de Artistas Grabadores ha creído que la obra de estos artistas debía ser mostrada colectivamente en una serie de exposiciones en capitales de América del Sur. Una apurada antología ha sido hecha para que pase el Atlántico; pero, con decidido empeño, han querido los grabadores españoles ir presididos por los aguafuertes del propio Goya. Hasta 400 pruebas, incluyendo las series completas del pintor de Carlos IV, mostrarán, pues, dentro de unos meses, el más vasto y comprensivo conjunto de grabados españoles que se ha visto hasta ahora en América. Que esta exposición, tan feliz en su intención, logre el mejor de sus resultados: el de conquistar nuevos adeptos para este arte íntimo, humano y profundo del grabado, al paso que sirva, como es razón, a hacer más trabadas y efectivas las relaciones que en el campo de las artes deben existir entre nuestros artistas y los de los países del Nuevo Continente. Que sea, no lo olvidemos también, un estímulo para que nos devuelvan la visita grabadores de aquellos países americanos, de cuyas excelencias alcanzadas en el arte de Rembrandt hemos tenido pruebas palpables en la reciente Bienal Hispanoamericana.

EN LAS PAGINAS SIGUIENTES SE REPRODUCE UNA SELECCION DE LOS GRABADOS ESPAÑOLES QUE SERAN EXPUESTOS EN DISTINTOS PAISES HISPANOAMERICANOS EN FECHA PROXIMA.

GRABADOS ESPAÑOLES A AMERICA

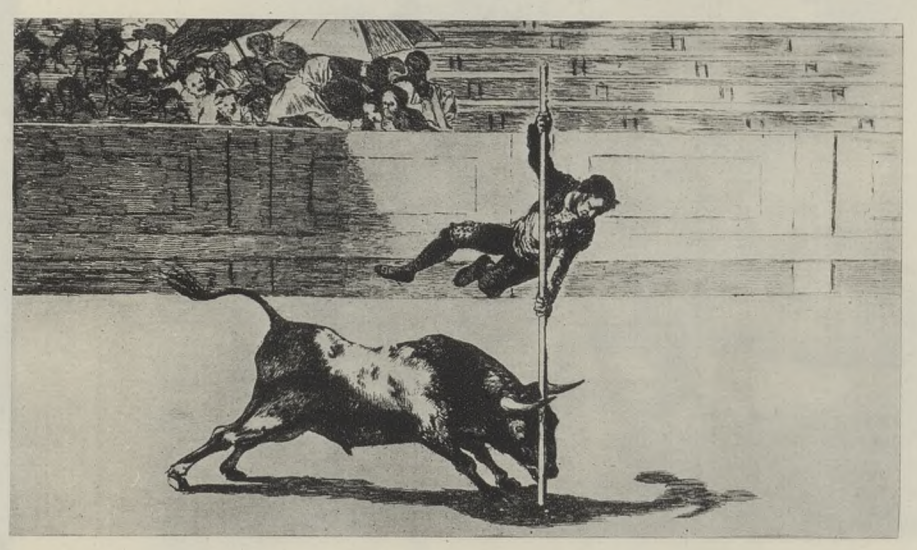
«Los caprichos». Grabado original de Goya, perteneciente a la popular colección.

«Los desastres de la guerra». De la universalmente conocida colección de Goya.

«Miércoles de Ceniza». Cuadro de Goya, grabado por Galván.

«La hilandera», cuadro de Millet. Grabado por Ricardo de los Ríos

Goya



«Tauromaquia». Aguafuerte original de don Francisco de Goya.

«La casa de locos». Cuadro de Goya, grabado al aguafuerte y aguatinta por José María Galván.

Siglo XIX

Retrato de Vicente López, dibujado por Bernardo López y grabado por Estruch.

«Paisaje». Grabado original de Carlos Haës

«Marquesa del Llano», el popular cuadro de Mengs, grabado por Manuel Salvador Carmona.

«Mujer del espejo». Litografía original de José Solana, sobre cuyo tema hizo posteriormente un cuadro el mismo autor.

«Cantores». Aguafuerte original de Rafael Pellicer, cuyas calidades son bien apreciables.

Siglo XX

«Escenas de guerra». Litografía de la última guerra civil, de Antonio Vila Arufat.

«Escenas españolas». Aguafuerte perteneciente a la colección realizada por R. Baroja.

«San Andrés de Madrid». Aguafuerte del popular artista gallego Castro Gil.

«Viento». Impresionante dibujo hecho con punta seca, original de Luis Lozano.

«Naturaleza muerta». Litografía del pintor catalán actual José Urtura.

«Plaza gallega». Magnífico aguafuerte del artista J. Prieto Nespereira.

Siglo XX

«Recolección de la aceituna». Aguafuerte color de Briones.

«Las redes». Litografía de técnica actual, original de Carlos Pascual de Lara.

"DE MADRID AL CIELO"

Productora:
ASPA, Producciones Cinematográficas.

Guión literario y diálogos:
VICENTE ESCRIVA

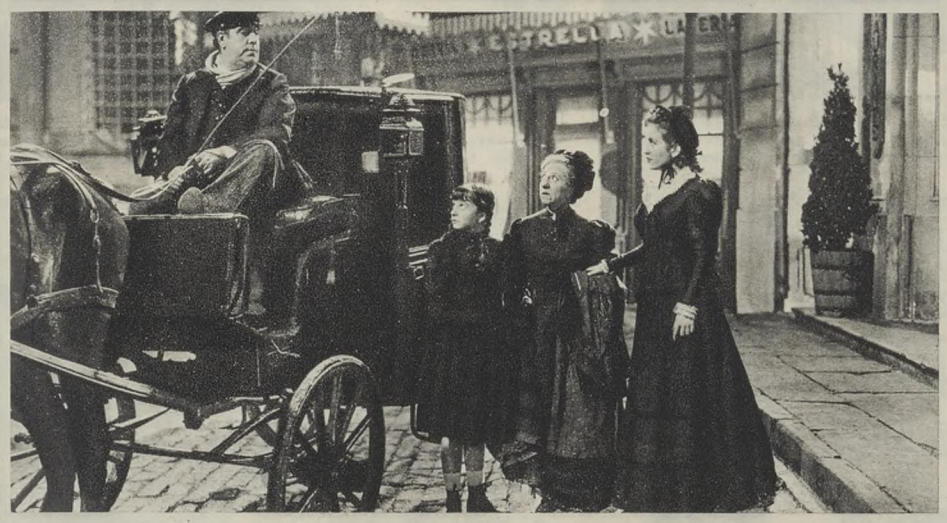
Director:
RAFAEL GIL

Intérpretes principales:
MARIA DE LOS ANGELES MORALES, GUSTAVO ROJO, MANOLO MORAN, JULIA CABA ALBA, FELIX FERNANDEZ, etc.

Fotografía:
MICHAEL KELBER

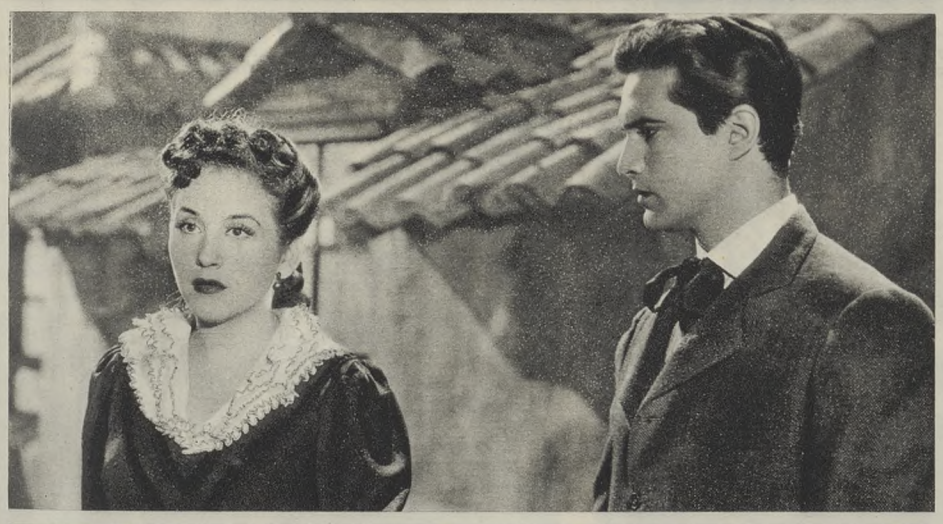
Música:
SELECCION DE ZARZUELAS ESPAÑOLAS

1.—Sin amigos y sin dinero, llegan de una provincia a la conquista de Madrid. Soñaban con grandes hoteles y pasan la primera noche a la intemperie.

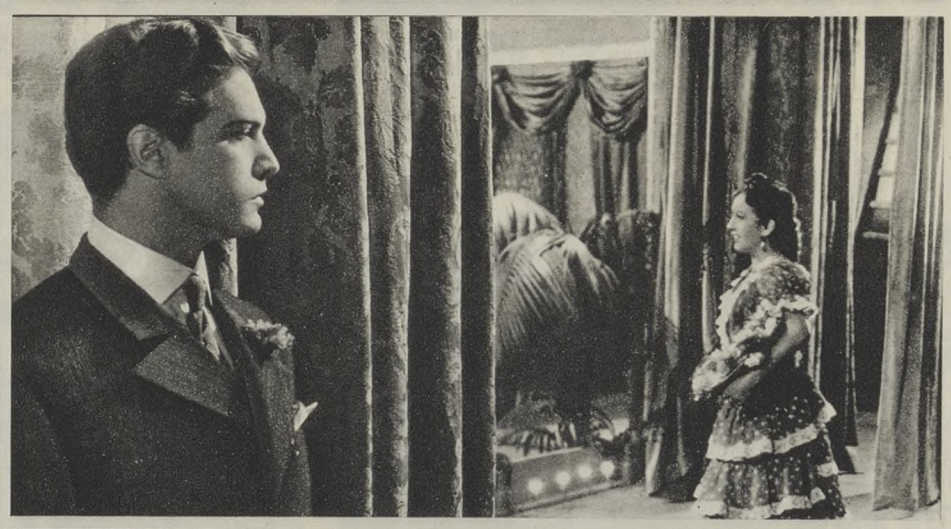


2.—Muchas puertas cerradas. Muchos sueños frustrados para la futura cantante. Un «simón» los llevará a una casa muy distinta de la que habían soñado.

3.—Es difícil subir y fácil descender poco a poco. Cuando aprieta la necesidad, hay que resignarse, aunque sea a convertirse en «estrella» de una murga callejera.

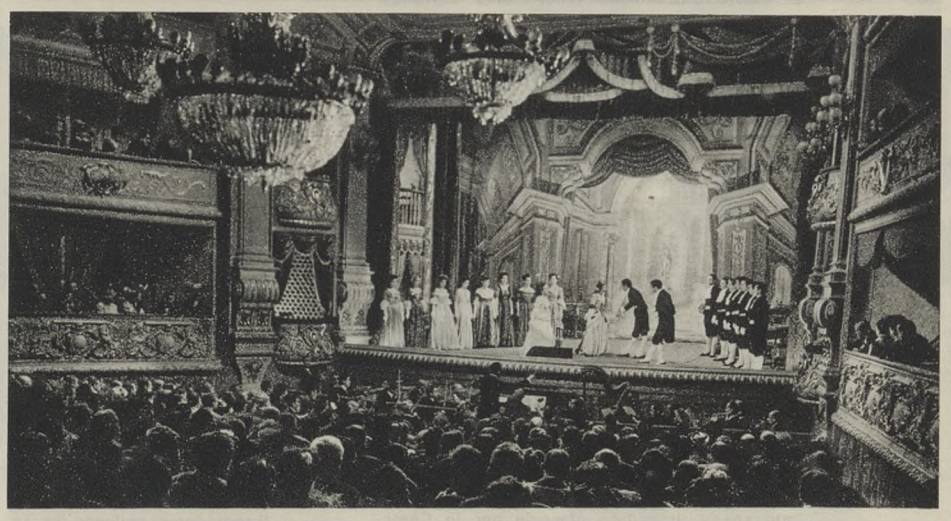


4.—Esto tampoco podía faltar. Sobre los techos de Madrid, que antaño levantara «el Diablo Cojuelo», en las pintorescas buhardillas, puede nacer el amor.



5.—Camino difícil, lento y humillante, en cuyo recorrido se ponen en peligro muchas cosas, hasta el amor que había surgido con luces verdaderas de ilusión.

6.—Pero si el amor es puro y verdadero, triunfa en sus afanes. La Providencia dispone que los dos amigos vuelvan a encontrarse para que la ilusión continúe.



7.—He aquí el premio de tantos esfuerzos. Madrid abre de par en par las puertas de la gloria a quien lucha con fe y entusiasmo. La cantante logra sus anhelos.

TREINTA DIAS EN DOCE FOTOS

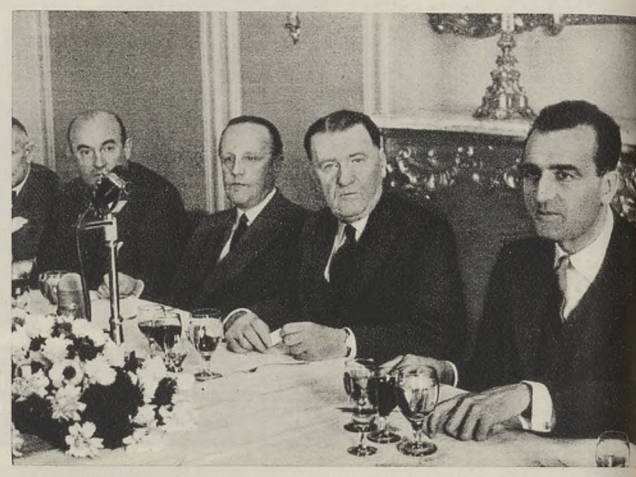
23 FEBRERO.—Los señores Aparicio, Sánchez Bella, G. Caballero y Fraga Iribarne, en la recepción a los periodistas hispánicos en el Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid.

25 FEBRERO.—Solemne entrega de premios de la I Bienal Hispanoamericana de Arte. Don Ignacio Rebull, primer premio de Escultura, recibe el suyo de manos del señor Sánchez Bella.

26 FEBRERO.—La nieta de Su Excelencia el Generalísimo Franco, hija de los marqueses de Villaverde, cumple un año. En la «foto» aparece en brazos de doña Carmen Polo.

29 FEBRERO.—Día de la R. Dominicana en Madrid. En el Colegio Mayor de Ntra. Señora de Guadalupe se celebra un acto de exaltación, con asistencia del señor L. Carballo.

6 MARZO.—El nuevo ministro de Honduras en Madrid, don J. Valladares Rodríguez, en el acto de presentar al Generalísimo Franco las cartas credenciales que le acreditan como representante de su país.



6 MARZO.—Despedida al nuevo embajador de España en la Argentina, señor Aznar. Acompañan a éste los ministros de Educación, Comercio y secretario general del Movimiento.

6 MARZO.—Giménez Caballero dedicó un número de su periódico oral, «Levante», a las Repúblicas bolivarianas. El escritor, con el ilustre antropólogo señor Pérez Barradas.

6 MARZO.—También la República de Haití envía su representante a Madrid. En la «foto», el nuevo embajador presentando sus cartas credenciales al Generalísimo Franco en el palacio de Oriente.

8 MARZO.—Los estudiantes de la Facultad de Pedagogía de Chile visitan el Instituto de Cultura Hispánica. En la «foto» aparecen acompañados del señor Sánchez Bella.

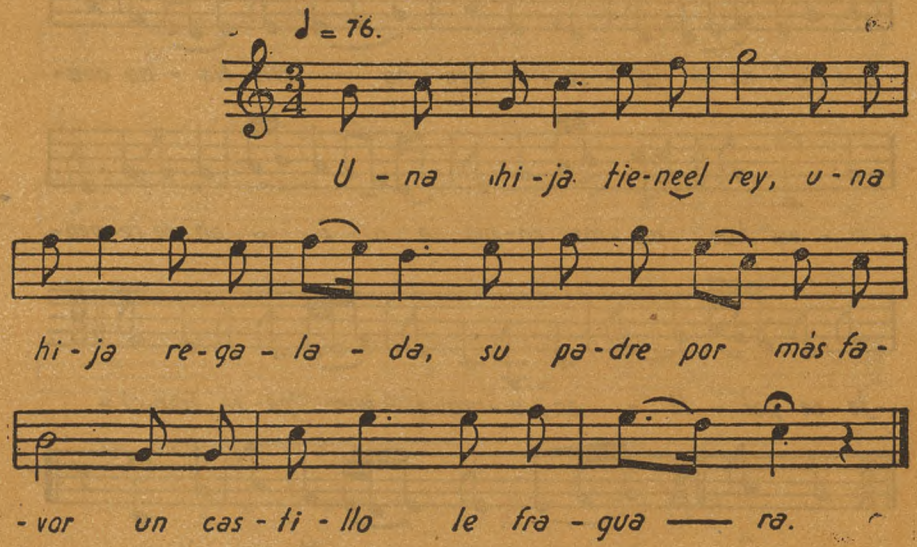
13 MARZO.—Presidencia del fraternal almuerzo de despedida ofrecido por la Cámara de Comercio Americana, de Madrid, al general norteamericano Mr. Willoughby.

14 MARZO.—Conferencia y entrega solemne del mensaje de los trabajadores chilenos en la Delegación Nacional de Sindicatos, de Madrid. El acto constituyó una muestra elocuente de hermandad.

28 MARZO.—El ministro de Asuntos Exteriores y el nuncio de Su Santidad, en el acto celebrado en honor del que fué embajador de Chile en Madrid señor Núñez Morgado.

ROMANCES HISPÁNICOS DEL MEDIEVO

Por ARCADIO DE LARREA PALACIN



¿POR QUÉ NO CANTA, LA BELLA?

Una hija tiene el rey,
y una hija regalada;
su padre, por más valor,
un castillo le fraguara;
ventanitas alrededor
por donde el aire la entrara,
por una la entraba el sol,
por otra el aire la entraba.
Entra y sale un gavilán
por la más chiquita de ellas.
Entre puntada y puntada
un aljófar y una perla;
un camisón bordando está ella
para el hijo del rey,
que se fué a la guerra.
El gavilán que pasó
se enamorara de la doncella.
—¿Por qué no canta, la flor?
¿Por qué no canta, la bella?
—Ni canto, ni cantaré,
pues mi amor está en la guerra.
Yo le mandaré una carta
de mi mano y de mi letra
que me saquen a mi amor
sano y vivo y sin cadenas;
y si no me lo sacaren,
armaré una grande guerra
y navíos por la mar
y gente armada por la tierra.
Si no hubiere velas prontas
mis ricas mangas puziera;
si no hubiere triales *prontos*
mis ricas trenzas puziera;
si no hubiere remos prontos
mis ricos brazos puziera;
si no hubiera capitán
yo me pondré a la bandera
para que diga la gente:
—Viva, viva esta donzella,
que por librar a su amante
se dió ella a la tormenta.

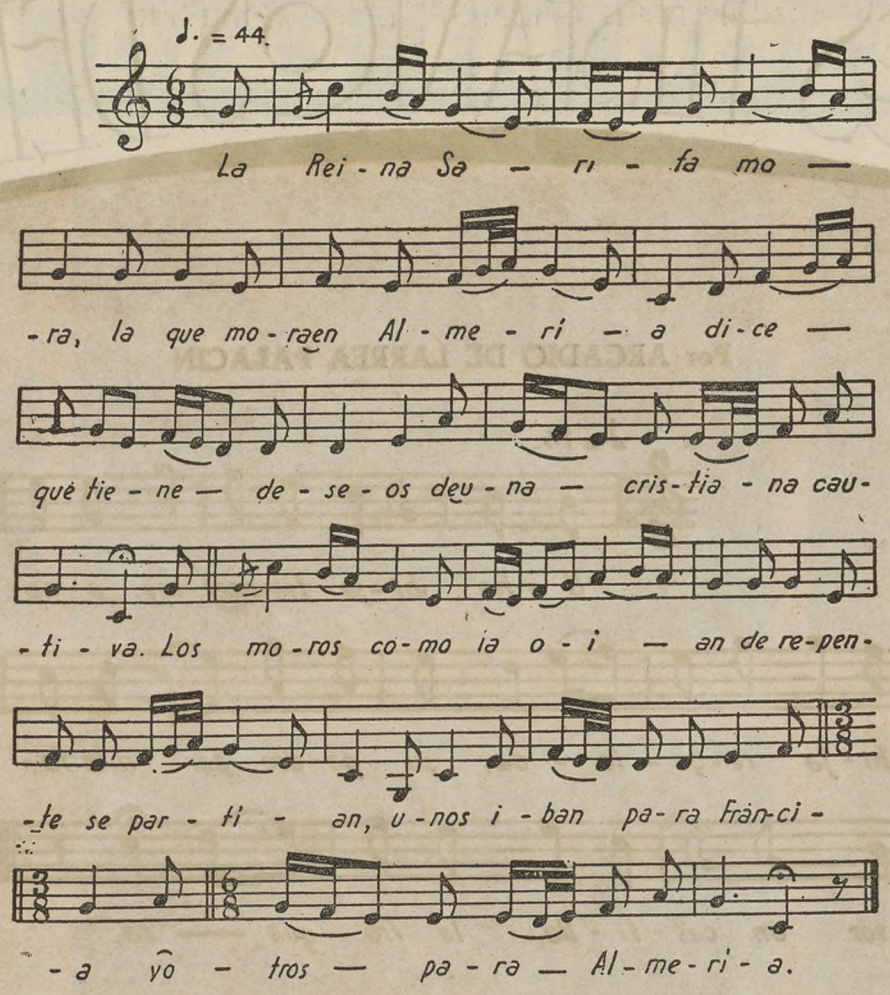
El texto de los romanos españoles enraizados en la tradición es bien conocido merced a las repetidas ediciones que de ellos se hicieron. Su estudio y recopilación ha sido obra de una falange de eruditos que, encabezada por el padre de Fernán Caballero, halló su mejor adelantado en el insigne Menéndez Pidal. Cuando no en su totalidad, las antologías y las simpatías parciales han puesto algunos de ellos al alcance de todas las manos y es fácil y hacedero deleitarse con esa singular manifestación de nuestra épica.

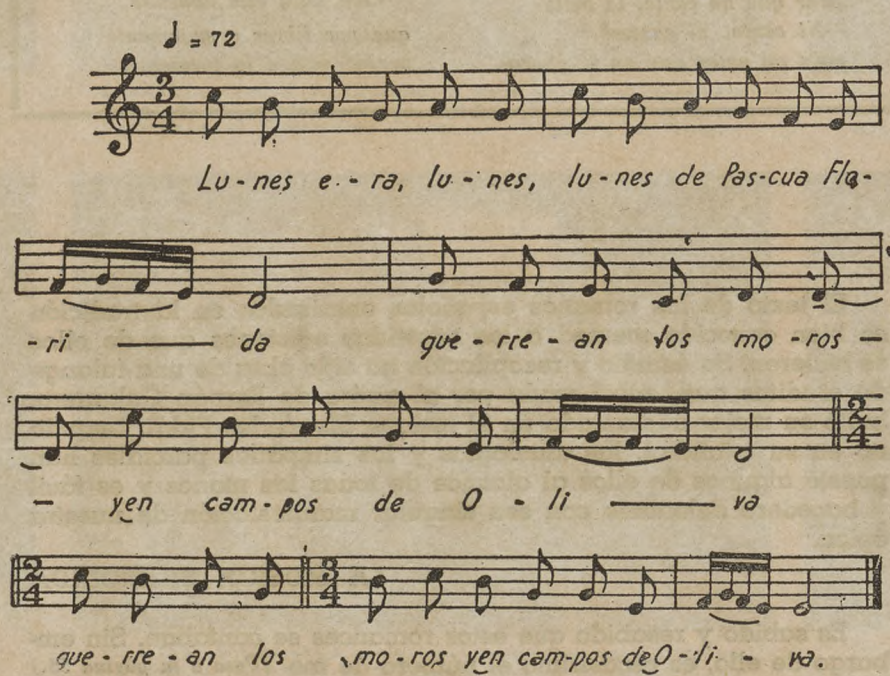
LA MUSICA SILENCIADA

Es sabido y resabido que estos romances se cantaban. Sin embargo de ello, es escasísimo el número de me- *(Pasa a la página 54.)*

HERMANAS REINA Y CAUTIVA

La reina Sarifa, mora,
la que mora en Almería,
dice que tiene deseos
de una cristiana cautiva.
Los moros, como la oían,
de repente se partían:
unos iban para Francia
y otros para Almería.
Se encuentran con conde Flores
que a la condesa traía,
libro de oro en su mano
la adoración le hacía,
pidiéndole a Dios con él
que le diera hijo u hija
para mandarle sus bienes,
que herederos no tenía.
Ya matan al conde Flores,
y a la condesa traían:
—Tomá, señora, la esclava,
la esclava que bien querías:
ni es mora, ni cristiana,
ni hecha a la malizia;
era condesa y marquesa
y señora que más valía.
—Tomá, señora, las llaves
de la despensa y cocina.
—Yo las tomaré, señora,
por la gran desdicha mía;
ayer condesa y marquesa
y hoy, esclava en la cocina.
Quiso Dios y la fortuna
que las dos preñadas venían;
el día que menos piensan,
las dos parido habían:
la esclava tenía un niño,
la reina niña tenía.
Las malas de las parteras
para ganar su platiya
daban el niño a la reina
y a la esclava dan la niña.
Un día, empañando a la niña,
estas palabras decía,
con las lágrimas de sus ojos
le canta así a la niña:
—¿Cuándo, mi hija, cuándo,
estaría en Almería?
Te nombraré Blanca Flor,
nombre de una hermana mía
que cautivaron los moros
día de Pascua Florida.
La reina, que alerta estaba,
a la cocina llegaría:
—¿Qué seña tiene tu hermana?
¿qué señas ella tenía?
—Tiene un lunar en el pecho,
siete vueltas le daría.
Y allí se conocieron
las dos hermanas cautivas.
Le dió el niño a la esclava,
la reina cogió la niña;
otro día, de mañana,
la embarcó para Almería.





DON BUESO Y SU HERMANA

Lunes era, lunes
de Pascua Florida,
guerrean los moros
en campos de Oliva;
donde hay buena gente
la llevan cautiva,
entre ellos llevaban
a la Blanca Niña.
Se la presentaban
a la reina mora.
—Tomedes, señora,
y esta cautivita,
que en todo su reino
no la hay más bonita.
—Si en todo mi reino
no la hay más galana,
el rey es pequeño,
de ella se enamorara.
—Mándala a la Niña
con el pan al horno,
allí dejadle
hermosura y rostro;
mándala a la Niña
lavar al río,
allí dejaría
hermosura y brillo.
Cuanto más lavaba
y más tendía,
color en su cara
más se le encendía.
Ella iba lavando,
ella iba tendiendo,
vido un caballero,
por allí venía.
—Ay qué lindos pies
en el agua fría;
si querías, la Niña,
verte en compañía.
—Deisme, el caballero,
de buen grado iría;
paños de la reina,
¿a quién los dejaría?
Los que son de hilo
tiráislo al río,
los de seda y grana
tráilos en compañía.
Ya se va la Niña
con el caballero,
allí va encontrando
los campos de grana.
—¡Ay campos de Oliva!,
¡ay campos de Olanda!
vos dejé chiquitos,
encontré yo en rama.
—¿De dónde tú conoces
los campos de Olanda?
—Mi hermano Don Güezo
y en ellos paziaba.
—Abreme, mi madre,
puertas del palacio;
por traerte nuera,
mi hermana te traigo.
—Si por traerme nuera,
mi hija me trajes
darte yo en abricias
los campos de grana.

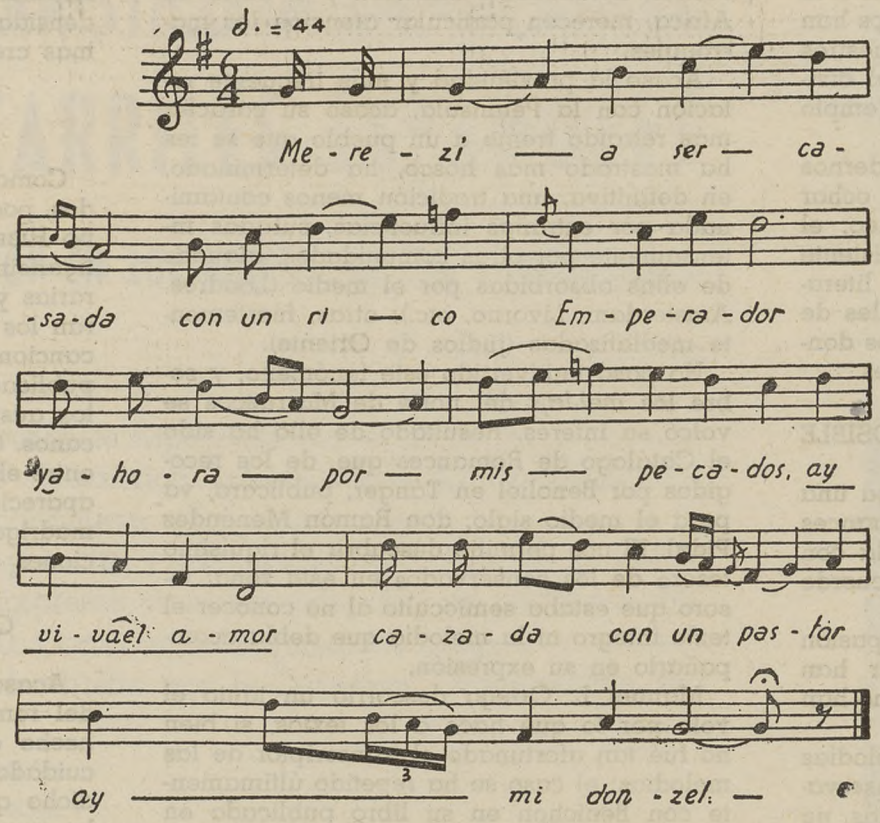
LA MALCASADA DEL PASTOR

Merezía ser casada
con un rico emperador,
y ahora, por tus pecados,
Ay, viva el amor,
casada con un pastor,
ay, mi doncel,
viejo, cano y rebelludo;
sus tuesos traen dolor;
las manitas tiene mancas,
Ay, viva el amor,
de tañir el tañedor,
ay, mi doncel,
los ojos tiene quemados
de ver el ojo del sol;
las patitas tiene tuertas,
Ay, viva el amor,
de correr alrededor;
ay, mi doncel,
—Que digáis lo que dijéreis,
mi marido es mi señor.
Tocóse mano con mano,
Ay, viva el amor,
subiéranse a su vergel,
ay, mi doncel,
y allí se conocieron
el marido y la mujer.
Tocóse mano con mano,
Ay, viva el amor,
subiéranse a su vergel,
ay, mi doncel

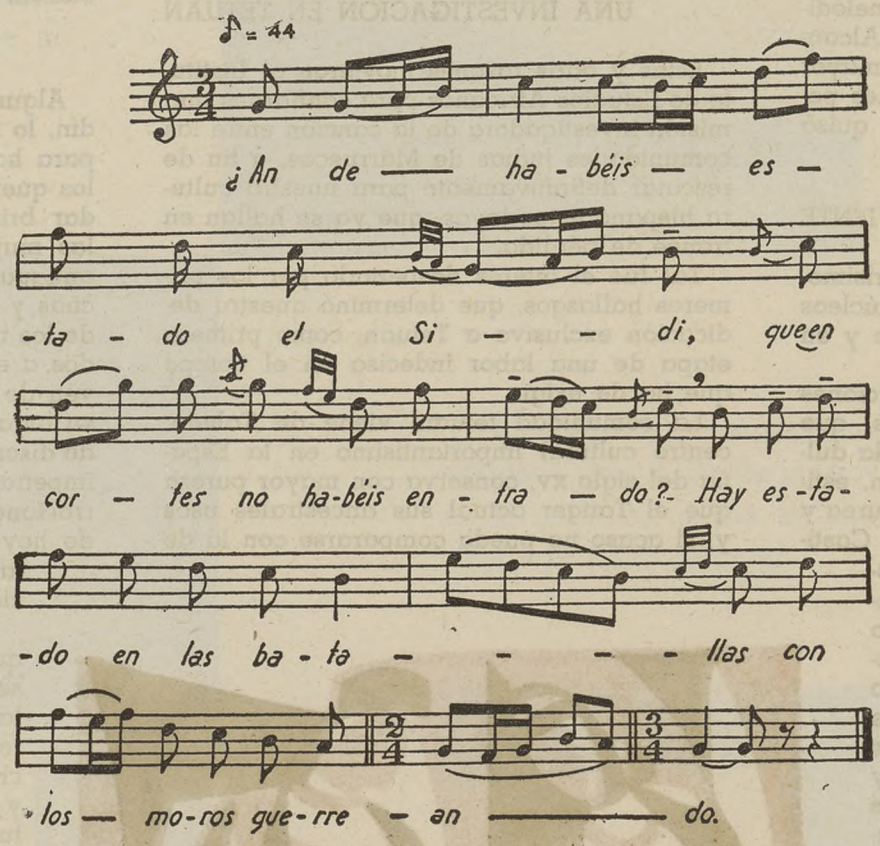
CANTAR DEL SIDI

—¿Ande habéis estado, el Sidi,
que en Cortes no habéis entrado?
—Hay estado en las batallas
con los moros guerreando.
—Viñas y castillos, Sidi,
me han dicho que has ganado;
dale parte al conde Ordoño
que, aunque es pobre, es buen [fidalgo.
—Dadle de los tuyos, reye,
que los habéis heredado;
que si yo los he ganado
muchas penas me han costado:
sangre de condes y duques,
de mozos buenos fidalgos.
—Prendéisle, mis caballeros,
prendéisle, mis hijos bravos.
Cien hombres había en la corte,
ninguno que fuera osado
sino era el conde Ordoño
que por su mal ha buscado.
La cabeza entre los hombros
al pie del rey se la ha echado.
—Mal haya tú, el Sidi,
mi caballero malvado:
dirás que no matas hombre,
no os tenéis por honrado.
Yo te destierro, el Sidi,
de mis tierras por un año.
—Si me destierras por uno,
yo me destierro por cuatro.
Dejar hía yo estas tierras
de bárbaros y malvados,
irme he yo a las de mi padre,
de mozos buenos fidalgos:
en la puerta de mi casa
tengo a Cristo figurado,
en la cabeza de Cristo
tengo un rubí esmerado,
que si la aprecias, el reye,
vale más que tu reinado.
A cabalgar va el buen Sidi;
acabalgando, se fué andando.
—Volvéisles, mis caballeros;
volvéirles, mis hijos bravos;
que un hombre tan valiente
no sale de mi reinado.

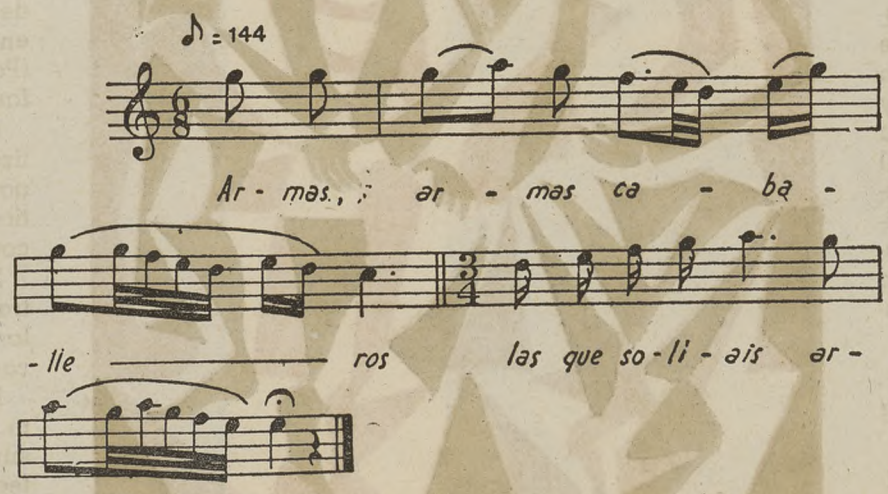
LA MAL CASADA DEL PASTOR



CANTAR DEL SIDI



NACIMIENTO DE MONTESINOS



NACIMIENTO DE MONTESINOS

—Armas, armas, caballeros,
los que solen armare
cartas me hubieron venido
del rey de las cristiandades;
que el rico con su riqueza
no debe de alegrarse
y el pobre con su pobreza
no debe menospreciarse.
Y esto lo digo, señores,
siendo yo don Alvare,
que cuando vine a esta tierra
viniera hecho un salvaje.
Caballeros con envidia
con el rey le meten male,
que le han visto con la reina
por sus palacios reales
y al día por la mañana
los buenos días le daré:

—No quiero tus buenos días
ni me los venga a dare;
yo te destierro a ti, el conde,
de mis palacios reales
y de todas mis haciendas
lo que te doy es un reale;
y de todos los mis trigos
lo que te doy es un pane.
Ya se sale el buen conde
de los palacios reales;
fuérase a ver a la infanta
a su sala donde estare:

—Vete ahora, la infanta,
vete a casa de tu padre;
que tu padre me destierra
de tus palacios reales
y de todas sus haciendas
lo que me da es un reale,
y de todos los sus trigos
lo que me da es un pane.

—Contigo yo, el buen conde,
contigo me he de quedare.
Le comprara un zapatito
de aquel fino charolade;
siete leguas no han andado
los zapatitos se le cortaren;
de los pies de la infanta,
manaba la fina sangre.
Diez leguas no han andado
los dolores le darían:

—¿A dónde, conde, mis parteras
que solían partearme?
¿a dónde, el conde, los mis caldos
que yo solía tomare?
¿a dónde, el conde, las mis camas
donde yo solía echarme?
Por tu vida el buen conde
dame un poquito de agua
que de sed y non de hambre
salírseme quiere el alma.
Como eso oyera el buen conde
se tirara del zigare
y habló la criatura
con la gracia de Dios Padre:

—Si Dios me deja vivir,
salir de estrechos lugares
mataría yo al buen reye
y a la reina su madre.
Ya criaba la infanta,
ya cría hijo sin padre:
diez años no había tenido,
ya sabe cabalgare;
doce años no tenía,
ya manejaba el puñale.
Un día salió de paseo,
por los palacios pasare
encontrando al rey sentado
en su sillare,
la cabeza entre los hombros
al suelo se la arrojare,
se pusiera la corona
y se sentara a reinare.

(Viene de la página 51.) lodías conservadas a la par de los textos; las que hasta nosotros han llegado deben ser agradecidas a nuestros polifonistas y vihuelistas clásicos y al divino Salinas, que las consignó como ejemplo de sus teorías métricas musicales.

¿Cómo explicar tal rareza? Sin perdernos en vanas divagaciones, podemos echar mano de un ejemplo vivo y coetáneo: el que nos ofrece la desproporción existente entre los cancioneros estrictamente literarios y los cancioneros literariomusicales de nuestra patria y de las demás naciones donde se recogen las canciones populares.

EL CAMINO POSIBLE

A falta de documentos, nos quedaba una posibilidad de recobrar para los romances el alma que les dió vida, la tonadilla con que se cantaron, y era acudir al recuerdo vivo del pueblo.

Así lo han hecho con verdadera pasión cuantos en nuestra canción popular han buscado; sin embargo, los resultados no han podido satisfacernos plenamente.

Si se han recogido numerosas melodías y variantes, el número de textos conservados resulta escaso en demasía. Además, no tenemos referencias que nos permitan actualmente fijar la época de creación y vigencia de cada una de las formas melódicas y métricorrítmicas recuperadas. Alcanzar esa meta, establecer normas de mayor o menor antigüedad para las canciones populares, es una tarea larga, difícil y quizá engañosa a la postre.

UN ARCHIVO VIVIENTE

Por fortuna, y es un caso singularísimo, nuestra canción se guarda viva por núcleos españoles que la fijaron en el tiempo y en el espacio.

En el tiempo, porque las manifestaciones culturales, tan suyas como nuestras, que llevaron consigo al salir de España—la dulce—, no han sufrido apenas mutación, estimadas en todo su valor de tradición áurea y gloriosa (leyes de Castilla, sabios de Castilla, habla de Castilla, cantares de Castilla), y en el espacio, porque esos núcleos de emigrados de nuestro suelo ofrecen la singularidad de una distinta procedencia de tal o cual ciudad o villa, recordada a través de los años en la vida de las nuevas comunidades y determinante de hechos sociales muy señalados: agrupación en sinagogas diversas, mayor afinidad para los matrimonios, sentimiento regional, costumbres distintas, etc.

Tal es el servicio impagable que, entre otros, han rendido y rinden a España los sefaradíes, esos hispanos que no sólo conservan el amor de un suelo y de una historia y cultura gloriosa y nunca más igualada, más la nostalgia del dominio sobre nuestra tierra, cual es el caso de los moriscos, sino, además, nuestro idioma y muchas manifestaciones culturales nuestras (costumbres, etc.), además del apelativo que los distingue del resto de los judíos: *sefaradí*, español.

LOS SEFARADIES DE MARRUECOS

Entre los núcleos hispanos extendidos por gran parte de Europa, Asia Menor, actualmente América y el norte de Africa, merecen particular atención los marroquíes.

Acaso la proximidad y más frecuente relación con la Península, acaso su carácter más retraído frente a un pueblo que se les ha mostrado más hosco, ha determinado, en definitiva, una tradición menos contaminada por extrañas influencias, sufridas intensamente por otras comunidades, algunas de ellas absorbidas por el medio (Londres, Amsterdam, Livorno, etc.); otras, fuertemente mediatizadas (judíos de Oriente).

No pasó inadvertido este fenómeno, y sobre los *mel-lajs* del norte de Marruecos se volcó su interés. Resultado de ello ha sido el Catálogo de Romances que, de los recogidos por Benoliel en Tánger, publicara, va para el medio siglo, don Ramón Menéndez Pidal. El nos permitió descubrir el riquísimo tesoro de los conservados en esta zona; tesoro que estaba semioculto al no conocer el texto íntegro ni la melodía que debía acompañarlo en su expresión.

Manuel L. Ortega descorrió un tanto el velo por lo que hace a los textos, si bien no fué tan afortunado el transcriptor de las melodías; el caso se ha repetido últimamente con Benichon en su libro publicado en Buenos Aires.

UNA INVESTIGACION EN TETUAN

Estas y otras razones movieron al Instituto de Estudios Africanos para confiarnos una misión investigadora de la canción entre las comunidades judías de Marruecos, a fin de rescatar definitivamente para nuestra cultura hispana estas joyas, que ya se hallan en trance de pérdida.

Tal fué el interés despertado por los primeros hallazgos, que determinó nuestra dedicación exclusiva a Tetuán, como primera etapa de una labor indecisa en el tiempo que ha de exigir.

La comunidad tetuaní viene de Toledo; centro cultural importantísimo en la España del siglo XV, conserva con mayor pureza que el Tánger actual sus ancestrales usos y, si acaso no pueda compararse con la de Alcazarquivir en este aspecto, su mayor densidad de población ofrece la ventaja de más crecido número de variantes.

LOS FRUTOS RECOGIDOS

Como primicias de los resultados obtenidos, podemos ofrecer a los lectores de MUNDO HISPÁNICO estos seis romances, muestra ligerísima de las trescientas versiones literarias y otras tantas musicales, que recogerán los dos primeros volúmenes de nuestro cancionero judío del norte de Marruecos, publicado ya uno y en prensa el otro bajo los auspicios del Instituto de Estudios Africanos. Otros dos recogen canciones rituales, entre ellas las *endechas*, forma literaria desaparecida de nuestra lírica, y bellísimos madrigales de sabor arcaico, más las canciones ocasionales.

QUIENES CANTAN LOS ROMANCES

Acaso pueda explicarse la supervivencia del romancero, entre otras razones, por el hecho de que su conservación haya sido cuidada por las mujeres. Con esto queda dicho que son ellas quienes suelen cantar los romances, sin que, alguna que otra vez, dejen los hombres de intervenir en la ejecución.

CUANDO Y COMO SE CANTAN

Algunos de los *cantares* sirven de comodín, lo mismo que ocurre en nuestra patria, para hacer más llevadera la monotonía de los quehaceres femeniles; el coser y remendar brindan múltiples ocasiones para que las mujeres, sentadas en corro, canten las antiguas gestas o las más recientes desdichas y fortunas. Otros acompañan el mecer de los niños, y son en mayoría; quizá llamados a este menester por el balanceo y vaivén de sus formas melódicas. Otros hallan su lugar en las bodas, ya como ejemplario de discretas o casquivanas esposas, ya como impetratorios de fecundidad a través de narraciones, si escabrosas para nuestro gusto de hoy, tocadas de auténtica gracia, y no tan escabrosas en la época en que nacieron.

Finalmente, hay un grupo de ellos que se ejecuta tan sólo en ocasiones señaladas: son los correspondientes a las fiestas litúrgicas y los de duelo, reservados estos últimos como endechas o *endichas* a llorar a los difuntos y la destrucción del Templo en la luctuosa conmemoración del *Tis a be Ab*.

Recoger estos romances de duelo es empresa erizada de dificultades; cantarlos fuera de ocasión provoca y atrae desgracia; si su ejecución tiene lugar en día de *Sabbá* o tiempos de fiesta (Pascuas, Purim, etc.), al augurio nefasto añaden la conciencia de pecado.

En la celebración de bodas y bautizos, el *cantar* se acompaña de la *sonaxa*, una a modo de pandereta, idéntica a la que los marroquíes conocen con el nombre de *tar*.

Este quehacer de rescatar la música tradicional no es siempre lo grato que los ajenos a él suponen. Mas en este caso sí lo ha sido.

Las melodías recogidas son, en su mayoría, de una belleza singular, que supera a cuanto conocíamos hasta la fecha sobre nuestro cancionero medieval.

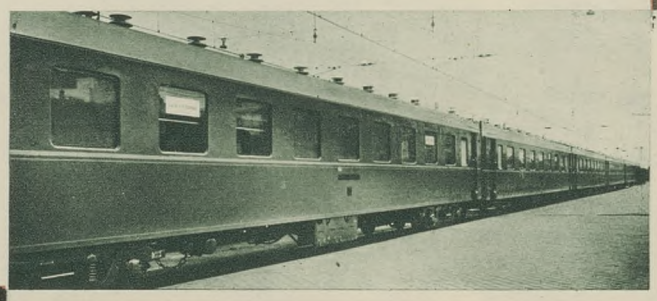
EL CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL Y LOS FERROCARRILES ESPAÑOLES

LA TERCERA PARTE DE REDUCCION EN LOS BILLETES DE LOS CONGRESISTAS

LA Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles, con el deseo de contribuir al esplendor del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, ha concedido grandes facilidades económicas a los congresistas.

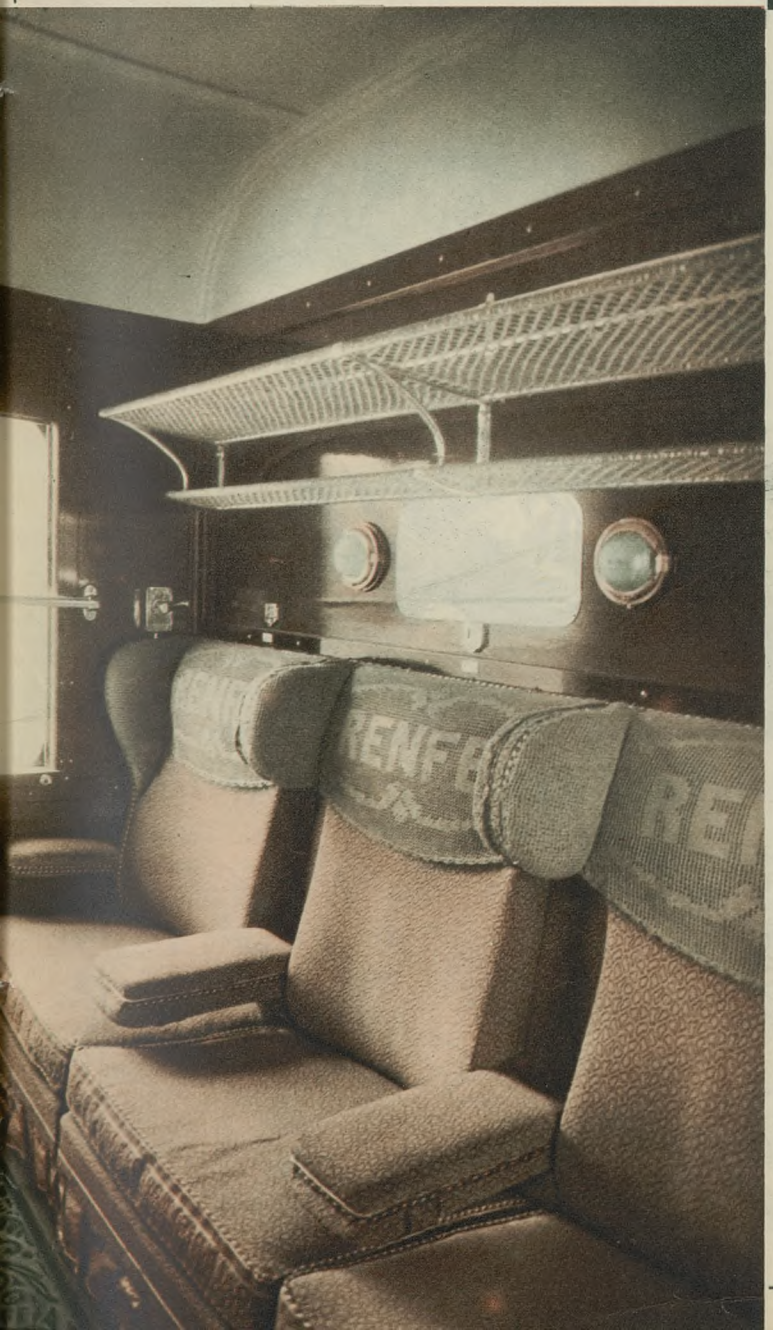
Establece unos billetes de ida y vuelta, y que pueden ser utilizados en todos los trenes, incluso los rápidos y expresos, con una reducción de un 28 por 100 sobre los precios de tarifa general. Como único requisito se exige la presentación de la Cédula de Asistencia facilitada por la Comisión Organizadora del Congreso.

Debemos destacar que los congresistas portadores de billetes de esta tarifa reducida pueden detenerse en aquellos puntos que deseen, cuidando tan sólo de sellar el billete al reanudar el viaje.



Todos los trenes de grandes líneas de la Renfe llevan ya este moderno material

Cuando los congresistas utilicen tren especial será aplicada una tarifa de mayor reducción, puesto que llega al 33 por 100, o sea la tercera parte de rebaja con relación a la tarifa general.



Siga mi ejemplo.

No le será suficiente tener ideas si no sabe realizarlas...

No le bastará saberlas realizar si carece de los elementos necesarios...

Una a su gusto personal los conocimientos que le proporciona un buen método de corte...

Y para poner en práctica sus proyectos emplee la MAQUINA DE COSER Y BORDAR

ALFA

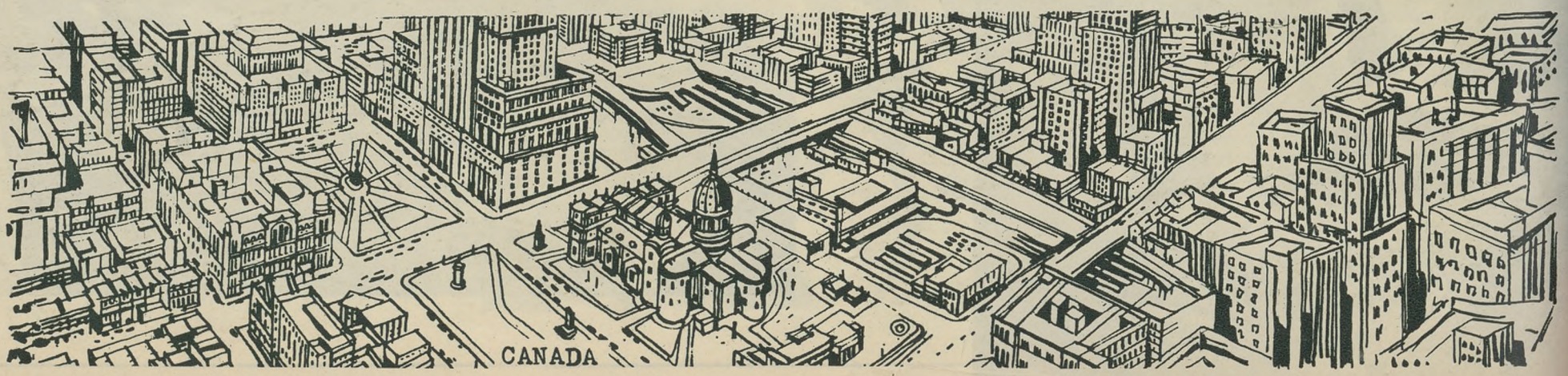
FABRICAS EN EIBAR Y ZARAUZ · CASA CENTRAL EN EIBAR (ESPAÑA)

BOAC ASEGURA SU BIENESTAR

VUELE POR B·O·A·C

A 4.000 individuos asciende —entre Ingenieros y mecánicos—, el personal que tiene la BOAC destinado a la conservación y mantenimiento de su flota; todos ellos son especialistas técnicos en la materia, poseyendo una experiencia de más de treinta años al servicio de la aeronáutica, lo que da un crédito de garantía a la empresa —la más antigua del Mundo en el operamiento de rutas trasatlánticas.

Recordamos que nuestros servicios para Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires o Santiago de Chile, salen dos veces por semana desde Madrid

Reserva de billetes en las principales Agencias de Viajes (sin recargo) o en las oficinas de Líneas Aéreas Británicas, Madrid, Avenida de José Antonio, 68, Teléfono 21 10 60. Barcelona, Avenida de José Antonio, 613, Teléfono 21 64 79

LINEAS AEREAS BRITANICAS